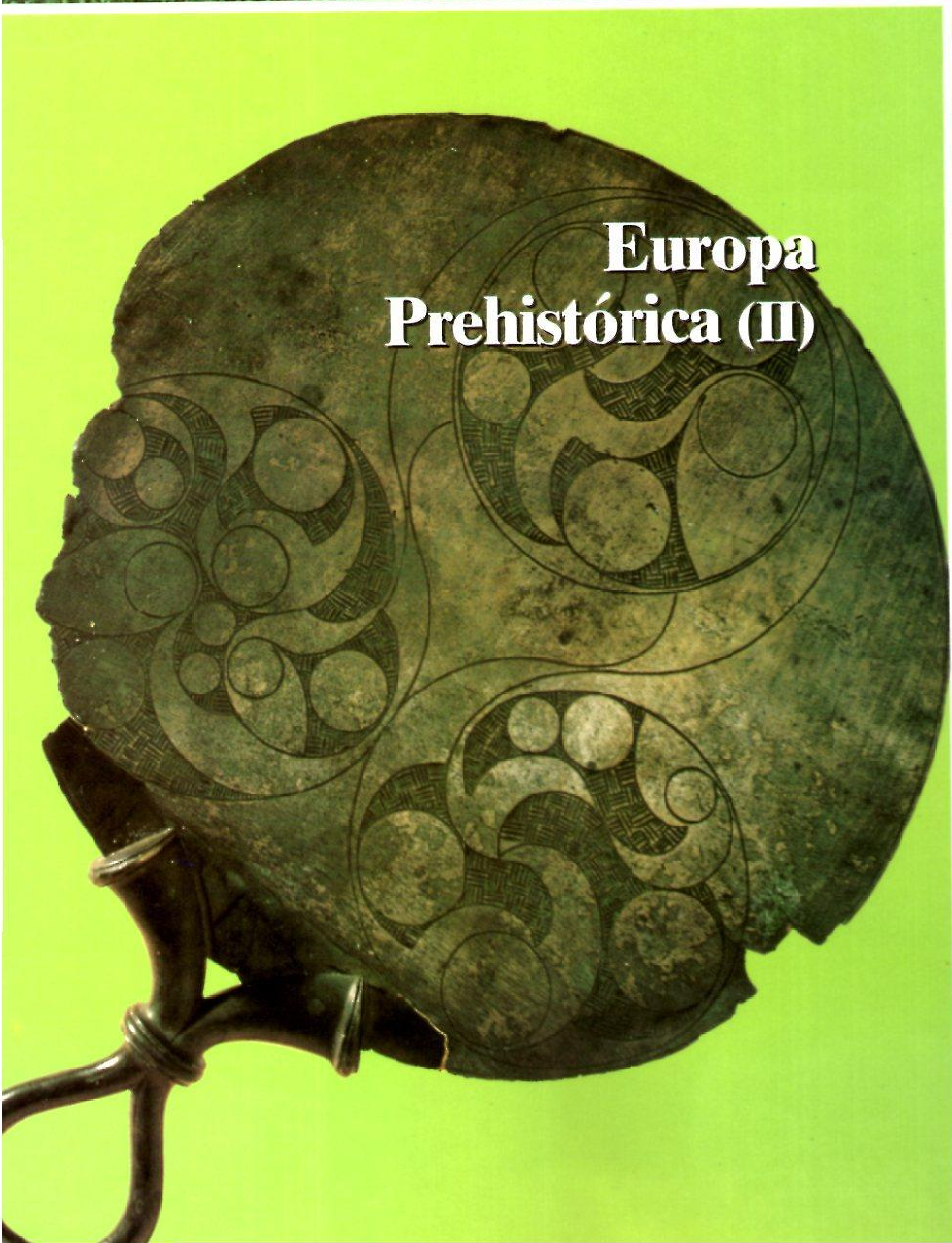
ORIGENES DEL HOMBRE



Europa Prehistórica (II)

64

folio

ORIGENES DEL HOMBRE

Europa Prehistórica (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Denis Harding
Asesores: C.C. Lamberg-Karlovsky y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reseverd
© Ediciones Folio, S.A., (14 - 11 - 1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0132-8 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:
La edad del cobre y del bronce 77

Stonehenge 97

Capítulo quinto:
Hallstatt y la llegada del hierro 101

La atalaya de Heuneberg 120

Capítulo sexto:
Europa céltica en el umbral de la historia 127

Glosario 149

Capítulo cuarto: La edad del cobre y del bronce



Pozos y fuentes votivos: vasijas de fines de la Edad del Bronce, adornos y huesos de animales de un depósito sacrificial, en Budsene, en la región danesa de Moen. Museo Nacional de Copenhague.

Ya hemos señalado que la fabricación de herramientas y adornos de cobre se puede remontar, en el sureste europeo, quizá hasta fines del quinto milenio a. C. El antiguo punto de vista convencional sostenía que la técnica de producción de implementos de cobre provino de fuentes egeas o anatolias, pero en los últimos años ha perdido crédito: las fechas que el método del radiocarbono adjudica a fases balcánicas importantes son, en su mayoría, anteriores en mil años a la primera aparición de la metalurgia del cobre en Grecia. En contra del criterio difusionista, no hay motivos para suponer que la explotación del cobre natural no pudo haber empezado independientemente en los Cárpatos y en las montañas de los Balcanes, tan ricas en cobre y minerales cupríferos.

Las técnicas más avanzadas de fundición y purificación requerían el control de los hornos y pudieron desarrollarse en las regiones europeas surorientales, donde la artesanía de la cerámica ya había llegado a un perfeccionamiento tecnológico alto. Hacia principios del cuarto milenio ac, la cultura boyana, asentada en el curso inferior del Danubio, producía punzones de cobre, a los que siguieron utensilios más importantes, como cinceles y hachamartillos en la fase gumelniţa. Se conocen acumulaciones comparables al sur del Danubio, en la cultura Vinča tardía y en la Tiszapolgar, del este de Hungría. Al oeste de Tisza, se introdujo el uso del cobre en el grupo neolítico tardío de Lengyel y al noreste de los Cárpatos, en las culturas contemporáneas de Cucuteni y Tripolye, en Rumania y Ucrania.

La expansión de la cultura kurgan. A fines del cuarto milenio, al norte del Cáucaso y en las regiones del Volga

inferior, al noroeste del Mar Caspio, se impone como forma de enterramiento la inhumación en una fosa bajo un túmulo, donde el cadáver yace de espaldas con las piernas flexionadas, en una postura semifetal. Al parecer, el enterramiento individual era más corriente que el colectivo y se hacía en una tumba espolvoreada con ocre rojo. Desde el Volga, las comunidades pastoriles de la cultura de tumbas de fosa o kurgan (túmulo), en su expansión hacia el oeste, absorbieron a las culturas nativas de las estepas pónticas septentrionales y, por fin, a los labriegos ucranianos del grupo de Tripolye. Tal vez atraídos por los recursos cupríferos del Cáucaso, o por el conocimiento de que más lejos existían sociedades de civilización avanzada, los jefes pastores de la cultura kurgan, hacia fines del tercer milenio, mientras se movían en dirección sur, tal vez se infiltraron en Anatolia oriental. Al norte del Cáucaso, proclaman la riqueza de este grupo ricos enterramientos como el del túmulo de Maikop –en el que se encontraron vasijas de plata ornamentadas, adornos de oro, utensilios de cobre y cuentas de turquesa y de cornalina–, a menudo comparados con las tumbas reales anatolias de Alaca Hüyük. En el cementerio de Nalčik, a lo largo de excavaciones recientes, se recuperaron bienes fúnebres de elaboración semejante, entre los que se contaba un gran caldero de cobre. La cámara de piedra, donde se habían inhumado dos cadáveres en posición fetal, cubiertos con abundante ocre, estaba bajo un túmulo imponente, de no menos de 11 m de altura y 100 m de diámetro. Otros aspectos reiterados de los enterramientos kurgan son la inclusión de ruedas de carro sólidas de madera y restos de ganado bovino y ovino y de caballos.

Sin embargo, no todos los enterramientos de fosa o kurgan contienen bienes fúnebres de gran riqueza: en realidad, las tumbas de fosa de la región que está al oeste del Dniéper son relativamente pobres, aunque se mantiene la costumbre de los cadáveres con las piernas flexionadas y cubiertos de ocre. Tampoco fueron siempre nómadas los agricultores kurgan, como lo han demostrado con amplitud las excavaciones de Mikhailovka, cerca de Kherson, sobre el curso inferior del Dniéper. En este asentamiento, que contiene los cimientos de chozas rectangulares de madera, la aldea se fortificó con una valla importante de piedras: quizá se trate de un reflejo de índole bélica de la expansión del grupo kurgan.

Cerámica de cuerdas y ánforas globulares. A principios del tercer milenio, las repercusiones de esos movimientos empezaban a sentirse en los Balcanes y en las regiones del curso medio del Danubio. En Hamangia, Rumania oriental, un enterramiento del tipo estepario se ha fechado con radiocarbono en 2580 ac, lo que en términos históricos indica una infiltración muy anterior al 3000 a. C. Dentro del círculo de los Cárpatos, los invasores orientales pudieron entrar en contacto con las comunidades de la cultura Bodrogkeresztur, que ya usaban el cobre y eran los sucesores locales de la cultura Tiszapolgar. El rito de enterramiento corriente también era la inhumación individual, en posición fetal dentro de una fosa cubierta por un túmulo y, entre los bienes fúnebres, lo común fueron hachas de piedra perforadas y azuelas de tipo hacha con agujero para el mango. Fuera del círculo de los Cárpatos, al otro lado de la llanura septentrional europea, con sus rutas naturales de comunicación con Rusia meridional, Rusia Blanca y Polonia, existe una mezcla compleja de culturas, para la que también se postularon orígenes rusos meridionales; además de la costumbre de enterramientos individuales bajo un túmulo, se encuentra otro rasgo distintivo dentro de estos grupos en las formas principales de su cerámica: ánforas globulares, de una parte, y cerámica de cuerdas (en la que la ornamentación se logra imprimiendo una cuerda retorcida), de otra. La relación entre estos dos grupos y sus orígenes se ha discutido mucho y no está clara.



Ánforas globulares (*arriba*) y cerámica de cuerdas (*página opuesta*); a veces se las considera producto de una expansión hacia occidente, ocurrida en el tercer milenio a. C., de la cultura kurgan y de los grupos relacionados del sur de Rusia y un factor de la diseminación de las lenguas indoeuropeas en el oeste.

En la región oriental centroeuropea y en el sur del Báltico, las ánforas globulares se extienden hacia regiones antes ocupadas por la cultura septentrional de vasos crateriformes y de embudo y se han hallado en diversos tipos de enterramientos, desde tumbas de túmulo hasta cistas megalíticas en las que se enterraba más de un cadáver. Las vasijas mismas son bulbosas y se estrechan hacia el cuello, donde una o más asas permiten colgarlas. Su

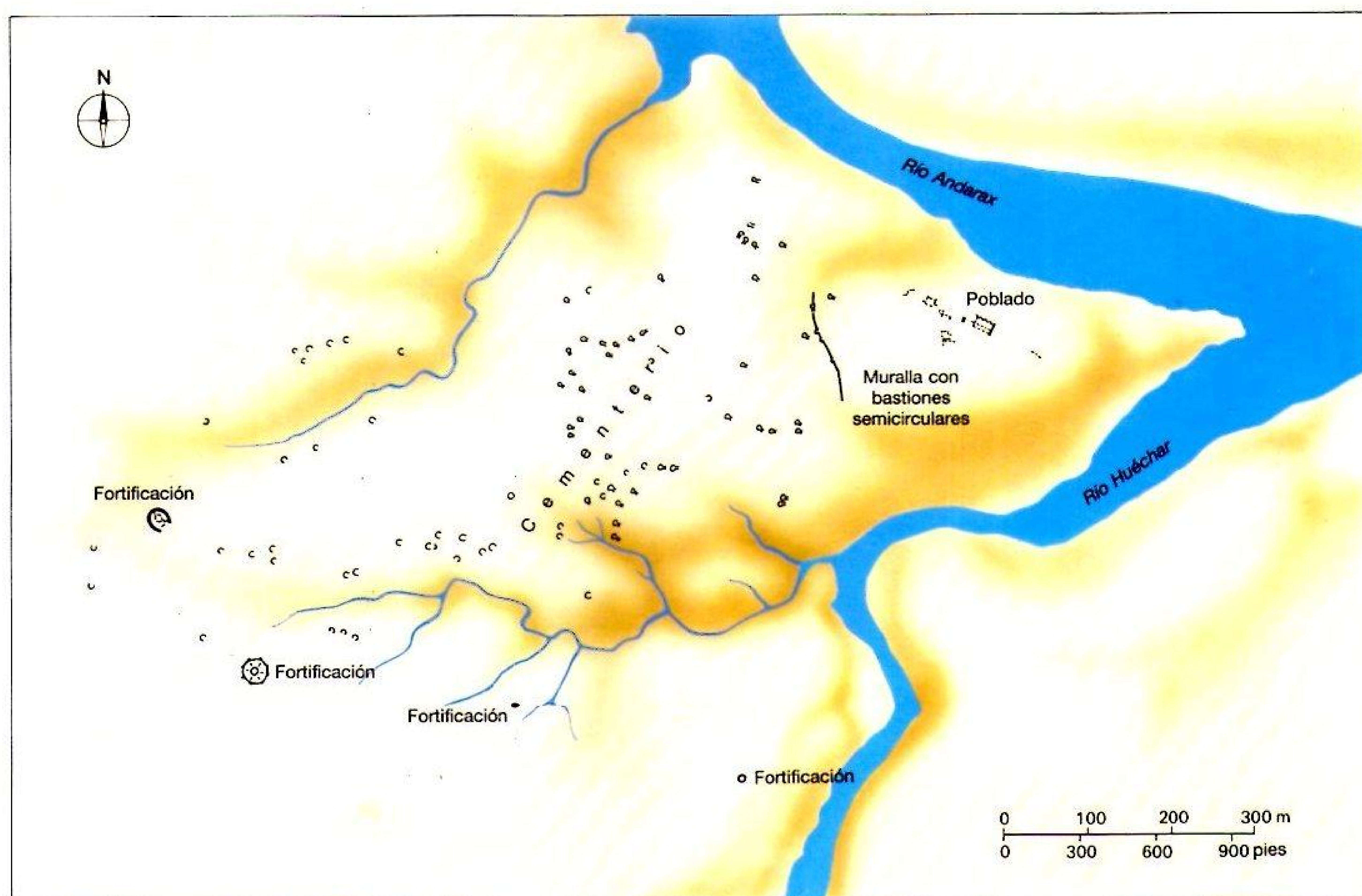


forma sugiere prototipos de cuero, que habrán sido habituales en las comunidades pastoriles, cuyo estilo de vida les habrá hecho atravesar amplias zonas de la llanura septentrional europea. En general, la decoración se limita a la parte superior de la pieza y presenta simples zigzags, dibujos a espiga y, en algunos ejemplares tardíos, impresiones de cuerdas retorcidas. La propia cultura de cerámica de cuerdas se difundió con amplitud por Alemania central, Bohemia y Polonia, y se caracterizó por la forma distintiva de sus ánforas, vasijas de cuerpo grande y redondo con asas insertas en los hombros (la parte más protuberante) y vasijas crateriformes de cuerpo ovoide y cuello alto. La técnica de ornamentación principal era la de impresión de cuerdas, aplicadas sobre todo a la mitad superior del vaso. Entre otros, al grupo productor de cerámica de cuerdas se atribuyen utensilios como hachas de guerra de piedra, de las que aparece una gran variedad de formas en las culturas relacionadas de la llanura septentrional europea. Sin embargo, no está claro hasta qué punto estas diversas entidades culturales se pueden relacionar con grupos concretos de población, y tampoco es seguro en qué medida la fractura de las primitivas sociedades labriegas neolíticas de Europa central y septentrional se debió a la intrusión generalizada de grupos procedentes de las estepas, ni si los cambios sociales surgieron desde dentro, en comunidades que ya no eran autosuficientes en materia tecnológica.

Lenguas indoeuropeas y arqueología. Se ha dicho que esos movimientos trajeron a Europa las lenguas indoeuropeas, es decir, el grupo emparentado de lenguas itálicas, germánicas, celtas, bálticas y eslavas, además del griego. Las palabras que comparten en estos grupos lingüísticos una raíz entre sí y con el indoiranio y el sánscrito son lo bastante numerosas como para sugerir que no eran simples préstamos, sino una transmisión debida a los movimientos demográficos, aunque la fragmentación en diversos subgrupos tal vez haya comenzado antes de esa etapa del proceso de difusión. Los filólogos reconocen, en general, que el primitivo indoeuropeo se originó muy probablemente en las comarcas del norte del Cáucaso y al oeste del río Ural, desde donde hemos dibujado la expansión de la cultura de tumbas de fosa o kurgan hacia el sur, hacia Rusia. El fondo común de voces indoeuropeas –sobre todo palabras que denotan elementos del entorno, la agricultura y la cría de ganado, e incluso algunas referidas a la metalurgia primitiva– resulta coherente con los testimonios arqueológicos de las comunidades neolíticas tardías y primitivas, usuarias de metales en esta región. Algunos estudiosos han ido más lejos aún, al sugerir que la estructura estratificada de la sociedad arqueológicamente testimoniada en Europa desde principios de la Edad del Bronce se derivó de un antiguo ordenamiento indoeuropeo.

Por muy atractivo que resulte correlacionar la introducción de las lenguas indoeuropeas y los testimonios arqueológicos de una difusión de la cultura esteparia hacia el oeste, habrá que admitir que la hipótesis, si bien sustentable, está muy lejos de ser segura. Quizá para las regiones de la llanura europea septentrional y del curso medio e inferior del Danubio se sostendría con mayor facilidad que para Anatolia y el Egeo, donde una cultura bárbara bien podría haber resultado absorbida por el estilo vital de los más civilizados mediterráneos, de modo que no habría dejado virtualmente ningún testimonio arqueológico que complementara la introducción de las lenguas indoeuropeas. Aunque las pruebas arqueológicas sean imperfectas, tenemos que explicar de qué modo llegaron los pueblos indoeuropeos al centro y al oeste de Europa; es difícil justificar su presencia como resultado de alguna invasión posterior, ya que hacia la segunda mitad del segundo milenio las comunidades del centro de la Hélade, de todos modos, ya hablaban griego indoeuropeo. Pero esto supera los límites de nuestro espacio: ahora debemos volver nuestra atención al occidente, una vez más, y a la expansión de la metalurgia del cobre hacia las zonas mediterráneas y atlánticas de Europa.

Vimos en el capítulo anterior que los primeros utensilios de cobre aparecen en la península ibérica dentro de contextos neolíticos tardíos, en la región de la cultura almeriense. En especial, existen testimonios de un flore-



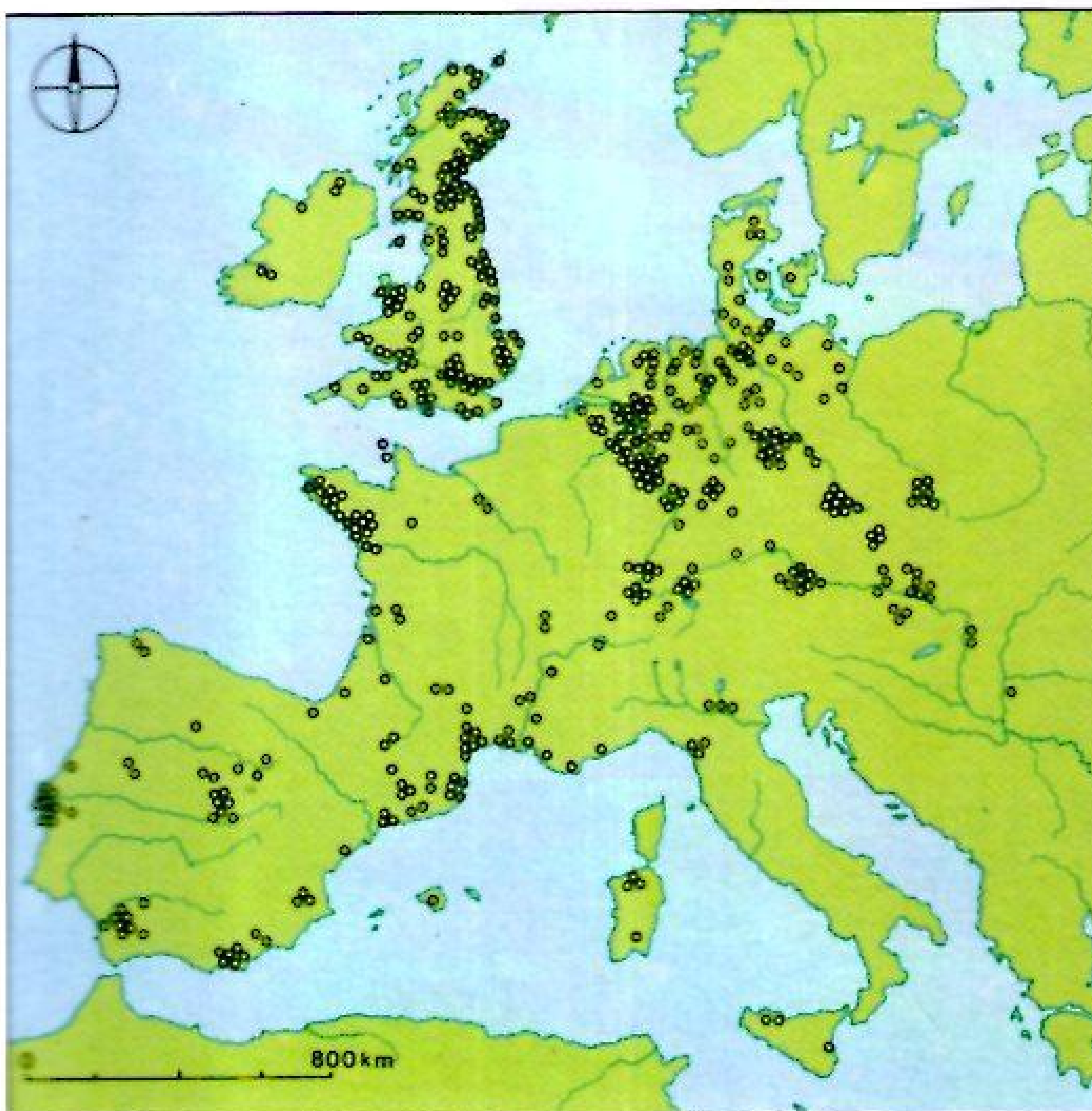
cimiento de comunidades que ya usaban el cobre en los asentamientos fortificados de Los Millares, circuidos por gruesas vallas de mampostería en las que, a distancias regulares, se alzaban bastiones de forma semicircular. Sobre el curso inferior del Tajo, el paraje de Vila Nova de São Pedro también comprendía un pequeño complejo central rodeado por una muralla de piedra de más de 8 m de espesor, con bastiones en toda su extensión. Se conocen otros ejemplos en la península, por excavaciones antiguas y más recientemente se descubrió en Lébous, al sur de Francia, el mismo tipo de fortificaciones. La similitud entre estos centros fortificados y Chalandriani, un sitio también protegido con bastiones en la isla de Siros, junto a ciertas afinidades con los utensilios egeos, llevaron a la doctora Beatrice Blance y a otros a sugerir que las comunidades usuarias de cobre en España y Portugal eran colonias de las del Mediterráneo oriental, hitos de una expansión y exploración comerciales que sería continuada, en los tiempos documentados de tres milenios más tarde, por los mercaderes y navegantes griegos. En tiempos recientes, entre ciertos estudiosos de la prehistoria, se ha puesto de moda denigrar como arcaico difusionismo cualquier sugerencia de que la innovación cultural pudo producirse de este modo; la confusión en este asunto con el

Arriba: Los Millares, Almería, España; el mapa muestra la localización del cementerio y del asentamiento fortificado. Según Siret, Almagro y Arribas.
Página opuesta: Mapa de los grupos crateriformes en Europa central y occidental.
Abajo: Vasija crateriforme de Radley, Oxfordshire, Inglaterra. Museo Ashmoleano.



tema de los orígenes de las tumbas megalíticas que, ya hemos visto, no se pueden considerar como productos de una colonización misionera del Egeo en el oeste atlántico, no ha hecho sino complicarlo todo mucho más. En el resto de Europa noroccidental, la metalurgia del cobre no está asociada de cerca con la tradición megalítica y no parece haber un motivo de gran peso que nos lleve a negar que se introdujo desde el oriente mediterráneo, incluso –según propuso Savory– desde el Levante, más que desde el Egeo.

Orígenes de la cultura de vasos crateriformes. En Europa occidental, la difusión de la tecnología temprana del metal se relaciona de manera estrecha con la aparición y difusión de la cultura de los vasos crateriformes, que toma su nombre del predominio, en sus acumulaciones de materiales, de una forma peculiar de vasos usados para beber, hechos de una cerámica de calidad superior, de color marrón rojizo oscuro y, por lo común, ornamentada con franjas horizontales de diseños de peines o de cuerdas. Las vasijas de esta clase se encuentran sobre un espacio de distribución sumamente amplio, desde el Danubio superior, el Rin y Europa septentrional hasta la península ibérica, y desde el norte de Italia y las islas del Mediterráneo hasta las británicas. Es verdad que se reconocen variantes regionales, pero la homogeneidad predominante de las piezas crateriformes y campaniformes, además de los tipos reiterados de utensilios con los que se asocian, llevó a los estudiosos de la prehistoria no sólo a adjudicar esta cerámica a un grupo étnico independiente, sino también a la conclusión de que la cultura se difundió desde un único punto de origen, rápidamente, por todo el occidente europeo.



Sabemos que las comunidades de esta cultura conocían el metal, aunque no fueran las primeras en usarlo dentro de la Europa occidental mediterránea, como hemos visto, y la necesidad de buscar los puntos de explotación directa de los recursos minerales naturales aportaría, sin duda, un incentivo a la movilidad. Los grupos más ricos de la cultura que nos ocupa se caracterizan por pequeños cuchillos de cobre, diseñados para llevar un mango de madera o de hueso, unido mediante una espiga de fijación integrada en la hoja; pero, por otra parte, también les pertenecen objetos ornamentales de oro, como los «pendientes» en forma de cesto, de delicada elaboración, hallados en el yacimiento de Radley, situado sobre el curso superior del Támesis. Entre otros adornos personales y amuletos, hay botones de azabache, ámbar o hueso, con una perforación central en forma de V para fijarlos. El arma principal era el arco, porque es corriente que en las tumbas se encuentren puntas de flecha de sílice –triangulares, de base hueca o con espolones y espigas–, a veces agrupadas como si hubieran estado dentro de una aljaba de cuero ya desaparecida. Algunos objetos pequeños, planos y rectangulares, de piedra o de pizarra se han interpretado como parte del equipo de un arquero: se supone que por las pequeñas perforaciones que tienen en cada extremo se pasaba una cuerda para atarlos a la muñeca y así servían de protección al soltar la cuerda del arco. Tanto esas armas como esos ornamentos, que constituían los bienes fúnebres de la cultura crateriforme, brindaron tradicionalmente la pintura de bandas armadas de mercaderes vagabundos, que exploraban y explotaban las rutas comerciales y los recursos minerales de Europa hasta las lejanas tierras del Vístula, anunciando una nueva fase de la prehistoria; en ella, las primitivas comunidades igualitarias de campesinos abrían paso a las sociedades estratificadas, donde los jefes mostraban su riqueza a través de los productos de sus artesanos especializados y del intercambio de mercancías a larga distancia.

Aunque hubo quienes defendieron la hipótesis de un origen centroeuropeo, porque en esta región es donde más abunda la cerámica crateriforme, la opinión mayoritaria de los últimos tiempos se decide por la idea de que las comunidades que usaban esta cerámica aparecieron en la península ibérica en la primera mitad del tercer milenio a. C. Dos grupos separados de cerámica se han reconocido hace ya mucho tiempo; uno, localizado en la meseta hispana y el otro, limitado a las zonas costeras del sur de España y Portugal, en torno a la desembocadura del Tajo. Los vasos de este grupo marítimo –a veces conocidos como cerámica internacional o paneuropea, por su amplia distribución– se diferencian por su ornamentación, graba-

da por medio de un peine de dientes cortos, lo que da un efecto casi de ruleta, en una serie de franjas horizontales de igual altura, en la que alternan las lisas y las trabajadas. De las dos clases, la marítima es la más antigua. El hecho de que los antecedentes peninsulares de ciertos rasgos de esa ornamentación estén en las piezas de cerámica cardial apoya el punto de vista de que la historia de las vasijas crateriformes se originó en el suroeste de Europa. En muchos aspectos, por cierto, la cultura crateriforme peninsular se muestra como la culminación de una secuencia neolítica tardía, más que un producto de un nuevo pueblo con utensilios de nuevos tipos, que cambió los ritos de enterramiento y construyó asentamientos peculiares. La cerámica crateriforme aparece en los niveles tardíos de una cantidad de centros establecidos y ocupados por comunidades calcolíticas, como en Vila Nova de São Pedro, mientras que los enterramientos son depósitos secundarios en tumbas rupestres, tumbas de fosa e incluso en las de corredor, como las de Los Millares.

Desde estos orígenes suroccidentales, se dijo, la cultura crateriforme se transmitió por toda Europa, a lo largo de las costas atlánticas y por las del canal, hacia los Países Bajos y, de un lado, por el Rin hasta Europa central y, de otro, por tierra hasta el sur de Francia, desde donde subió por el corredor del Ródano-Saona hasta el sur de Alemania. Tras este viaje convergente, los portadores de la tradición crateriforme se encontraron en Renania con el movimiento de las comunidades que avanzaban hacia occidente, llevando sus vasijas de cerámica de cuerdas y cuyo sistema de enterramiento era la inhumación en tumbas casi siempre individuales. De la fusión de estas dos tradiciones culturales separadas, se sugirió, algunos de los elementos orientales volvieron hacia el oeste, con el resultado notable de que aparecieran en las islas británicas, en la península ibérica y en el mediodía francés vasos crateriformes ornamentados con motivos de cuerdas. El llamado movimiento «de reflujo», aunque algo forzado, parecía ser una deducción necesaria para sostener la teoría del origen suroccidental de la cultura de vasos campaniformes, a la vez que para explicar la aparente incorporación en ellos de un repertorio de técnicas ornamentales tomadas de la tradición europea oriental de las piezas de cerámica de cuerdas.

Un proceso similar «de reflujo» se postuló para expli-

Vasijas campaniformes de Los Millares, España (*izquierda*) y Tököl, NO de Hungría (*derecha*); estos ejemplares muestran la característica forma de campana y la ornamentación geométrica en franjas. Museo Ashmoleano, Oxford.

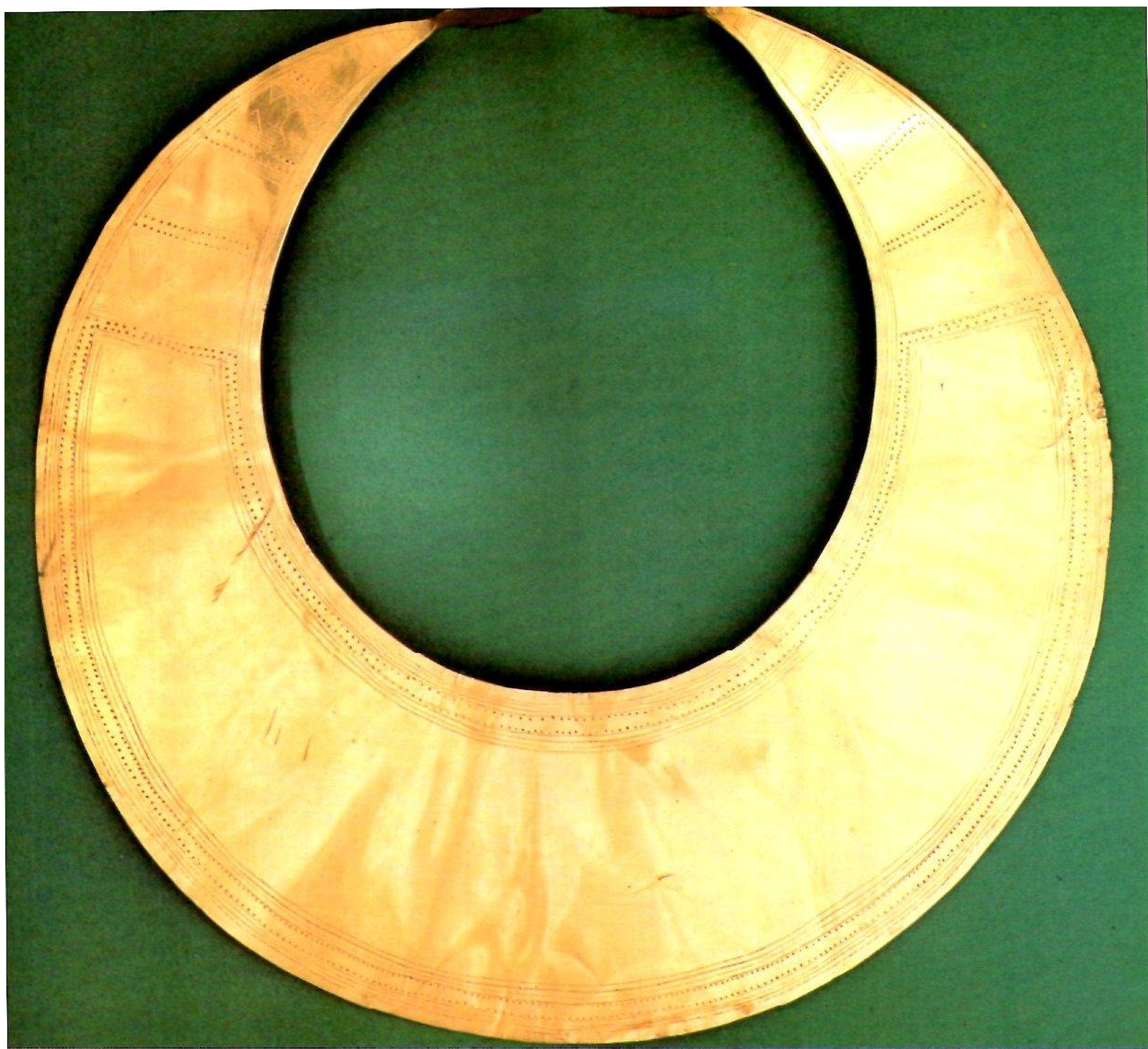


car la introducción de la cerámica crateriforme en Gran Bretaña, ya que aquí la dirección colonizadora fue desde los Países Bajos y el oeste de Europa central, más que desde la península ibérica o Bretaña directamente. No obstante, sigue siendo improbable que cualquier proceso de diseminación cultural por las costas atlánticas de Portugal, norte de España y oeste de Francia hasta Bretaña no haya logrado contactos con el oeste británico, para reproducir el esquema de colonización ya testimoniado en una era anterior por las localizaciones de las tumbas megalíticas. La distribución de los hallazgos de cerámica crateriforme en Gran Bretaña, con las correspondientes concentraciones en los Países Bajos, la llanura europea septentrional y la península danesa, hace que sea difícil creer que el origen de esta cultura no estuvo dentro de la última zona mencionada.

David Clarke propuso una región alternativa para el desarrollo primario de esta cultura: el sur de Francia y Cataluña, alrededor del Golfo de León. Es una propuesta que no carece de atractivo, pues postula un centro desde el que pueden irradiarse los elementos culturales hacia el sur de España y Portugal y hacia el centro del continente, por el corredor del Ródano-Saona; desde aquí, los procesos secundarios de colonización podrían llevar la cerámica crateriforme a Gran Bretaña, partiendo del sureste o bien a través del Mar del Norte. De igual manera, Clarke pudo demostrar que varios de los básicos motivos ornamentales de las vasijas se podían encontrar en las piezas de la cerámica impresa y chaseana del neolítico francés meridional, aunque la técnica de las cuerdas está menos explicada en su tesis. Sin duda, los hallazgos de vasos crateriformes son muy numerosos en el sur de Francia, aunque los testimonios de asentamientos escasean y sugieren ocupaciones muy eventuales, como el campamento excavado hace poco en St Côme-et-Maruéjols, en Hérault. Asimismo, los enterramientos no son distintivos, pues constituyen deposiciones secundarias en tumbas y cuevas megalíticas. Las fechas del radiocarbono para estos centros de vasijas crateriformes los sitúan sobre todo en los dos últimos siglos del tercer milenio ac, lo que indica ocupación desde la primera mitad del milenio en términos históricos, pero todavía algo posteriores quizá (si no lo son estadísticamente) a las fechas hispanas más antiguas.

La datación con radiocarbono ha contribuido, quizá muy significativamente, a la clasificación de los grupos crateriformes en los Países Bajos y el occidente de Europa central. En años recientes se ha hecho más obvio que en esas regiones, de todas formas, la verdadera secuencia campaniforme-crateriforme está precedida por una clase de crateriformes en que la decoración aparece en toda la superficie; se trata de impresiones horizontales de cuerdas, de dibujos a espiga, o a veces de una combinación de líneas de cuerdas con impresión de espátulas, ya sean lisas o dentadas. Estas técnicas decorativas pueden relacionarse con las llamadas cráteras de pie saliente (PS) de Holanda y grupos afines del oeste de Alemania, en sí mismas una expresión occidental de las culturas de cerámica de cuerdas y de hachas de guerra, procedentes de Europa central y septentrional. Por esto, las piezas con ornamentación total (OT) y sobre todo las de ornamentación de cuerdas (OC) se consideraron, en tiempos, producto de amalgamas culturales entre las verdaderas vasijas del tipo campaniforme y los PS y grupos emparentados, pero los expertos holandeses Lanting y Van der Waals demostraron, con ayuda de las dataciones con radiocarbono, que las tres categorías (PS, OT y campaniforme) representan un proceso de desarrollo continuo en la zona del Rin medio e inferior. La serie PS, que se distingue por sus bases salientes y también porque su ornamentación está en los dos tercios superiores de la vasija, se encuentra en inhumaciones individuales, ya sean de superficie o de fosa pequeña, a menudo rodeada por un foso circular y cubierta con un túmulo. Los bienes fúnebres, en ocasiones, incluyen hachas de guerra, pero no el equipo de arquería que caracteriza la tradición campaniforme.

De momento, la mayoría de las fechas para el complejo PS en Holanda se agrupa entre el 2300 y el 2000 ac en años radiocarbono, aunque se obtuvieron varias determinaciones más tempranas, como la de Anlo (2470 ac) para una tumba que contenía una pieza de pie saliente y ornamentación de cuerda. La serie de ornamentación total empieza hacia el 2200 ac o poco después, mucho antes de la aparición de las vasijas campaniformes marítimas, con las que se encabalgan en su momento. Los usuarios de esta última también adoptaron la inhumación en tumbas individuales reunidas en cementerios de túmulo y, aunque por cierto hay diferencias de detalle en el ritual de enterramiento y en los bienes fúnebres, estas diferencias no bastan para discutir la interpretación de que las piezas crateriformes holandesas y del oeste de Alemania son un desarrollo continuo, en el que cada fase adopta rasgos de la precedente. La calibración de estas dataciones hechas con radiocarbono situaría, claro está, la secuencia de acontecimientos mucho antes: el complejo PS habría florecido ya hacia el 3000 a. C., seguido por las piezas de ornamentación total, a principios del tercer milenio. Las implicaciones de esta secuencia para la teoría «del reflujo» son evidentes. Si las vasijas crateriformes OC ya no pueden verse como el resultado de la fusión de la tradición de cerámica de cuerdas con la campaniforme, cuya aparición



está retrasada, es posible argumentar que la difusión del ornamento de cuerdas en el oeste y suroeste de Europa fue independiente de un «reflujo» de la cultura de vasos campaniformes. Que esta hipótesis exija por sí misma un origen centroeuropeo occidental para todo el fenómeno crateriforme, es algo que aún debe discutirse ampliamente.

Media luna, *lunula*, de oro (*arriba*, Museo Británico); está decorada con motivos geométricos incisos, de gran belleza, y es el equivalente septentrional y occidental de los collares de ámbar y de Faenza de principios de la Edad del Bronce, como este ejemplar hallado en Upton Lovell, Wiltshire, Inglaterra (*página opuesta, abajo*, Museo Devizes).

Vasos crateriformes en Gran Bretaña. Desde puntos de la llanura septentrional europea y del curso medio e inferior del Rin, la cultura crateriforme se transmitió a las costas meridionales y orientales británicas, posiblemente por una migración verdadera desde el continente, aunque los expertos no están de acuerdo en cuanto a si se trató de un solo movimiento o si grupos cerámicos sucesivos reflejan un proceso de colonización más prolongado y esporádico, en olas reiteradas. A la cabeza de las series campaniformes, tanto en Gran Bretaña como en el continente, está el grupo de total ornamentación con cuerdas. Después, las vasijas británicas, con algunas variantes regionales, siguen



Arriba: Collar de cuentas de pizarra y de Faenza segmentadas, hallado en Upton Lovell, Wiltshire, Inglaterra. Museo Devizes.
Abajo: Collar de ébano procedente de Poltalloch, Argyllshire; véase la utilización de placas separadoras. Museo Nacional de Antigüedades de Edimburgo.





una secuencia de desarrollo en la que las zonas alternantes lisas y decoradas de las formas antiguas se reducen, para culminar con la introducción de franjas verticales, que amplían las zonas horizontales, y el uso de toda la superficie exterior de la vasija para un único diseño complejo.

Como en Europa continental, los testimonios del período crateriforme en Gran Bretaña provienen sobre todo de los enterramientos. Pocos asentamientos de viviendas se han localizado; uno, que se excavó en Belle Tout, en los acantilados de Sussex, sugiere que las casas de estas comunidades pastoriles eran muy endebles, quizá de ocupación temporal. El rito de enterramiento adoptó la costumbre europea septentrional de inhumación individual, con el cadáver encogido y tendido de lado bajo un túmulo, o en el noreste inglés y en Escocia lo más común fue una cista cubierta de piedras, en general sin la cobertura de un *cairn*. Sin embargo, este esquema no es invariable; más de un enterramiento se encuentra a veces en los túmulos de la cultura crateriforme, y no necesariamente en un contexto secundario. De igual manera, también se presentan la cremación y el rito más común de la inhumación en posición fetal. En realidad, con el testimonio de los enterramientos y de los bienes fúnebres asociados, sería fácil exagerar la índole innovadora del asentamiento crateriforme en Gran Bretaña.

Otros aspectos de la vida neolítica continuaron sin cambios, o incluso se vieron destacados por las comunidades usuarias de la cerámica crateriforme. Por ejemplo, la tradición de los *henge* se elaboró con la introducción de círculos de piedra dentro del terreno circular. En Avebury, la ya citada localidad de Wiltshire, en tiempos se alzaron 98 macizas piedras «druídicas», cada una de hasta 40 toneladas de peso, en torno al borde interno del foso circundante, en reemplazo de dos círculos independientes interiores, que habían formado el foco inicial del rito. Desde la entrada sur del recinto, una avenida flanqueada por piedras druídicas formaba una vía ceremonial a través de las colinas, hasta una estructura conocida como el Santuario, a 2,5 km de Overton Hill. Monumentos comparables, aunque menores, se encuentran en lugares tan septentrionales como las Orcadas, donde Ring, en Brodgar, y Standing Stones, en Stennes, en otras épocas se habrán alzado en una relación ritual semejante. También en Stonehenge el monumento neolítico original, se piensa, fue modificado durante el período crateriforme, mediante la introducción de conjuntos de «piedras azules», cuya última fuente geológica estaba en las montañas Prescelly, del sur de Gales. La continuidad en el uso de estos centros ceremoniales, desde los orígenes neolíticos hasta la madurez de la Edad del Bronce, es un argumento de peso para decir que las primeras comunidades britanas usuarias de metal en la zona sur

compartían o adoptaron convenciones ya utilizadas por los grupos nativos neolíticos, a los que se impusieron.

Es inevitable que las consideraciones de este tipo nos lleven a cuestionar hasta qué punto la cultura crateriforme es sinónimo de grupos demográficos nuevos. La suposición abierta de que el testimonio arqueológico podía correlacionarse con una entidad étnica es lo que ha conducido a la necesidad de postular un único origen para el fenómeno crateriforme en toda Europa, una presunción que se basaba, en no pequeña medida, en la supuesta prueba de la aparición de esqueletos braquicefálicos (de cabeza pequeña o cuadrada) en contextos crateriformes, en aparente contraste con las gentes más pequeñas, dolicocéfalas, es decir, de cabeza alargada, del neolítico. Se ha hablado mucho de este cambio de tipo físico, pero el testimonio es discutible y exige una reconsideración. Sería difícil negar que la edad temprana del cobre fue un período en el que se produjeron algunos movimientos demográficos, ya fuesen de pequeños grupos de exploradores o de migraciones generales, impulsados por la demanda creciente de cobre (y más tarde, de estaño para obtener bronce) y de oro. A la vez, es probable que haya sido precipitado el intento de establecer, no obstante, una correspondencia entre esos movimientos y las complejidades de los motivos ornamentales de los vasos de cerámica destinados a la bebida o cualquier otro rasgo específico de algún utensilio.

Principios de la Edad del Bronce en Gran Bretaña. Durante el período de principios del segundo milenio a. C., Britania atraviesa una transición en la técnica metalúrgica: de la producción de unas pocas herramientas y escasos adornos de cobre, a la manufactura de una gran variedad de utensilios, mediante el método de aleación de cobre y estaño para producir bronce. Con la llegada de la Edad del Bronce, y a lo largo de ese segundo milenio, nuestro conocimiento de las comunidades insulares se deriva casi con exclusividad de los enterramientos y de los bienes fúnebres correspondientes. El rito dominante es el enterramiento individual, pero la cremación aparece como alternativa a la inhumación, en algunos casos, y las cenizas se conservan en urnas funerarias cerámicas de gran variedad de formas. Es evidente que las diversas formas de vasijas funerarias –recipientes para comida, urnas de cuello largo, de incrustación, bicónicas y otras– ya no se pueden usar para fijar una secuencia cronológica en la Edad del Bronce, ya que todas ellas aparecen desde el principio del período. Por tanto, la clasificación pasa a depender, en forma natural, de los cambios progresivos y de los avances técnicos que se reflejan en el trabajo de los metales.

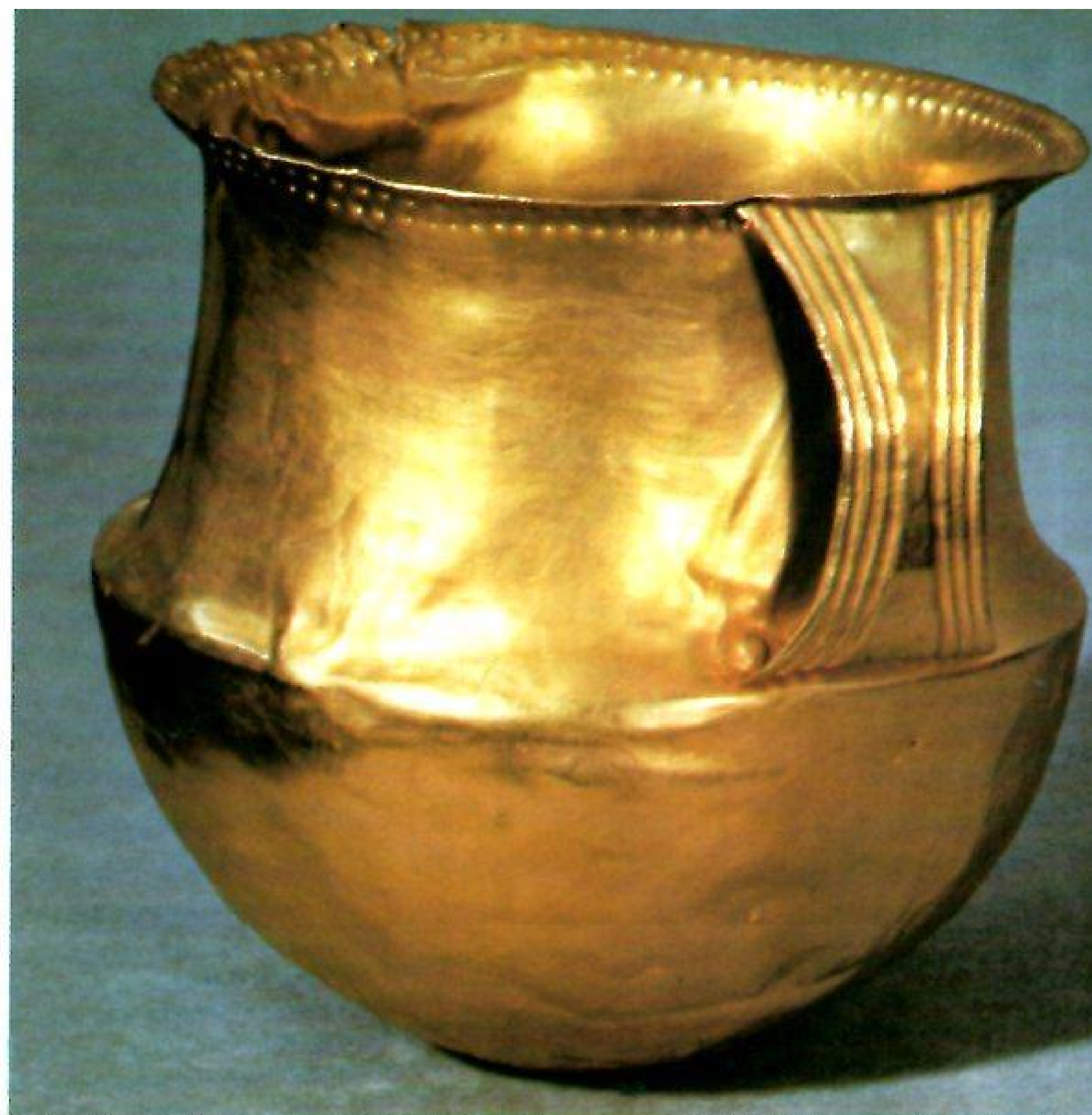
En todo este período, la zona de las tierras altas desempeñó un papel importante, porque allí, en las montañas de Escocia, Gales e Irlanda, se obtenía la materia prima, en especial el cobre, y también el oro, ya que los abundantes recursos de los montes Wicklow y los depósitos de oro de las tierras altas escocesas se explotaron, sin duda, desde la época crateriforme. Lo único que faltaba en las tierras altas británicas era el estaño, es decir que los herreros del norte y los irlandeses habrán tenido que depender de Cornualles o de fuentes continentales. Desde Escocia, el viaje por mar hasta las costas septentrionales de Holanda o Alemania, donde los ríos Rin, Ems, Elba y Weser dan acceso a las montañas productoras de minerales del centro de Europa, no es más largo que el que lleva hasta el suroeste inglés. Por tanto, en contra de los lazos anticipados entre las regiones consumidoras del sur de Britania y las zonas de producción irlandesas y escocesas, existe un arco de actividad bien testimoniado arqueológicamente,

«Vasos de incienso» de principios de la Edad del Bronce; por lo común tienen una superficie irregular, como esta «copa de uvas» (*izquierda*, Museo Británico), o con diseños geométricos incisos y en relieve como los vasos Aldbourne, procedentes de Wiltshire (*abajo*, Museo Británico).









Vaso de oro Rillaton, procedente de Cornualles (*arriba*, Museo Británico), uno de los más hermosos ejemplos de la artesanía britana de principios de la Edad del Bronce; se lo compara a menudo con su equivalente hallado en la localidad renana de Fritzdorf (*derecha*, Museo regional de Renania, Bonn), con el que comparte no sólo su forma de tipo crátera, sino más específicamente los detalles técnicos del asa.

que une a Irlanda y Escocia con el continente europeo a través del Mar del Norte. En consecuencia, los primeros centros de elaboración de bronce en Escocia, como la industria Migdale, muestran afinidades notables con las primitivas culturas de la Edad del Bronce centroeuropeas, tal como están representadas en los cementerios de inhumación superficial de Straubing y Adlerberg y tesoros como los de Gaubickelheim y Neunheiligen (la fase A_1, técnicamente hablando, en el esquema de P. Reinecke).

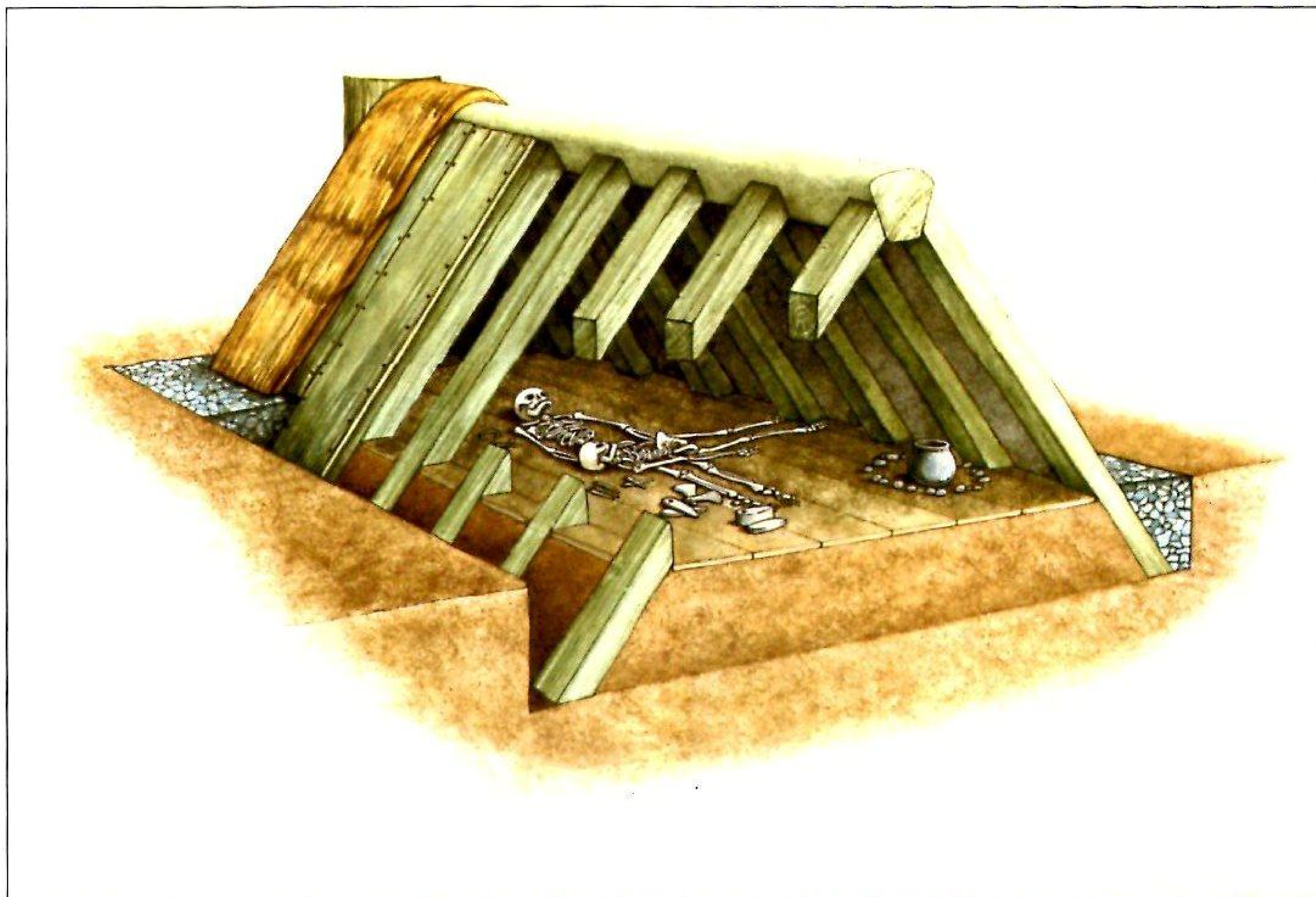
Los más importantes entre los objetos de metal de inspiración continental fueron los cuchillos con mangos remachados, brazaletes en forma de espiral, cubrebotones y cuentas tubulares de bronce laminado y quizá también albardas. Las hachas de bronce, a veces decoradas con simples diseños martillados, siguen sobre todo las tradiciones insulares; están fundidas en moldes de una sola pieza y, por tanto, carecen de pestañas para sujetar el mango, excepto cuando están hechas doblando hacia arriba con el martillo los bordes de la pieza. Entre los ornamentos de oro destacan las *lunulae*, adornos en forma de media luna que se llevan al cuello, de factura delicada, hechos con una lámina fina de oro y decorados con dibujos de puntos repujados o de motivos geométricos de diseño refinado.

La cultura de Wessex. En el sur de Inglaterra los enterramientos de túmulo de principios de la Edad del Bronce revelan una disparidad marcada: algunos tienen bienes fúnebres escasos y pobres –tal vez nada más que un cuchillo y unas pocas cuentas en la urna cineraria– y otros contienen ornamentos de oro, ámbar y Faenza, junto a una variedad de objetos auxiliares, de modo que han de ser los sepulcros de un grupo social gobernante y privilegiado. La magnificencia de unas pocas tumbas riquísimas centró, hasta un punto desproporcionado, la atención sobre este grupo que, hace muchos años, Piggott definió como cultura de Wessex. La práctica del comercio o intercambio a larga distancia, desde Wessex hasta Europa central y desde el Báltico hasta el Egeo, está probada por la distribución del ámbar, una resina fósil que se recoge en las playas bálticas, cuyo color dorado y curiosa cualidad de magnetismo estático sin duda atrajeron al hombre prehistórico. Collares de ámbar, como el hallado en Upton Lovell, en Wiltshire (y más al norte los de azabache, como el collar de Poltalloch, procedente de Argyllshire), reproducen la misma forma de media luna de las *lunulae* de oro laminado, gracias a las placas separadoras hábilmente perforadas que permiten que las distintas filas de cuentas se abran hacia el centro del collar. También la Faenza, una sustancia azul vidriada de una arcilla silícea horneada, se convertía en cuentas, aunque en Gran Bretaña aparece en unos pocos restos de collares rotos. Las tumbas de Wessex, asimismo, revelan conexiones con Bretaña bajo la forma de pequeños vasos accesorios conocidos como «copas de uvas» (por su exterior decorados con bultos que parecen granos de uva) y los vasos Aldbourne (el nombre del lugar en que se halló el ejemplar tipo); ambos sugieren antecedentes en las piezas chaseyanas neolíticas.

Otros nexos con los bretones de principios de la Edad del Bronce aparecen en uno de los tipos básicos de puñales de bronce, proveniente de las tumbas ricas de Wessex; se trata de un arma de hoja triangular y la habitual fijación del mango hecha con seis remaches finos, a veces con una nervadura central bien definida en la hoja, un tipo cuyo origen último era centroeuropeo. El doctor Gerloff los ha llamado puñales armórico-britanos y aparecen en la clásica acumulación del Bush Barrow de Wilsford, en Wiltshire; el pomo de una de esas armas se ornamentó muy elaboradamente con diminutos remaches de oro que siguen un diseño de cheurón (V invertida). Los bienes fúnebres más notables son las placas de oro en forma de losange, decoradas con incisiones delicadas y un juego de piezas de hueso cortadas en zigzag, en su origen destinadas a adornar un mango o cetro de madera, cuya analogía europea más cercana proviene de la tumba de foso iota, en el Círculo B de la propia Micenas. La segunda clase principal de puñales es la del grupo llamado Camerton-Snowshill, caracterizado por una hoja de forma ojival, reforzada con un engrosamiento en el centro y unida al mango por medio de tres remaches fuertes; por convención, se considera más moderna que la variedad triangular, que al parecer sobrevivió en ciertos casos, relegada a las tumbas de mujeres. El ámbar y el oro seguían en uso, sobre todo en el túmulo de Clandon, en Dorset, donde se descubrió un pectoral de oro laminado comparable a los de Bush Barrow, junto a una elegante vasija crateriforme hecha de una única pieza de ámbar. Uno de los objetos más bonitos del período proviene de un túmulo que está muy al oeste de la principal zona de distribución de las tumbas Wessex, el de Rillaton, en Cornualles. El vaso de Rillaton, hecho de oro laminado, con el cuerpo ensanchado mediante acanaladuras, por la maestría técnica que denota puede compararse con vasos similares originarios de Renania y de la localidad suiza de Eschenz.

En años recientes, las presuntas conexiones entre la cultura de Wessex y la Grecia micénica se han puesto en duda, ya que las calibraciones de las fechas de radiocarbono parecían implicar, en general, que la secuencia cronológica establecida era demasiado reciente en varios siglos y que la cultura de Wessex, por tanto, tendría que fecharse hacia el 2000 a. C., en años históricos, y no más tarde. Las fa-

Abajo: Reconstrucción de la cámara funeraria de madera del túmulo de Leubingen, en Sajonia; se ve la disposición de los enterramientos reales y los bienes fúnebres. Según Piggott y Gimbutas.



ses importantes de Micenas, que abarca el espacio del heládico medio al heládico tardío, no se dataron con determinaciones de radiocarbono sino por un esquema que, en última instancia, depende de la cronología histórica egipcia y, por tanto, no requirió cambios para concordar con la calibración dendrocronológica. De todos modos, en esa época no había fechas de radiocarbono para la cultura Wessex y las revisiones se infirieron, sobre todo, por su presunta situación en la secuencia relativa. Hoy, cuando tenemos las fechas, se sabe que son lo bastante tardías como para justificar, aun después de una calibración, la contemporaneidad de las fases finales de la cultura Wessex con el período de tumbas de pozo micénicas, desde aproximadamente el siglo XVII hasta el XV a. C. No obstante, sus comienzos podrían situarse en torno al 2000 a. C. de modo que, en un esquema cronológico mayor, tanto las conexiones de la cultura Únětice centroeuropea (Reinecke A_2) como las de la micénica (MH II-LH IIA) se pueden ajustar. La posición de Stonehenge III dentro de esta secuencia todavía es problemática y los relieves de hachas y puñales en sus piedras son, por cierto, demasiado borrosos como para permitir una comparación precisa con los tipos micénicos.

Principios de la Edad del Bronce en Europa central y occidental. Al considerar las tumbas de guerreros de Wessex y Bretaña y la explotación de cobre y de oro en Escocia e Irlanda, es corriente que se hagan comparaciones tipológicas con el grupo centroeuropeo de culturas Únětice, de principios de la Edad del Bronce. Únětice está cerca de Praga y su nombre alemán, Aunjetitz, que deriva de un período en que esta localidad fue parte del imperio austro-húngaro, todavía se usa en la literatura arqueológica. Al sur se extienden los grupos Straubing y Adlerberg y las culturas de la Edad del Bronce alpinas; al norte, las culturas del Período I de Montelius. Hacia el este, en Transilvania, los grupos contemporáneos incluyen las culturas Nagyrév y Hatvan, que en su momento se verían sucedidas por la clásica cultura otomani de Europa oriental. Como en el resto de Europa, la atención se concentró, en particular, sobre las tumbas suntuosas y el trabajo del metal que se advierte en los bienes fúnebres de este grupo: armas y adornos personales asumieron, al parecer, una importancia especial en las acumulaciones funerarias. Alcanzaron una fama peculiar las tumbas principescas de Helmsdorf y Leubingen, ninguna de las dos, en términos estrictos, característica de la región de Únětice, ya que su localización es periférica a la de esa cultura en Sajonia-Turingia. La primera es notable por la riqueza de



Derecha: El tesoro Hajdusámson, del noroeste de Hungría, es conocido por su espada de hermosa decoración y el rico conjunto de hachas. Museo Deri, Debreccen.



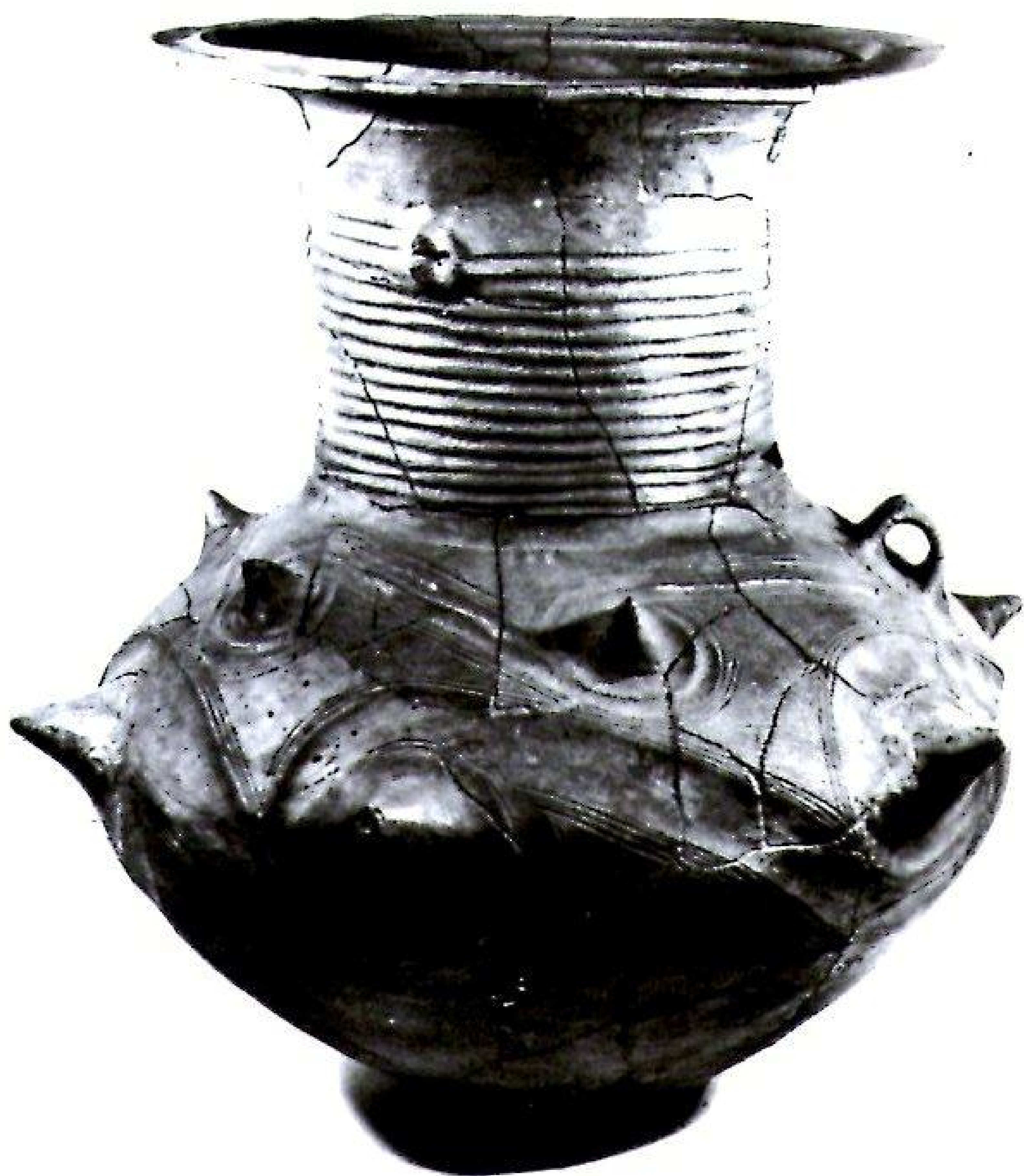
Abajo: Cerámica de la cultura Argar (principios de la Edad del Bronce) española, que presenta vasijas aquilladas y platos abiertos, de muy buen material pero casi siempre sin decoración. Museo Ashmoleano, Oxford.





La cerámica otomani se distingue por sus motivos espirales curvilíneos y las bullas en relieve, como en el vaso con asa (*arriba*) y la vasija de cuello adornado con líneas paralelas (*abajo*). Museo Arqueológico de Nitra.

Arriba, derecha: asentamiento de Otomani, situado sobre un monte bajo y rodeado por un muro defensivo.



sus bienes fúnebres, entre los que se incluyen brazaletes de oro, alfileres y pendientes, pero además lo es porque la cámara mortuoria de madera donde están esos enseres resultó ser el más tardío de una serie de enterramientos, en un túmulo donde los depósitos más antiguos se distinguen por la presencia de vasijas de cerámica de cuerdas. El enterramiento principal en el montículo de Leubingen, una inhumación extensa ocupada por el esqueleto de un joven puesto de través, también presentaba una estructura de madera. En este sepulcro había ornamentos de oro similares, además de puñales triangulares de bronce con remaches para la fijación del mango, cinceles, la hoja de una albarda y dos hachas de bronce con pestañas laterales para reforzar la empuñadura, fundidas en un molde de dos piezas.

Sin embargo, estas tumbas eran excepcionales, porque los sepulcros de la propia cultura Únětice pocas veces están provistos con tanta riqueza. Son más comunes los túmulos en los que se encuentran enseres algo menos suntuosos y, en ocasiones, se ha dicho que pertenecen a una clase de guerreros subordinados al jefe máximo, pero a una jerarquía social más elevada que la de los ocupantes de las tumbas en que se encontraron unas pocas vasijas o ningún objeto fúnebre. Sin embargo, la riqueza de los bienes fúnebres podría no corresponder a la posición social, tal como considerar que la distribución de objetos de ámbar se corresponde con rutas de comercio habituales y no con un intercambio tribal. Es indudable que los asentamientos de la cultura Únětice –según los testimonios hasta ahora obtenidos en las excavaciones– no dan muestras de una estratificación social. Las excavaciones recientes de Bohemia revelaron casas rectangulares, construidas sobre postes, de hasta 20 m de longitud, pero no son muchos

los asentamientos desenterrados. Con todo, la intensidad con que se explotaron los puntos metalíferos de Europa central y el grado de habilidad que muestran los trabajos en bronce y oro hablan de una sociedad que casi no se parece a las comunidades campesinas autosuficientes de la Europa neolítica.

Al adelantarse por el Danubio hacia el oeste, desde Bohemia, el desarrollo de la tecnología del bronce se refleja en la Edad del Bronce temprana de la zona suroccidental germánica, que recibió el nombre de Straubing, el asentamiento tipo de Baviera, desde el que avanza hacia el Ródano superior, el Jura y los valles alpinos inferiores, en el cantón suizo de Valais. Aunque existen testimonios de una ocupación creciente en los valles alpinos inferiores, en la meseta suiza, la antigua tradición de aldeas levantadas junto a los lagos y compuestas de pequeñas chozas oblongas de madera, al parecer, continuó intacta. En la zona de la cultura del Ródano, los enterramientos se hacían en una cista de piedra o en inhumaciones de túmulo. Los bienes fúnebres incluyen puñales triangulares y adornos de vestidos, entre los que son característicos los alfileres de bronce con cabezas en forma de trébol (trifoliadas). Entre las piezas de cerámica, se encuentran pequeños vasos con asa, pero también vasijas grandes, de forma más o menos bicónica, ornamentadas con cordones aplicados, que se decoran con la impresión de las yemas de los dedos, un recurso con variantes regionales en el sur de Alemania, en Suiza y también en Fort Harrouard, en el norte francés, y en las urnas bicónicas de Wessex.

Sin duda el Ródano mismo sirvió como ruta por la que se transmitieron las innovaciones tecnológicas de Europa central hasta el Mediodía francés y, quizá, hasta las regiones costeras del sureste español. En esta zona, los centros fortificados de la cultura Argar, como los asentamientos tipo de El Argar, El Oficio y otros en Almería, de edificaciones más o menos rectangulares, separadas por calles muy estrechas, representan casi una ruptura total con los esquemas de los poblados del período anterior. Pero si los puñales remachados y las alabardas de la cultura Argar muestran afinidades con los tipos centroeuropeos, la costumbre de la inhumación en una vasija grande dentro del espacio habitado, característica de la fase desarrollada de la cultura, sugiere una influencia mediterránea oriental, y anatolia en particular, más que una conexión prolongada con el centro de Europa. En realidad, en términos tecnológicos, la península ibérica se mantuvo muy conservadora durante el segundo milenio. Aunque se introdujeron tipos distintivos como las espadas con remaches y las diademas de plata de la cultura Argar, por su parte los forjadores continuaron ampliamente las tradiciones de trabajo de los batidores de cobre de la cultura crateriforme. Para encontrar desarrollos especiales en el trabajo del bronce, debemos acudir a Europa central y a los centros transilvanos de producción de este metal.

Hacia mediados del segundo milenio a. C., el esfuerzo tecnológico se dedicaba, en Europa central, sobre todo a la producción de tipos nuevos y mejorados de armas de bronce. Ya hemos señalado que, hacia mediados de la Edad del Bronce temprana, las hachas con pestañas laterales se fabricaban en moldes de dos piezas. También los puñales presentan una secuencia de desarrollo hasta mediados de la Edad del Bronce, época en que la hoja ojival se alarga para convertirse en un estoque corto, primero con la punta redondeada (puñal Sögel) y después con una punta trapezoidal (tipo Wohlde), ambos aún con mangos remachados. En los Cárpatos, la ingenuidad de los forjadores de principios de la cultura otomani está bien representada en las hachas de guerra, de elaborada ornamentación, como las del tesoro de Hajdusámson, en el noreste de Hungría (Fase IIIA en el esquema de Mozsolics y paralela a Bronce A_2 de Reinecke en Alemania). Además de hachas «caucásicas» sencillas con un orificio para el mango y con extremos ensanchados, el tesoro también incluía hachas de guerra húngaras con cabezas en forma de disco y una variante de dos cabezas «bohemia», con un encastre tubular alargado para el mango; ambos tipos llevan adornos de diseños incisos curvilíneos y de espirales. El motivo de guarda griega curvilínea es, sin duda, un recurso ornamental muy difundido en el este europeo, no sólo en piedra o en espadas y hachas de bronce, sino también en pequeños objetos de hueso y asta, a la vez que una versión simplificada se encuentra en el alfiler de plata del conocido tesoro de Borodino (sur de Rusia). Las analogías de la Grecia micénica hicieron que algunos eruditos sugiriesen una relación con el período de tumbas de pozo, del siglo XVI a. C. Aparte de las hachas, el tesoro también contenía una espada ojival de puño de bronce, decorada de igual modo con dibujos curvilíneos incisos hasta la hoja, del tipo llamado Apa, por el nombre del lugar en que se halló otro tesoro, en el noroeste de Rumania.

La influencia de las escuelas húngaras de forja del bronce se refleja en la amplia distribución, por todo el norte de Europa, a través de las puertas moravas y aguas abajo del Oder, de las espadas del tipo Apa, junto a hachas contemporáneas con encastre tubular para el mango y alfileres muy elaborados, de cabeza bulbosa y perforada para que pudieran fijarse con una cuerda. Sin duda, la cultura otomani refleja una sociedad militarizada, pero los productos de sus forjadores revelan, por igual, un gusto por las armas de exhibición, cuyo fin era realzar el propio prestigio en las ceremonias más que el de una exclusiva funcionalidad en el combate. Las mejores expresiones de

este amor por el gran aparato son los tesoros como el de Tufalău, en el que las hachas con orificio, del tipo transilvano, están hechas de oro y aparecen acompañadas con una rica variedad de sortijas de oro y discos adornados con dibujos de espirales. También la cerámica se muestra en sus estilos más barrocos de la fase clásica de la cultura otomani: vasijas ornamentadas con espirales en relieve y bullas salientes. Los modelos de cerámica de carros de cuatro ruedas, a menudo decorados con simples diseños geométricos, sin duda reflejan un uso cotidiano y agrícola, para esta época ya bien establecido en Europa central y oriental.

Los centros pertenecientes a la secuencia cultural Nagyrév-Hatvan-Füzesabony a menudo son asentamientos muy estratificados, el más explorado de los cuales es el *tell* de Tószeg, en la llanura aluvional centrohúngara de Tisza. Los asentamientos otomani suelen alzarse en promontorios o lomadas, junto a las confluencias de los ríos y, por lo común, están fortificados con una muralla y un foso, como el campamento del promontorio de Barca, en Eslovaquia oriental, donde la zona de viviendas dentro del recinto se planeó sistemáticamente, con filas rectas de edificaciones de madera rectangulares, según el trazado regular exigido por la escasa extensión del terreno a defender. Las propias casas estaban divididas, casi todas, en dos habitaciones, disposición que también se encuentra en los niveles correspondientes del *tell* de Tószeg. La aparición de asentamientos habitualmente fortificados en Europa central y oriental hacia mediados de la Edad del Bronce se relaciona, sin duda, con la producción creciente de armas. Sólo se puede especular acerca de las causas de este desarrollo agresivo: tal vez las ambiciones territoriales de una aristocracia guerrera, la necesidad imperiosa de tierras

Tesoro de fines de la Edad del Bronce, del siglo VII a. C., procedente de Welby; consta de típicos bronces insulares, incluidas varias hachas de encastre tubular para el mango, una pica y fragmentos de una espada, junto a importaciones de Hallstatt, como las asas cruciformes de un cuenco de bronce. Museo de Leicestershire, Leicester.





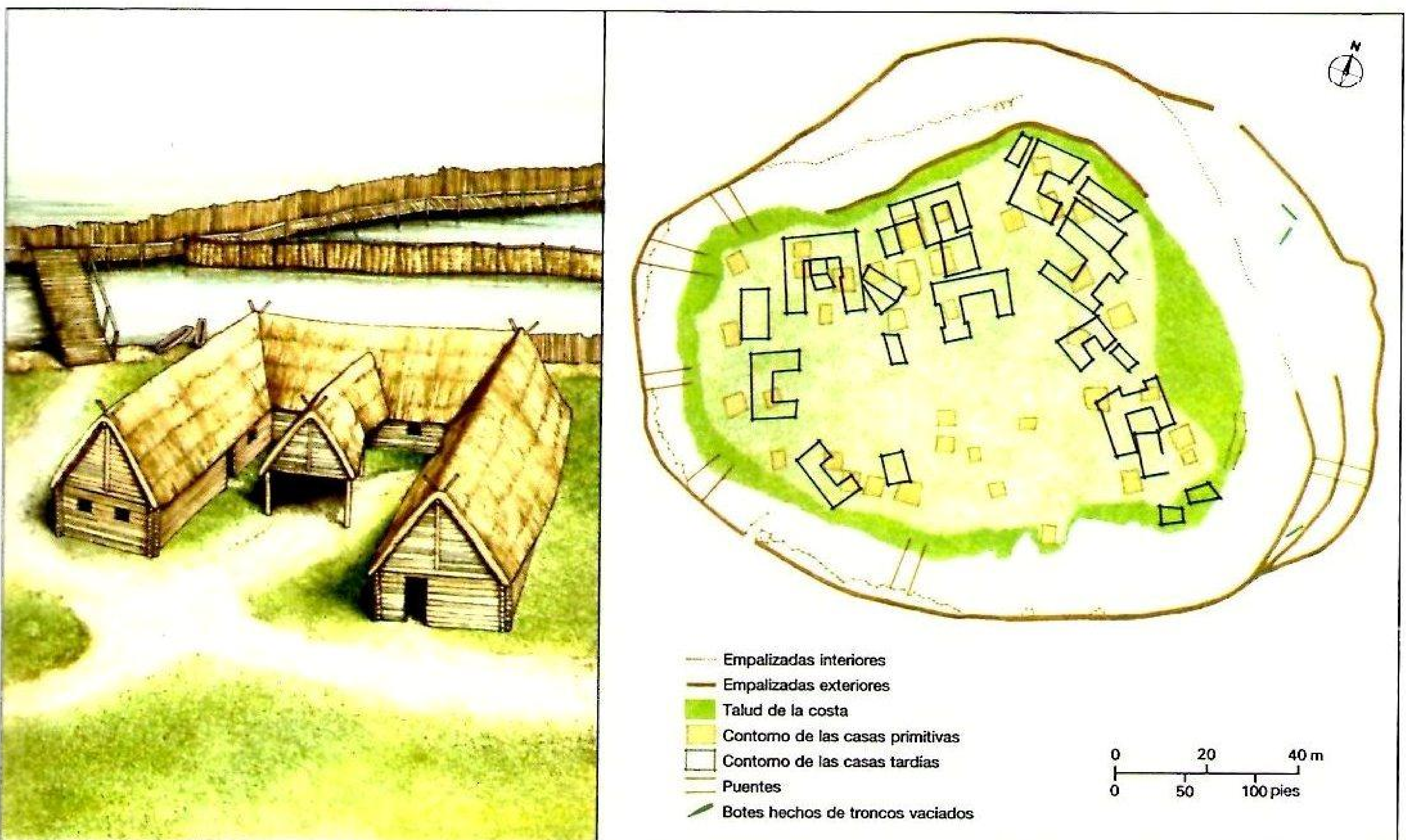
para dar de comer a una población en aumento o una gran cantidad de factores varios que la arqueología no puede descubrir por sí sola. Ya existían antecedentes de estos centros fortificados en el Egeo y en Anatolia, una vez más sustentados en una tradición anterior del Oriente Próximo, aunque los asentamientos centroeuropeos, sucesores de campamentos más antiguos y sencillos rodeados con empalizadas, no son por su función ni las ciudadelas de la primera región citada, ni los centros urbanizados de la segunda. Sin embargo, de ellos se derivarían a fines de la Edad del Bronce los verdaderos torreones de la cultura Lausitz, cuyas defensas exteriores se compusieron de muros de madera y grava, a veces reforzados con piedras, precursores de las atalayas europeas de la Edad del Hierro.

La cultura de túmulos y la Edad del Bronce media. Esos ricos tesoros de piezas de metal, si no se depositaban como parte de un rito funerario específico, tienen que haberse enterrado para salvarlos, como nos lo indicara Hawkes, y el hecho de que los hayan encontrado los arqueólogos señala que alguna catástrofe evitó su recuperación. Antes atribuida a invasores externos que arqueológicamente se describieron como integrantes de la cultura de túmulo de la Edad del Bronce media (B y C en el esquema de Reinecke), esta inquietud aparente hoy tiene una explicación más verosímil en una fase expansiva y de consolidación dentro de Europa central, protagonizada por comunidades cuyos antecedentes culturales están en el grupo Únĕtice donde, como hemos visto, la tradición de enterramiento bajo un túmulo estaba bien arraigada ya a principios de la Edad del Bronce.

Con evidentes variantes regionales, la Edad del Bronce media es el tiempo de una amplia continuidad cultural desde el Danubio inferior, Hungría, Rumania y norte de la antigua Yugoslavia, por el este, hasta Renania y Alsacia, por el oeste, y desde los Alpes hasta la llanura septentrional europea. Se empezó a fabricar una mayor cantidad de espadas, de muy diversos tipos, clasificados según la forma de las hojas y de los sistemas de fijación de la empuñadura. En el sureste europeo, entre los tipos locales, aparecen armas de evidente inspiración micénica, lo que indica conexiones periódicas, ya fueran comerciales o marciales, entre el Egeo y las tierras continentales bárba-

Página opuesta: Vasijas de bronce laminado de la cultura de campos de urnas; provienen del tesoro Hajdubözörmény, Hungría septentrional: vemos una sítula y un vaso con adornos repujados y un caldero semiesférico con sujeciones cruciformes para el asa. Según Müller-Karpe.

Abajo: Plano del asentamiento de Buchau (período de la cultura de campos de urnas), Württemberg (*derecha*) y dibujo de una de las casas de la fase tardía de ocupación en esta isla (*izquierda*). Según Reinerth.





Arriba: Capa de oro de fines de la Edad del Bronce; tiene una ornamentación muy bien ejecutada en repujado; proviene de Mold, al norte de Gales. Museo Británico.
Abajo: Caldero hecho con lámina de bronce; es de la Clase A atlántica y tiene anillas de fundición a modo de asas; hallado en Shipton-on-Cherwell, Oxfordshire, Inglaterra. Museo Ashmoleano, Oxford.



ras. En el este, se pueden seguir los desarrollos técnicos bajo la forma de hachas de guerra húngaras, mientras que en el occidente centroeuropeo el hacha provista de pestaña presenta un borde integrado, para evitar que el mango se deslice, en el tipo conocido como *palstave.* En Francia oriental, esta fase está bien representada por un gran número de túmulos, excavados hace muchos años, en el bosque de Haguenau. Son muy distintivas las tumbas de mujeres de este grupo, en las que los bienes fúnebres incluyen alfileres de bronce, brazaletes y ajorcas anchas, con decoración incisa de dibujos geométricos y extremos terminados en espiral que, por lo común, se encuentran por pares. La cerámica muestra una técnica ornamental desarrollada, tal vez, desde un origen germano suroccidental: el alto relieve del dibujo en la arcilla, dentro del estilo llamado *Kerbschnitt.* La continuación de las antiguas vías de comercio e intercambio se advierte en la aparición de cuentas de ámbar y de cristal en estas tumbas.

En el noroeste y el Atlántico europeos, la Edad del Bronce media es un período que se diferencia por sus desarrollos técnicos o industrias locales del bronce, más que por sus monumentos fúnebres o sus asentamientos. Las *palstaves* de tipo británico o irlandés se encuentran desde Bretaña hasta el Báltico, cosa que implica la existencia de lazos continuos entre ambas márgenes del Canal y las costas del Mar del Norte, fortalecidos después, hacia principios del siglo XII a. C., con la aparición en Gran Bretaña de adornos de bronce, como torques retorcidos, sortijas y brazaletes, cuyos análogos más cercanos se encuentran en la Edad del Bronce media de Europa septentrional.

Como es natural, no es fácil establecer una asociación directa de tesoros y centros poblados, pero existe una correlación entre esos bronces del «límite ornamental» y la cultura «Deverel-Rimbury» del sur de Gran Bretaña, en tiempos considerada como distintiva de la Edad del Bronce insular tardía y hoy, como consecuencia del sincronismo implícito con el norte de Europa, llevada a un límite anterior. La cultura Deverel-Rimbury está representada por una cantidad de recintos pastoriles y centros como Shearplace Hill en Dorset, Thorny Down en Wiltshire y una fase más antigua en Plumpton Plain, Sussex. La planta normal de una casa de estos asentamientos era pequeña y circular, comparable con modelos conocidos en los

Países Bajos y el oriente francés y representante de una tradición alternativa de edificios, atlántica o europea occidental, en contraste con las casas alargadas o rectangulares de Europa central que, en comarcas más remotas de las tierras altas británicas, iban a sobrevivir hasta el período romano y aún más. El rito funerario habitual era la cremación en urnas rústicas, bicónicas, en forma de cubo o de barrica, cubiertas por túmulos bajos o en cementerios sin túmulos. Los antecedentes del grupo no están nada claros, pero el paralelismo cercano de la cerámica con las urnas de Hilversum y las derivadas de Drakenstein, en Holanda, representadas en cementerios como el de Toterfout-Halve-Mijl en Brabante septentrional, ha llevado a sugerir que la cultura de Hilversum fue producto de un movimiento de colonización oriundo de Inglaterra meridional.

Del norte de Europa, en la Edad del Bronce media (períodos II/III en el esquema de Montelius), provienen algunos de los hallazgos más notables de enterramientos fechados en la época prehistórica. Por debajo de los túmulos hubo unas condiciones excepcionales, favorables a la conservación no sólo de los ataúdes de madera, vaciados en troncos macizos, sino también de las telas de las ropas con que se enterraban los difuntos. Los ejemplos de distintos asentamientos de Jutlandia revelan detalles de las vestimentas de hombres y mujeres de ese período y, además, muestran la piel, las uñas y el pelo de los muertos en un increíble estado de conservación, como también ocurre con los adornos y utensilios de bronce, de por sí más durables. Sobre los ritos fúnebres y las creencias religiosas de estas gentes, sólo podemos aventurar presunciones, aunque las hipótesis tienen un apoyo en descubrimientos como el del famoso «carro del sol» en la turbera de Trundholm, en Zelandia. Este modelo de bronce, de fabricación muy cuidadosa, representa un caballo que tira de un gran disco solar adornado con una lámina de oro de ornamentación bellísima, montado sobre seis ruedas. Los vehículos de culto están diversamente representados en Europa en el posterior período prehistórico y abundan las razones para suponer que el carro de Trundholm se asocia con alguna forma de culto solar.

Entre tanto, en Europa meridional, la tradición de los asentamientos en aldeas levantadas a orillas de los lagos, durante el neolítico itálico septentrional, se continuó en la fase Polada de principios de la Edad del Bronce para culminar, en los siglos finales del segundo milenio, en centros como Peschiera, junto al Lago de Garda, conocido por la gran variedad y abundancia de sus bronces, sobre todo alfileres y fíbulas del tipo «arco de violín». Sin embargo, la cultura de la Edad del Bronce media de esta región no estaba aislada de las corrientes centroeuropeas: se importaban, por cierto, espadas del tipo húngaro, como las encontradas en el cementerio de Povegliano, cerca de Verona, que indicarían posibles incursiones transalpinas orientales. Los asentamientos característicos situados en la llanura del Po y al pie de los Apeninos son centros muy estratificados, que recuerdan los *tells* contemporáneos de Europa oriental y se conocen como *terramare* por la acumulación de una tierra fértil, orgánica, que los ha definido.

En el centro de la península itálica, la cultura apenina fue conservadora en esencia, un conjunto de comunidades pastoriles y no muy relacionadas con los desarrollos metalúrgicos del norte de Alpes o del Egeo contemporáneo. No obstante, a mediados de la Edad del Bronce, algunos comerciantes o colonizadores micénicos establecían contacto con el sur itálico, Sicilia y las islas Lípari. Pero estas empresas marítimas no tendrían mucha duración, porque hacia la segunda mitad del siglo XIII a. C. todo el mundo mediterráneo oriental, desde el Egeo y Anatolia hasta Egipto, sufría la intrusión de invasores bárbaros, a veces llamados «pueblos del mar» en las fuentes documentales contemporáneas. Hacia el siglo XII a. C., poco más o menos, tanto el imperio hitita como el micénico declinaban y Grecia entraba en el período de las llamadas eras oscuras.

La cultura de campos de urnas (fines de la Edad del Bronce). Aquí no nos ocuparemos de los temas, tan discutidos, de la caída del poder micénico ni de la identidad de las fuerzas bárbaras que la produjeron. Sin embargo, coincidiendo en general con esos hechos, las comunidades centroeuropeas adoptaban una nueva forma de rito de enterramiento: el de la cremación en cementerios sin túmulos o campos de urnas. En realidad, un buen número de tumbas principescas de la cultura centroeuropea de los campos de urnas estaba cubierto por túmulos bastante considerables, en los que a veces se alojaron varios enterramientos sucesivos. Como es lógico, la cremación se conoció antes como una alternativa de la inhumación, pero la aparición muy difundida de los campos de urnas en toda Europa central y occidental, hacia fines del segundo milenio, constituye un fenómeno lo bastante coherente como para que algunos estudiosos de la prehistoria intenten afirmar que la cultura de los campos de urnas coincide con la aparición de pueblos que, en adelante, los escritores griegos y romanos llamarían celtas. No obstante, el desarrollo más notable de la cultura de los campos de urnas, fechada a fines de la Edad del Bronce, es la riqueza inventiva y la maestría técnica que demuestran sus forjadores, además de la evidente prosperidad económica que sustentaba a tal industria. En primer lugar, el armamento de los jefes de este grupo mejoró gracias al desarrollo de espadas cuya hoja se fundía en una

pieza con su empuñadura, provista de dos pestañas para la fijación del pomo. Las picas continuaban dentro de la variedad de encastre tubular para el asta, con la forma característica «flambante» y sin las abrazaderas laterales de sus antecedentes de la Edad del Bronce media. En segundo término, la habilidad para trabajar el bronce en láminas permitió que los forjadores centroeuropeos emularan a los primitivos armeros micénicos en la fabricación de las armaduras completas, cuyo primer testimonio es la de la tumba principesca de Čaka, en Eslovaquia, fechada hacia el siglo XII a. C.

Otras aplicaciones del bronce laminado se puede ver en diversos ejemplares de yelmos, baberas y escudos circulares, cada uno de los cuales debía estar montado en cuero o en madera para dar una protección aceptable. El bronce batido también se usó para hacer pequeños vasos con asa y, tiempo después, un tipo de vasijas mucho más elaboradas, como las del tesoro de Dresden-Dobritz, en Alemania, que contenía vasos con asa ornamentados con puntos repujados, un cubo grande, también con asa, y un cedazo o colador. Estas bellas vasijas de bronce pueden haberse usado en ceremonias rituales o en fiestas privadas o públicas, como lo sugieren los hallazgos ocasionales, en Europa central e incluso en el sur de Escandinavia, de calderos de bronce montados sobre carros de rueda en miniatura. Un ejemplar, recuperado en Szászvárosszék, Hungría, tiene en los flancos, al frente y por detrás representaciones de aves, un elemento común de la ornamentación de la cultura de campos de urnas. La asociación de las aves al culto se ilustra con el carro de cerámica, de tres ruedas, hallado en Dupljaja, al norte de la antigua Yugoslavia; este vehículo lleva la figura de una diosa, que se puede levantar para ver un disco solar modelado en el suelo del carro. En un contexto posterior de esta misma cultura, el cubo con asa de la localidad húngara septentrional de Hajduböszörmény muestra la misma asociación ornamental de un disco solar repujado y cabezas de aves. En un ámbito más mundano, los implementos domésticos y utilitarios despliegan una progresión tipológica continuada. Las *palstaves* se suplantan con hachas de encastre tubular, una forma que asegura la firmeza del mango, aunque no tiene el peso de sus predecesoras sólidas y tiene un inconveniente intrínseco, porque no es posible afilarla muchas veces, ya que prontamente se llega desde el borde a la cavidad interna. Los cuchillos de un filo y las hoces curvas se aplicaron en actividades domésticas y agrícolas. Los adornos también abundan, incluidos alfileres, brazaletes y broches.

Ya hemos anticipado el desarrollo de las atalayas en el grupo Lausitz de la cultura de campos de urnas y ya hablaremos de las fortificaciones que les sucederían en el primer milenio. Entre los poblados de tierras bajas, uno de los más ampliamente excavados fue el que se encontró en una isla del Federsee (Wasseburg), cerca de Buchau, en Württemberg. La aldea primitiva constaba de una serie de cabañas simples, de madera, de planta más o menos cuadrada; la ocupación subsiguiente está representada por casas mejores, rectangulares y con alas, la mayor de las cuales tiene una superficie de más de 100 m^2. La comunidad de Wasserburg sin duda se dedicaba a la agricultura –se encontraron granos de trigo, cebada y mijo, además de hoces y muelas–, aunque su economía tenía un complemento sustancial en la pesca, con poca caza y recolección de frutos y bayas. Las construcciones más complejas de la fase tardía de Wasserburg son poco corrientes, porque el tipo común de casa de la cultura de campos de urnas, representada aquí en el asentamiento inicial, continúa la tradición centroeuropea previa de pequeñas chozas oblongas, una vez más ilustrada en el período final de esta cultura en la localidad alemana de Perleberg. En el occidente atlántico, como vimos, la forma bien arraigada era la circular y esta tradición fue la que las comunidades de la cultura de campos de urnas encontraron en su expansión hacia el oeste.

La cultura de los campos de urnas, al oeste del Rin, mantuvo su rito característico de cremación en tumbas planas, sin túmulo, a veces rodeadas por un foso, como en el cementerio tardío de Aulnay-aux-Planches, sobre el Marne. Entre sus utensilios tipo de metal, quizá lo más común sean sus variados alfileres. La cerámica incluye vasijas globulares y bicónicas, con cuellos cilíndricos y algunos redondos más pequeños, a menudo con bordes abiertos. La decoración a menudo muestra alto relieves en la arcilla, paralelas horizontales o acanaladuras verticales. Hacia los siglos IX y VIII a. C., la influencia de esta cultura se había expandido hasta el sur de Francia y el Languedoc y había cruzado los Pirineos hasta el noreste español. Sin embargo, en el noroeste ibérico, en Bretaña y en las islas británicas, las industrias del bronce conservaban su carácter local atlántico, independiente de las tendencias centroeuropeas. La producción continuaba siendo profusa y de gran calidad, como lo demuestran con amplitud los cubos y calderos de fines de la Edad del Bronce hallados en Gran Bretaña e Irlanda. También se desarrollaba la orfebrería en el noroeste atlántico, de lo que dan testimonio una serie de hermosos torques y adornos de vestidos como los de Dover y Belfast. En los siglos iniciales del primer milenio a. C., los forjadores de Gran Bretaña, Irlanda y noroeste francés continuaron produciendo gran cantidad de armas y armaduras, objetos varios y adornos. Pero los días de su prosperidad industrial estaban contados, porque en el Mediterráneo oriental y en Anatolia se empezaba a trabajar un nuevo metal que convertiría a la del bronce en una artesanía superada: había llegado la Edad del Hierro.

Stonehenge

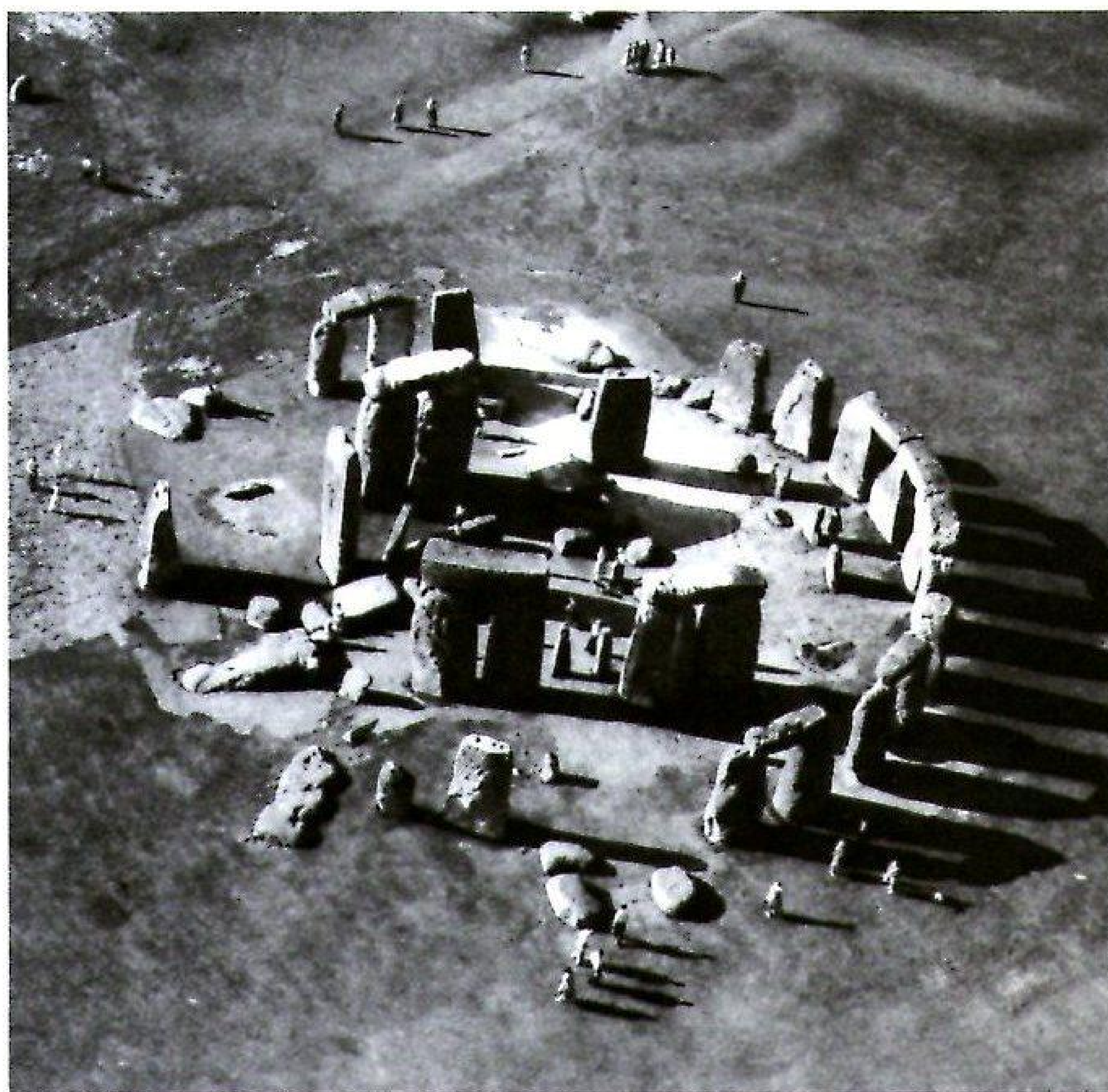
Stonehenge es tal vez el más espectacular de todos los monumentos prehistóricos de Gran Bretaña; ha llamado la atención de anticuarios y viajeros desde el siglo XVI, al menos, y continúa atrayendo a miles de turistas todos los años. El centro de nuestro interés está en las ruinas de los conjuntos de piedras azules (malaquita) y «piedras druídicas» que representan la culminación de la historia del lugar en la Edad del Bronce. Muchos olvidan que Stonehenge ya había sido un centro de actividad ritual en tiempos neolíticos, siglos antes de la construcción de los enormes trilitos, que en la imaginación popular evocan las estaciones solares y oscuros festivales religiosos.



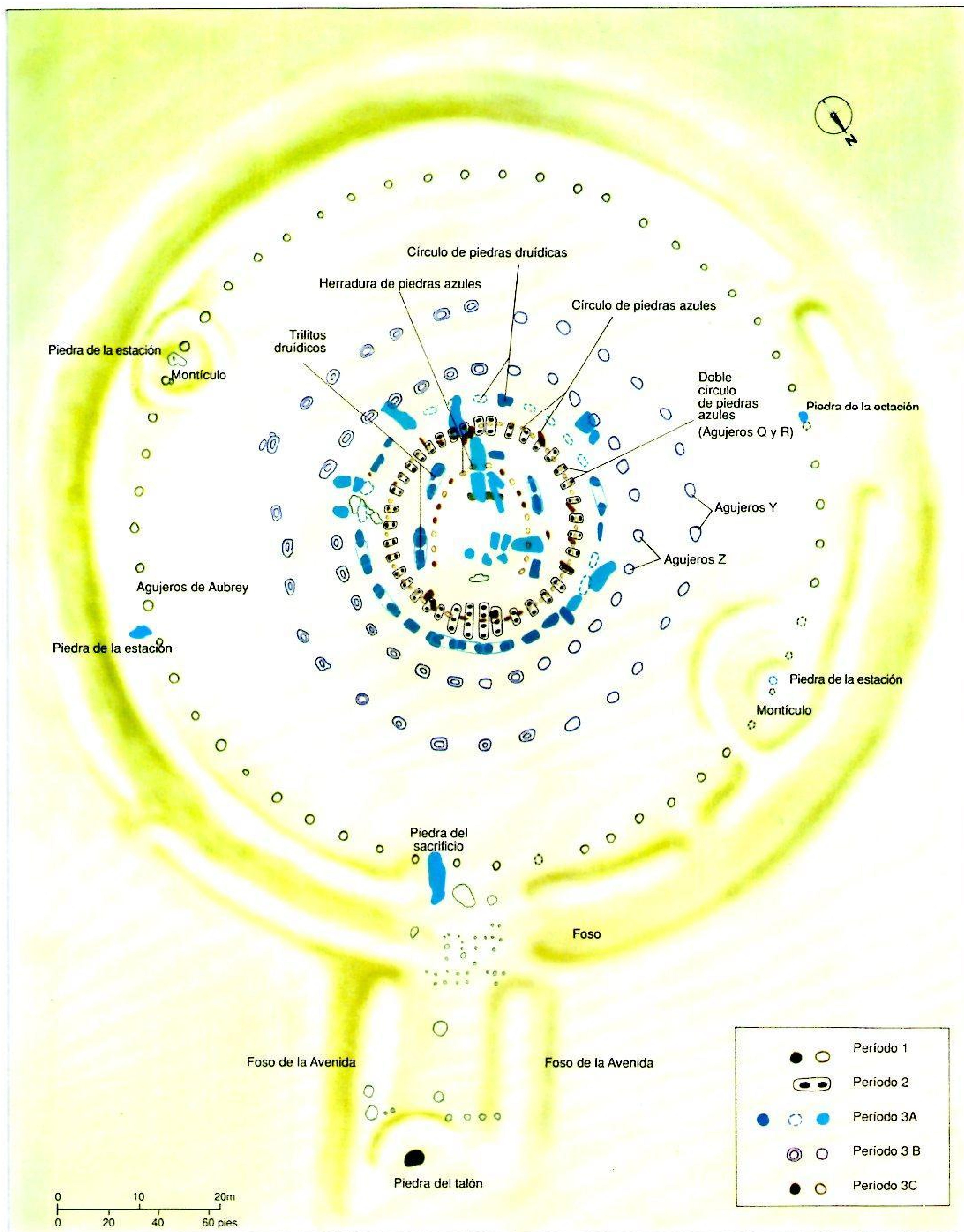




La primera construcción de Stonehenge comprendía el foso y el talud de cierre, el poste de piedra (*arriba*) y el círculo de agujeros de Aubrey, así llamado por el anticuario del siglo XVII que fue el primero en notar su existencia (véanse las marcas blancas, *arriba, izquierda*). El segundo período estructural está representado por un doble círculo de piedras azules, de las que sobreviven sólo las series Q y R de los agujeros destinados a ellas, descubiertos en excavaciones de 1954 (planta, *página opuesta*, según DOE y Atkinson). Al mismo tiempo se construyó la avenida que desde la entrada llevaba hacia el noreste. En el período 3, por lo común fechado en la Edad del Bronce temprana, se produjo la mayor actividad en el lugar. El doble círculo de piedras azules se movió de lugar y, en cambio, se alzó otro de «piedras druídicas» y trilitos (*abajo, izquierda*), además de las piedras de las cuatro estaciones y la de los sacrificios. Entonces se cavaron los agujeros Y y Z, destinados otra vez a las piedras azules, pero se abandonaron; se construyó un óvalo de piedras azules, tal vez con trilitos, al parecer en la posición de la posterior herradura de piedras azules. Por último, se construyó el círculo y la herradura de estas últimas, del que quedan restos visibles (*abajo*, piedras pequeñas), para completar la historia estructural del lugar.

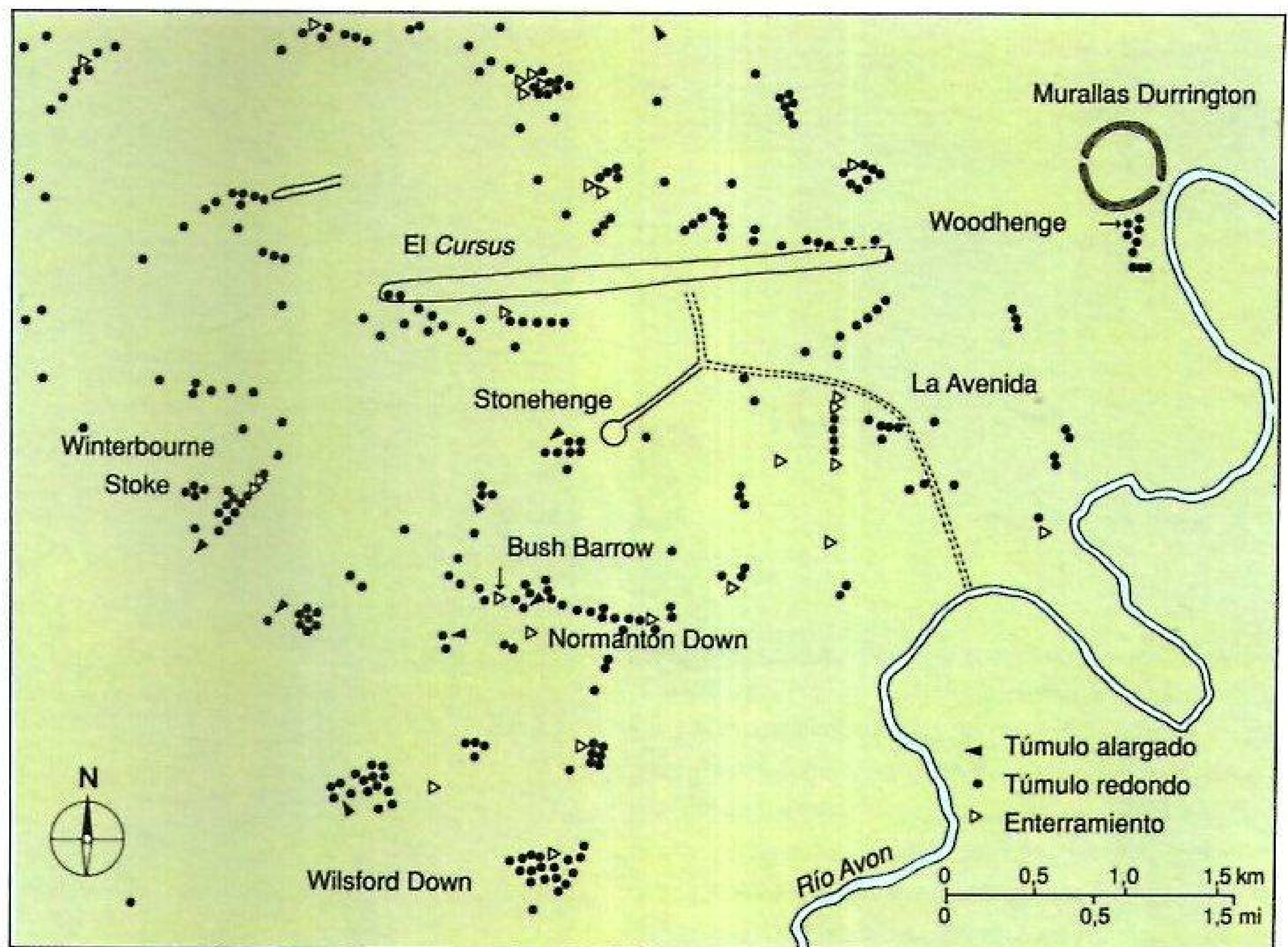




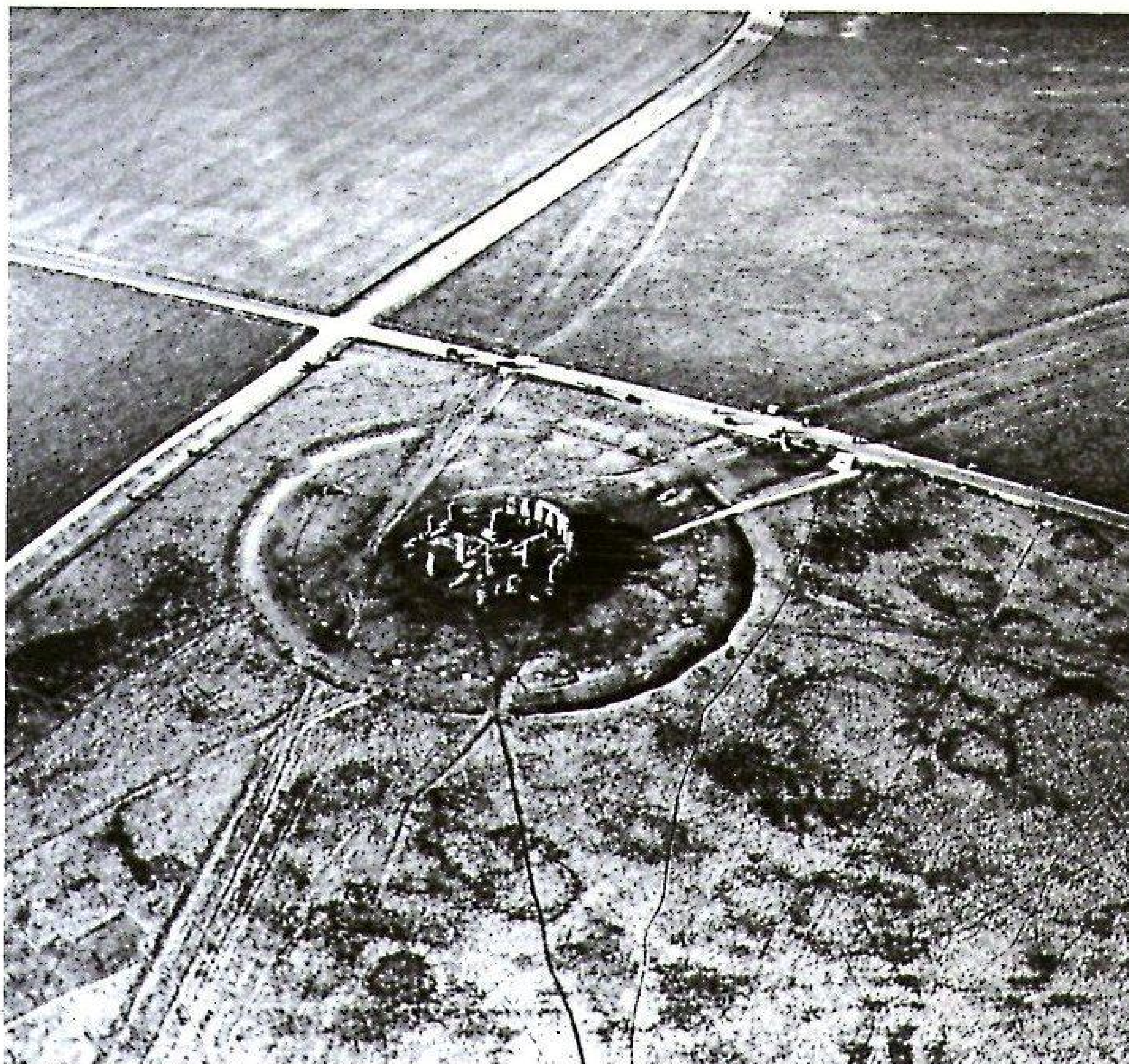

Círculo de piedras druídicas
Herradura de piedras azules
Círculo de piedras azules
Trilitos druídicos
Piedra de la estación
Montículo
Doble círculo de piedras azules (Agujeros Q y R)
Piedra de la estación
Agujeros Y
Agujeros Z
Agujeros de Aubrey
Piedra de la estación
Piedra de la estación
Montículo
Piedra del sacrificio
Foso
Foso de la Avenida
Foso de la Avenida
Piedra del talón
0 10 20m
0 20 40 60 pies
Período 1
Período 2
Período 3A
Período 3 B
Período 3C



Arriba: Dintel de un trilito (piedra 156); muestra las muescas de la cara inferior destinada a recibir las espigas talladas en los laterales, como la que se ve en la piedra 56, atrás.



Arriba derecha: Mapa del distrito de Stonehenge; vemos el trazado extendido de la avenida, el *Cursus* neolítico o senda ceremonial, los recintos ceremoniales neolíticos de Woodhenge y Durrington y concentraciones de túmulos de la Edad del Bronce sobre las colinas de Wiltshire.



Izquierda: Stonehenge visto desde el sur; los agujeros de Aubrey se distinguen, en primer plano, dentro del recinto y la avenida que va hacia el noreste se ve al otro lado de la carretera actual.

Abajo: Relieves de puñales y hachas sobre la piedra 53. En los últimos años se discutió sobre el presunto carácter micénico de estas armas, pero la identificación resulta difícil con líneas tan borrosas como éstas.



Capítulo quinto: Hallstatt y la llegada del hierro



De la forja del cobre y del bronce, podemos pensar que tuvo un desarrollo independiente en varias regiones de Europa occidental, o bien que se difundió hacia el oeste desde sus fuentes, situadas en el Oriente Próximo y el este del Mediterráneo. En cambio no hay muchas dudas acerca de que la fundición del hierro naciera en Asia Menor –probablemente en las montañas de Armenia, conocida después por los griegos como la tierra de los calibes–, ya en el tercer milenio a. C., 1.500 años antes, o más, de su adopción general en el occidente europeo. Estos hallazgos tempranos, aunque auténticos, son un tanto escasos y al comienzo las dificultades de producción hicieron del hierro, con seguridad, un material de lujo destinado a los objetos que daban prestigio, más que a los utensilios cotidianos. Sin embargo, hacia 1500 a. C., los hititas producían hierro en una escala significativa, dentro del monopolio estatal de su nuevo imperio, de lo que da testimonio gráfico el documento de Amenhotep IV (o de su sucesor, Ramsés II) que pide hierro al rey de Hatti, en el siglo XIII a. C. Un ejemplo notable de la adopción del hierro en Egipto, quizá aún en las clases dominantes, es la inclusión de un puñal y amuletos de este metal en la tumba de Tutankamón, fechada hacia 1350 a. C.

Un factor de importancia en la diseminación del conocimiento del trabajo de forja fue con certeza la caída del imperio hitita, a causa de ataques bárbaros, en el siglo XII a. C. Aunque por entonces los objetos estaban bastante difundidos en todo el Oriente Próximo, al parecer el monopolio continuó, al menos por un tiempo, en manos de los filistinos, que se asentaron en las regiones costeras del sur de Palestina, incluida la moderna franja de Gaza. Por esa época el hierro no era sólo un producto de lujo: los asirios, por cierto, fueron los primeros en explotar sus cualidades de gran resistencia y duración para hacer armas.

A principios del primer milenio, ya se había adoptado el hierro en Grecia; las espadas de hierro del centro cretense de Cavusi y del cementerio ateniense del Cerámico, por ejemplo, se deben datar hacia el comienzo de la fase protogeométrica de la producción de cerámica (siglo XI a. C.) y no a una fecha muy posterior. Entre los arqueólogos, aún sigue siendo tema de fuerte debate y mucha especulación la forma en que se transmitió el conocimiento del hierro desde sus fuentes hasta Europa occidental. Si pensamos –como parece razonable hacerlo hoy– que la técnica de la fundición del hierro no fue una invención occidental independiente, las rutas por las que pudo difundirse siguen siendo las que hubo en la proto y prehistoria, incluida la mediterránea hacia el oeste, y la adriática, con sus accesos a Europa central por los pasos alpinos orientales.

Un enfoque alternativo estaría, quizá, en los testimonios arqueológicos de las tumbas de la joven cultura de campos de urnas centroeuropea, en las que algunas piezas de metal ornamentadas con motivos zoomorfos orientales sugieren conexiones con regiones del este más remoto. Además, los característicos bocados de caballo hechos de asta de la antigua tradición de campos de urnas se vieron reemplazados en los siglos VIII-VII a. C. por bocados de bronce, del tipo llamado tracio-cimerio, y por cierto que al menos en una ocasión, en el paraje húngaro de Füzesabony, se encontraron bocados de caballo con piezas laterales de hierro en una acumulación de elementos de la cultura de campos de urnas. Los arqueólogos conectaron estas innovaciones centroeuropeas, y las imágenes implícitas de una sociedad muy elegante que practicaba la equitación, con la agitación política del norte y el este del Mar Negro registrada por Herodoto. A mediados del siglo V, cuando escribía sobre hechos ocurridos doscientos o trescientos años atrás, Herodoto registra una tradición –cuya verosimilitud se presta a una inevitable discusión– según la cual, presionados a su vez por los masagetas, los escitas atacaron a los cimerios, que en ocasiones se identifican arqueológicamente con la cultura póntica septentrional de tumbas de madera. Se decía que, ante el asalto escita, los cimerios se retiraron, atravesaron el río Araxes (probablemente el Volga) y, atravesando los pasos caucásicos centrales y occidentales, llegaron a Anatolia. Puede que algunos se asentaran en Calibia, la región que rodea al lago Van, mientras otros –narra Herodoto– ocuparon la península de las costas meridionales del Mar Negro, donde más tarde se fundaría la colonia griega de Sinope. En tanto, los escitas siguieron la ruta hacia oriente, por el Cáucaso, y arribaron a Media.

El relato de Herodoto concuerda con registros asirios cuneiformes, que se refieren a las incursiones cimerias y escitas de fines del siglo VIII, época del reinado de Sargón. Sin embargo, el registro histórico es muy incompleto, de modo que, se creería, esa situación de inquietud política bien pudo derivar en una posterior y no documentada migración de los cimerios hacia el oeste, por la parte norte del Mar Negro, a través del Dniéper y el Dniéster, y desde allí hasta Europa central. Ese desplazamiento, se dice, también habría servido para promover la expansión de la forja hacia el oeste; una vez más, el Danubio habrá actuado como arteria principal hacia la Europa bárbara. Ya se prefiera un derrotero u otro, lo cierto es que de todas for-

Página anterior: Saco de piel usado para llevar rocas de sal desde los túneles de las minas de Hallstatt, en Austria superior. Museo de Historia Natural de Viena.

mas vamos a dar a Austria superior y a Baviera y al cementerio de Salzkammergut, cuyo nombre aplica la convención a la primera Edad del Hierro europea: Hallstatt.

Hallstatt e Italia. La aldea de Hallstatt está a unos 15 km al sureste de Salzburgo, mal acomodada en las márgenes estrechas del lago que lleva su nombre. Aunque ahora esté basada en el turismo, la riqueza de su comunidad desde los tiempos prehistóricos se fundó en los recursos minerales de las montañas circundantes: el más importante de ellos, la sal, aunque también había cobre. La importancia de la sal para las sociedades prehistóricas nunca se subrayará lo suficiente. Era un elemento primordial para curar carnes y cueros, se comercializaba ampliamente por toda Europa, tras obtenerla de distintas fuentes, y dio riqueza y poder a los que controlaron su explotación. A diferencia de sus modernos sucesores, los mineros de la Edad del Hierro sacaban la sal de las montañas de Hallstatt con picos y palas, y no bombeando agua para extraer salmuera; después, se llevaban la carga preciada en sacos de cuero, de los que se han encontrado restos en las excavaciones. Su equipo hace pensar en los mineros de baja estatura de la tradición folclórica, los que pueblan los cuentos de los hermanos Grimm.

La cantidad abundante de restos materiales del cementerio nos lleva a un análisis tipológico o estadístico y, por tanto, no es sorprendente que el marco cronológico para el período se haya construido, en especial, sobre un estudio detallado de los tipos de la cerámica y de los objetos de metal. El asentamiento se divide, en términos amplios, en dos fases sucesivas: la primera se asigna al siglo VII a. C. y la segunda al VI, lo que corresponde a las fases arqueológicas de Hallstatt C y D centroeuropeas. Un análisis más cercano de los tipos componentes de estas fases principales queda para cuando consideremos el período Hallstatt en el sur de Baviera, porque allí es donde mejor se clasificó la secuencia. Para puntos fijos en la estructura cronológica, dependemos en particular de importaciones de centros cisalpinos –o de la interacción con esos lugares– y, por último, de la cronología del Mediterráneo oriental, mejor fundada. Es decir que, antes de examinar los sitios poblados y los cementerios centroeuropeos, volveremos nuestra atención al sur y a la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en Italia.

Como Hallstatt, los asentamientos clave del norte de la península itálica son los que primero se exploraron en el siglo XIX. Todos son cementerios importantes y los tres están al norte de los Apeninos. El más meridional se descubrió en Villanova, cerca de Bolonia; de ese centro tomó su nombre la cultura villanovense, la primera de la Edad del Hierro en el norte itálico. El segundo cementerio principal está al norte de la llanura del Po, en Este, y es el



Abajo, izquierda: Piezas de metal del cementerio de Hallstatt; cubo de bronce acanalado (izquierda) y puñal de hierro con su vaina (derecha) con una empuñadura pulida muy elaborada. Museo de Historia Natural de Viena.

Mapa de importaciones griegas en el mundo bárbaro; siglo VI.



emplazamiento tipo de la cultura atestina, característica del territorio de los vénetos. El tercero se sitúa en el oeste, en Lombardía, en el valle del río Ticino, al sur del Lago Mayor, en Golasecca. A estos tres centros se pueden sumar muchos otros, que dan testimonio de la variedad y de la diversidad regional de las culturas de principios de la Edad del Hierro en el norte itálico y al pie de los Alpes. Sin embargo, Bolonia, Este y Golasecca ilustran muy bien las limitaciones del sistema de las tres edades, ya que muestran secuencias extensas, desde aproximadamente 900 a. C., en las que la propia introducción del hierro parece una innovación menos que radical. En 1959, Müller-Karpe publicó un esquema autorizado para las fases de esas secuencias pertenecientes a la Edad del Bronce tardía, como parte de su amplio estudio de la cultura de campos de urnas transalpinos y cisalpinos. En fecha más reciente, Peroni volvió a examinar los testimonios de Este y de Golasecca en relación con Hallstatt mismo y propuso un nuevo esquema cronológico para los cementerios itálicos del norte. Los datos más generales de este esquema cronológico se fijaron, pues, de un modo bastante fidedigno, aunque las diversas escuelas pueden preferir fechas anteriores o posteriores a las que aquí se dan.

Bolonia y Este. La fase más antigua de Bolonia, bien representada en el cementerio de San Vitale, quizá sea la menos compleja en cuanto a variedad y elaboración de sus característicos bienes fúnebres. La costumbre funeraria común era la cremación; las cenizas se depositaban en una vasija de cerámica bicónica que, en general, tenía una ornamentación repetitiva, geométrica y rectilínea y un asa única vuelta hacia arriba, fijada a la parte prominente de la urna. Los dos objetos de metal asociados más habituales son elegantes navajas de bronce en forma de media luna y simples broches de bronce, del tipo «arco de violín», muy altos, algo mayores que sus antecesores de fines

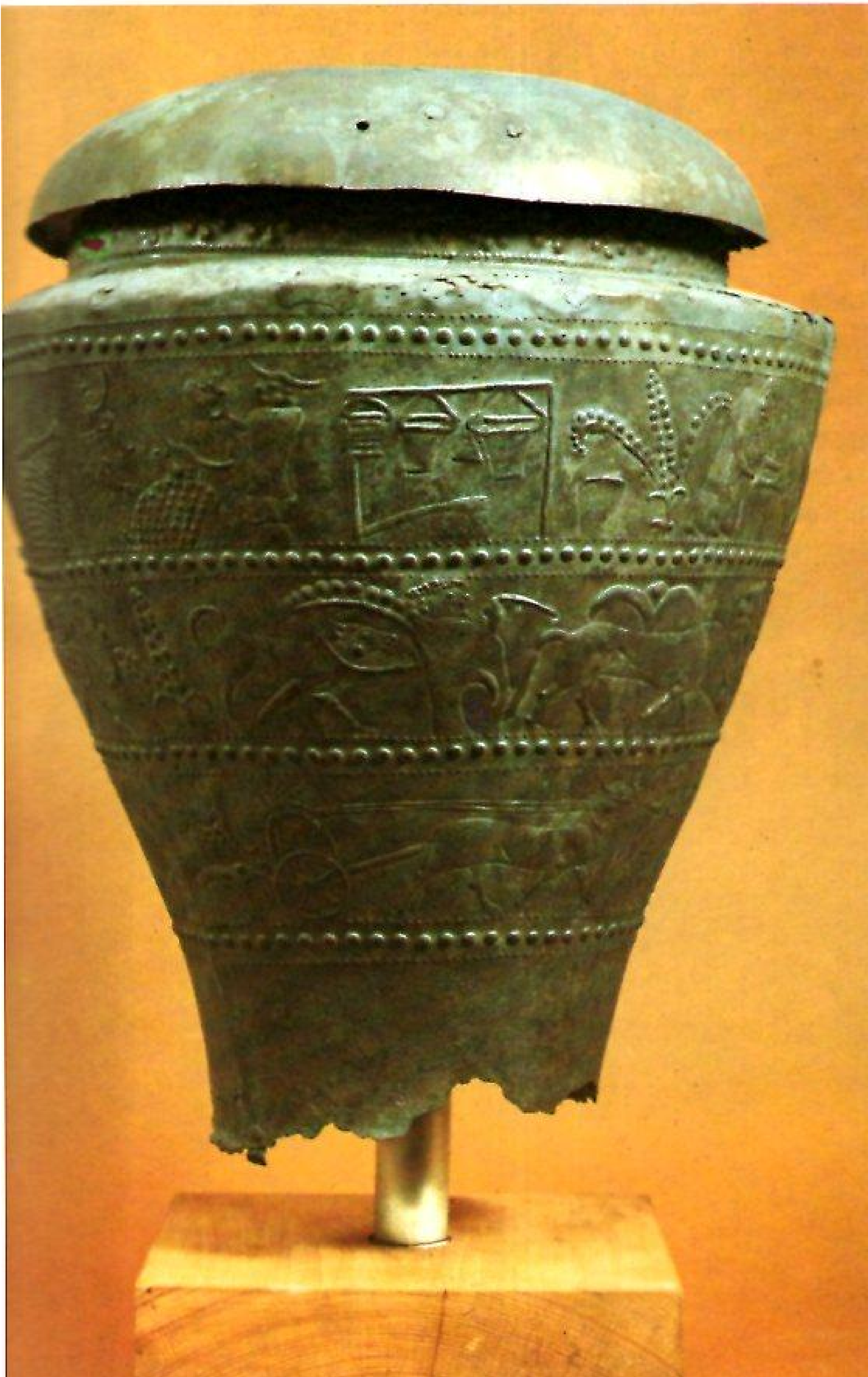




Arriba: Pato de cerámica, con ruedas, Cultura de Este, período I. Museo Arqueológico de Este.

Página opuesta: Tipos de cerámica y metal del cementerio de Este; osario bicónico (1), broche de arco alto (2), del período I; vasijas de bronce laminado (3, 10), cuchillo (7), navaja en forma de media luna (8), alfileres (4, 5), espada (9) y broche de arco bajo (6), del período II; cerámica torneada (11, 14) y broches serpentiformes (12, 13) del período III. Según Müller-Karpe.

Abajo: Sítula Benvenuti, ejemplo temprano del arte sítula, con franjas que representan escenas domésticas y ceremoniales, ilustra la índole esquiva de este arte. Museo Cívico de Bolonia.



de la Edad del Bronce, y un cierre o gancho corto. A veces, aparecen modelos más elaborados, con arcos de forma serpentina y cierres grandes y circulares, que presentan una superficie adicional para los diseños geométricos. Esta fase se fecha en el siglo IX a. C. y señala la primera etapa de la Edad del Hierro itálica, correspondiente a la división arqueológica Hallstatt B2 transalpina.

En Bolonia, durante el siglo VIII (fase 2 de la secuencia de Müller-Karpe), se produce la modificación de estos tipos y la introducción de otros nuevos. Las vasijas bicónicas siguen usándose como osarios y todavía se acompañan con broches sencillos, aunque los arcos suelen ser más gruesos, en forma de «sanguijuela», un efecto que a veces se realza con cuentas de hueso o ámbar. Las navajas en forma de media luna son semejantes a las anteriores, si bien algo más anchas y con la hoja más curva. Sin embargo, entre los bienes fúnebres empiezan a verse bocados de caballo y quijeras, cubos de bronce laminado y otras vasijas secundarias de idéntico material, probablemente para servir o beber vino, y a veces espadas con empuñaduras típicas, en forma de antenas. Desde el siglo VII (fase 3 de Müller-Karpe), los cierres de las fíbulas de tipo «sanguijuela» y serpiente desarrollan un pie mayor y la cerámica empieza a fabricarse con un torno. Los cubos de metal muestran formas más elaboradas en las tumbas más ricas y las piezas de cerámica comienzan a imitar a las de metal.

Al norte del Po, la secuencia atestina, tal como la volvieron a definir Peroni y sus colegas, sigue un esquema nada distinto, si bien con un número mayor de subdivisiones. Como en Bolonia, la fase 1 se puede datar en el siglo IX; también ésta se caracteriza por broches de arco alto sencillos y urnas bicónicas, si bien la forma de estas vasijas puede ser algo más gruesa y suele tener un anillo a modo de base o un pedestal. En la nueva secuencia, la fase 2 se subdivide en tres, A, B y C, que corresponden en términos generales a principios, mediados y fines del siglo VIII, respectivamente. Los broches mantienen su cierre corto, aunque los arcos son más bajos y más anchos que los del siglo anterior. A mediados del siglo VIII aparece una variedad mayor de tipos entre los objetos de metal, incluidos los primeros cubos de láminas de bronce, cinturones de este mismo metal, de ornamentación muy elaborada, y múltiples modelos distintivos de vasijas de bronce cilíndricas, que se ensanchan en costillas o cordones horizontales (*ciste a cordoni*), además de navajas de tipo media luna, alfileres y cuchillos.

Estas dos variedades principales de cubos metálicos están ejemplificadas en la tumba 277 de Este, fechada hacia fines del siglo VIII y principios del VII a. C., que tam-

bién incluye un grupo de elegantes vasos con pedestal alto y una sítula de cerámica, ensanchada en la parte superior y adornada con clavos de bronce. En el sistema de Peroni, este conjunto se encuentra a fines de la fase 2 o comienzos de la fase 3; en la clasificación que hizo O. H. Frey del material atestino, la fase 2 se extendió, con sus subdivisiones, hasta principios del siglo VI. Para Peroni –como para Müller-Karpe–, en el siglo VII se inicia la fase 3, que culmina hacia fin del siglo en una serie de tumbas ricas, donde se descubrió una gran variedad de tipos de cerámica y de metal. Entre los conjuntos más conocidos de esta fase está la tumba 126 del cementerio de Benvenuti, que en su inventario incluye la famosa sítula Benvenuti, tal vez el ejemplar de arte sítula más antiguo de los hallados. A mediados del siglo VI (fase 3C), la cerámica de Este contaba con piezas de torno con cordoncillo y decoración de franjas horizontales rojas y negras, junto a broches serpentiformes con pies alargados; ambos elementos están bien ilustrados en la tumba 124 de la Villa Benvenuti.

Arte sítula. Uno de los aspectos más exóticos de las regiones itálicas septentrionales y alpinas orientales es la aparición de cubos de bronce desde fines del siglo VII, con una ornamentación muy elaborada, dentro del estilo llamado «arte sítula». La distribución de estas vasijas se extiende desde Bolonia y Este, en torno a la cabecera del Adriático, por el Tirol austriaco y hacia el sureste, en los valles del Drava y Sava (antigua Yugoslavia), con algunas manifestaciones incluso fuera de esta área. El estilo no se limita a las sítulas, aunque en ellas es donde logra su mejor expresión; en cinturones y vainas de puñales, e incluso en espejos y fragmentos de yelmos, se encuentran motivos y franjas comparables. El espacio temporal que ocupan estas sítulas decoradas, según se ha demostrado, se extendió desde fines del siglo VII hasta principios del IV y la mayoría de las piezas se concentran en el siglo V a. C. El límite cronológico posterior está bien señalado por las asociaciones con la cerámica griega importada.

En Bolonia, por ejemplo, la conocida sítula de Certosa se asoció con un *lékythos* ático de principios del siglo V, en tanto que la también muy celebrada sítula del cementerio de Arnoaldi se encontró junto a piezas de cerámica ática tanto de figura negra como de figura roja (la primera datada en torno al 500 a. C. y la segunda, a principios del siglo IV). En este caso se pensó que el enterramiento con el que es pertinente asociar la sítula se superpuso a otro, más antiguo. Por su estilo, la sítula Benvenuti, que a menudo se compara con el friso zoomorfo de la tapa de la tumba 696 de Hallstatt, es muy distinta de la serie del siglo V. Hoy se sabe con certeza que las diferencias en la forma de representación, sobre todo de animales, posible indicio de una escuela localizada en la región atestina, dan testimonio de una fecha muy anterior, en torno a 620 a. C. Con esto no sólo se extiende la escala cronológica de este estilo artístico singular, sino que también se subraya la importancia de los hallazgos atestinos como influencia formativa en el desarrollo del arte sítula en las regiones alpinas.

El elemento que produjo la floración de un estilo artístico tan notable no es fácil de aislar. Desde hace mucho tiempo se reconoce la influencia etrusca, por ejemplo, en especial en los rasgos orientalizantes de los animales alados, del tipo esfinge, de la sítula Benvenuti. De igual

Arte sítula, una ventana abierta a la Edad del Hierro del norte itálico: escenas procesionales y festivas de la sítula de Certosa (*izquierda*, Museo Cívico de Bolonia), temas antropomorfos y zoomorfos, que incluyen bestias voraces en la sítula Vače (*centro*, Museo Narodni, Ljubljana), y equipos de infantería y carros pintados en perspectiva en la sítula Arnoaldi (*derecha*, Museo Cívico de Bolonia).

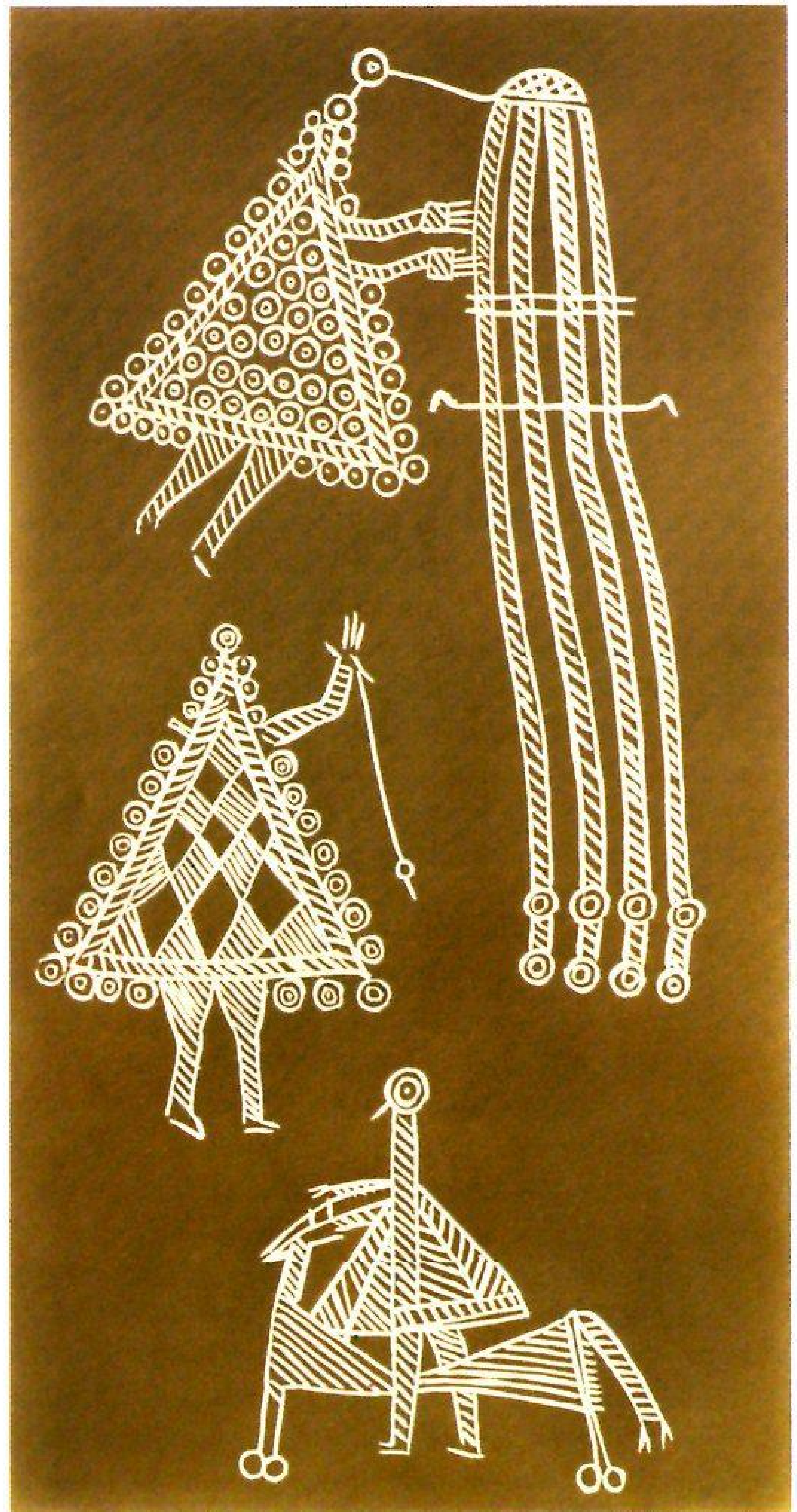




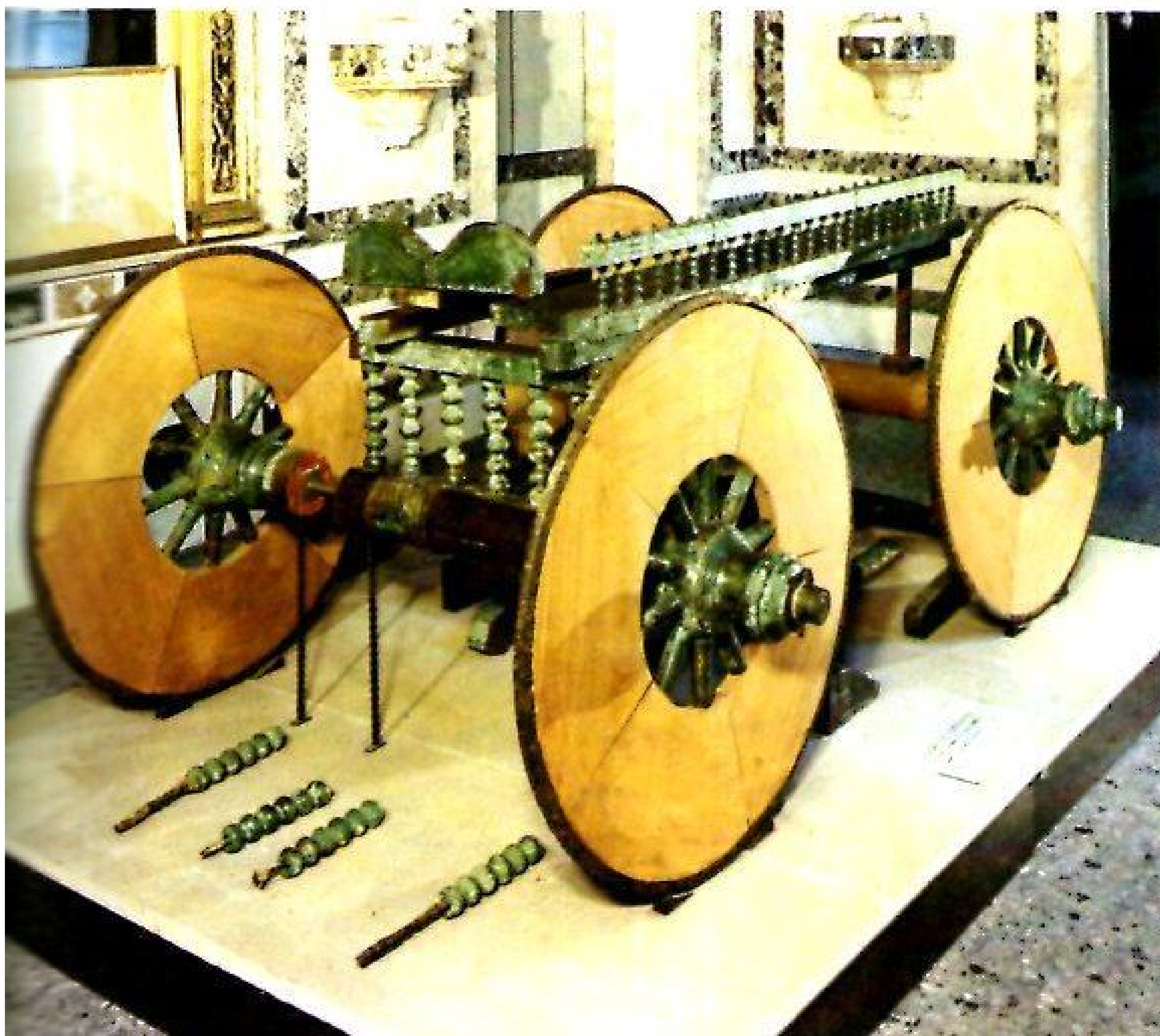


manera, es evidente la inspiración meridional, recibida en forma directa por el Adriático o indirecta, a través de adaptaciones etruscas. Frey citaba el uso de rosetas en el cuello de la sítula Benvenuti y de leones alados en la tapa de Hallstatt como ejemplos con probables modelos protocorintios. Al mismo tiempo, esas adaptaciones de motivos llegados de fuera no deberían ocultar la individualidad y vitalidad de la representación, que debe tener sus raíces en la vida diaria, las costumbres y los festivales religiosos de las comunidades primitivas de la Edad del Hierro de la llanura del Po y de los Alpes orientales. Son recurrentes temas como el combate singular, las fiestas, bailes y música, las procesiones de luchadores, las escenas funerarias de simbolismo ominoso e incluso escenas explícitas de sexo.

Algunos de estos elementos están bien ilustrados en la fase tardía de la sítula de Certosa; en ella se ve una procesión de infantería y caballería en la franja superior, una procesión funeraria en la segunda franja, festividades tras la caza y una escena de labranza en la tercera y un friso de animales –sobre todo leones alados y una muestra del tema de una bestia voraz– en la base. La representación figurativa tiene rasgos característicos, como las mejillas hinchadas y los sombreros de ala ancha, tipo «peregrino», que llevan varias figuras. El tema del combate singular es la principal secuencia pintada en la hebilla de Magdalenska Gora (Magdelenenburg), donde dos hombres desnudos están claramente representados con sus cabezas calvas y narices prominentes, mientras pelean, provistos de las características manoplas campaniformes, para ganar un yelmo crestado que se ve entre ambos. Desde el lomo de su caballo, los observa una figura semejante, mientras en segundo plano acecha un pájaro con una serpiente en el pico.



Derecha: Escenas de la vida cotidiana en vasijas de cerámica halstáticas procedentes de Sopron, Hungría; las figuras aparecen trabajando en un telar, bailando y montando a caballo. Según Piggott.



Abajo: Coche fúnebre de cuatro ruedas, del cementerio de Ca'Morta, sobre el Lago de Como, Italia septentrional. Este ejemplar, procedente de una tumba de un jefe del siglo V, perpetúa la tradición halstática anterior. Museo Cívico Arqueológico, Como.

La cultura Golasecca. Por último, debemos considerar la última de nuestras tres culturas clásicas, localizada al oeste, en Lombardía, en la comarca de Golasecca. Una vez más, la secuencia empieza en el siglo IX (fase 1A de Peroni), con cremaciones en urnas bicónicas de pie circular bajo y decoraciones limitadas a una zona de la mitad superior de la vasija, como en Ameno, donde una urna de este tipo

muestra un sencillo diseño de caballos, representados con líneas rectas en su sección superior. Como en todas partes, los broches sencillos de pie pequeño son lo corriente en esta fase primaria. Hacia el 700 a. C. aparecen los primeros enterramientos de gran riqueza en el cementerio de Ca'Morta, al este de Golasecca, sobre la margen sur del lago de Como. Allí se enterró un jefe guerrero, suponemos, con una colección espléndida de bienes fúnebres: armas, arneses, vasos para bebidas y un cuenco ceremonial montado en una carretilla de un tipo que ya hemos visto en contextos tardíos de campos de urnas, al norte de los Alpes.

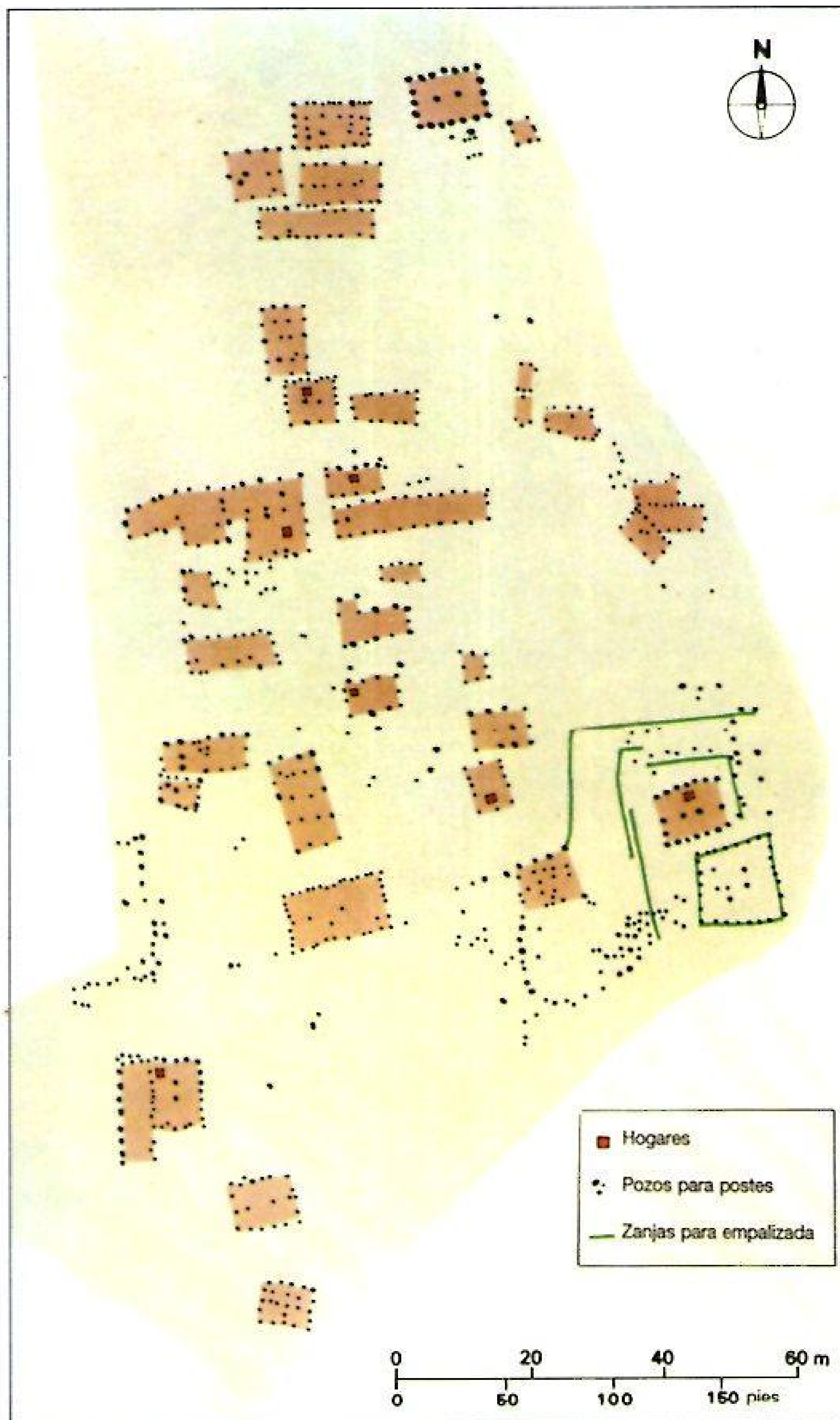
La gama de vasijas accesorias y bienes fúnebres de la cultura Golasecca aumenta en el siglo VIII (fase 1B) y hacia el VII (1C) incluye sítulas de bronce y cubos con adorno de cuerdas. Entre las tumbas más notables de fines del siglo VII hay dos de Sesto Calende. La primera, descubierta en 1867, contenía en una urna las cenizas de la cremación de un rico guerrero, enterrado en una fosa con los restos de su carro de dos ruedas, junto a sus armas, una espada de hierro, una pica y la armadura, con grebas y yelmo de bronce; este último era del tipo hemisférico y con reborde, el mismo representado a menudo en los frisos de guerreros de las sítulas. Entre los bienes fúnebres de Sesto Calende, hay una sítula de bronce, decorada con franjas repujadas de procesiones de hombres y animales, que se usó presumiblemente para el ritual funerario, tal como lo pintan las propias escenas de la decoración.

La segunda tumba, excavada hace menos tiempo, también contenía las llantas de hierro y los arneses de un carro de dos ruedas, en compañía del mismo equipo guerrero de espada y pica de hierro, con yelmo y grebas de bronce. Sin embargo, en la tumba se encontró, además, un número mayor de vasijas accesorias: más de 20 vasos de cerámica, una sítula de bronce y un cubo con decoración de cuerdas, también de bronce. Por último, había asimismo una carretilla de cuatro ruedas, como base de un recipiente del tipo caldero que, por lo visto, debía contener vino o alguna otra bebida ritual semejante, para la celebración funeraria. En sus estudios pioneros sobre la Edad del Hierro itálica, Randall-MacIver fechó la primera tumba hacia el 500; en la actualidad, en su trabajo sobre los orígenes del arte sítula, Frey ha demostrado que existen afinidades entre estos bienes fúnebres y los transalpinos de la fase C de Hallstatt y, por tanto, los itálicos han de fecharse hacia fines del siglo VII a. C. En el siglo VI aparecen nuevos tipos de cerámica, en primer lugar vasos con cordoncillo junto al borde (fase 2A) y vasijas posteriores (2B) con diseño de cuerdas y franjas horizontales rojas y negras, comparables con la fase atestina 3C.

Enterramientos de carro y fortalezas principescas. El culto de enterramientos de carro es una faceta reiterada de la práctica funeraria aristocrática en la cultura Hallstatt del centro y el occidente europeos. Al parecer no hay motivo para rechazar el punto de vista convencional, por el que ese énfasis en la riqueza ecuestre se estimuló, en cierta medida, por los contactos con los jinetes nómadas de las estepas. La infiltración de esos grupos en occidente se puede seguir arqueológicamente, desde la distribución de los bocados de caballo tracio-cimerios de los siglos VIII y VII, hasta la aparición ocasional de hallazgos escitas, como el tesoro de Vettersfelde en Alemania, datado todo ello en el siglo V a. C. y después aún. En la cultura Bylany de Bohemia central, esa infiltración se manifiesta por sí misma en las ricas tumbas de carro de Hradenin, que incluyen yugos decorados con diseños geométricos hechos con tachas de bronce; en una de ellas, el difunto guerrero descansa sobre unas andas provistas de cuatro ruedas, con una espada de hierro del tipo C de Hallstatt, fechada en el siglo VII, junto a no menos de 40 vasijas accesorias.

Estos carros de cuatro ruedas, sin duda, no eran de guerra y se parecen más bien al tipo de carruaje usado para los funerales de Estado. Un estudio detallado de las llantas de hierro y del sistema de fijación de las ruedas en los ejemplares de Hradenin, y en enterramientos de carro similares hallados en la localidad bávara de Grosseibstadt, permitió a Kossack deducir que las pinas se hacían en dos partes, una exterior y otra interior, unidas entre sí con placas metálicas. Los radios de madera –14 en Hradenin y 16 en Grosseibstadt– atravesaban tanto la pieza interna como la pina externa hasta el borde de hierro, que a su vez se fijaba a las pinas con largos clavos de hierro. A diferencia de las posteriores ruedas de carro de La Tène, en las que las pinas se hacían de una sola pieza doblada por presión y vapor, éstas macizas de Hallstatt por lo común estaban hechas en secciones, aunque sin duda curvadas mediante un proceso similar, si bien en Grosseibstadt la pieza interna parece haber sido unitaria. La técnica de construcción, lo bastante compleja como para que sea improbable su invención local, pudo llegar directa o indirectamente de las mismas fuentes orientales que generaron el ritual funerario y el propio estilo ecuestre.

Todavía se especula hasta qué punto estos enterramientos representan las actividades de una clase social exclusiva, o bien son resultado de unas prácticas ceremoniales muy formalizadas, y en qué medida es deducible de estos cementerios lo que pudo ser la vida cotidiana de las comunidades Hallstatt. Sin embargo, de modo ocasional, captamos un relámpago de los asuntos diarios en esos vestigios tan peculiares, como ocurre con la serie de escenas



Arriba: Plano del poblado halstático del Goldberg, en el sur de Alemania; muestra la disposición de las casas rectangulares de madera y las estructuras de tipo auxiliar. Según Piggott.

Abajo: Fortificaciones de la época tardía de Hallstatt, en Polonia; puerta principal y defensas exteriores del asentamiento del pantano de Biskupin, restauradas para su exhibición al público.



representadas en las urnas del cementerio de túmulo de la localidad húngara de Sopron. Esos dibujos, de curiosa estilización, muestran mujeres con vestimentas triangulares, en forma de tienda (una de ellas teje en un telar, otra baila) y hombres vestidos con calzones, que están en guardia, en una posición que recuerda las escenas de lucha del arte sítula. Estos apuntes de la vida diaria sirven para recordarnos la deficiencia consustancial del registro arqueológico, por el que pocas veces, o ninguna, se puede conocer una gran cantidad de actividades domésticas, recreativas o ceremoniales, unos rasgos que sólo logramos vislumbrar a través de fuentes históricas o, con menor seguridad, por otros modelos etnográficos o sociales.

Uno de los más hermosos de estos enterramientos principescos es el del túmulo de Hohmichele, cerca de la atalaya de Heuneberg, sobre el curso superior del Danubio, el mayor de los numerosos montículos funerarios que se agrupan en torno a la ciudadela prehistórica. Esta tumba imponente –todavía tiene más de 13 m de altura y mide unos 80 en la base– se excavó en 1937-1938, para revelar 13 tumbas separadas, cinco de cremación y las restantes de inhumación. El sepulcro principal, la tumba de carro de una mujer, dentro de una cámara de madera, cerca del centro del montículo, había sufrido daños en tiempos antiguos. Una segunda tumba de carro, cercana, también estaba dentro de una cámara de madera, aunque más pequeña. Allí, juntos, yacían un hombre y una mujer, ambos dentro de una piel de buey y rodeados de telas. Los restos incluían no sólo vestigios sustanciales del propio vehículo, con gran cantidad de fragmentos de arneses y accesorios del carro, sino también un caldero del tipo Hallstatt D, copas personales pequeñas y un carcaj con más de 50 puntas de flecha de hierro. Pueden hacerse dos observaciones generales sobre la tumba Hohmichele. Primera, la creencia de que el cementerio de túmulos contenía las tumbas de un príncipe prehistórico, cuya ciudadela debió ser la cercana Heuneberg, se fortalece por la proximidad de las fortificaciones clave respecto de las tumbas importantes en todas partes, durante el período Hallstatt tardío y La Tène temprano europeo, como veremos un poco más adelante. Segunda, el estudio de estas otras tumbas regias también demostrará que no sólo los enterramientos de los hombres eran espectaculares. Sean cuales sean las implicaciones de esto en términos sociales, no hay duda de que el papel de las mujeres en la sociedad celta no era el de sometimiento total.

La propia atalaya de Heuneberg ocupa una elevación junto al Alb suabo, mirando hacia el Danubio desde el noroeste. Entre los descubrimientos más espectaculares del lugar, destaca el sistema de fortificación tardío de Halls-



Espadas de bronce halstáticas: versiones británicas insulares del tipo Gündlingen. Museo Británico.

tatt que, en su perímetro noroeste, presenta murallas construidas con ladrillos de barro sobre cimientos de piedra y provistas de bastiones rectangulares regularmente espaciados. Esta técnica, más apropiada para el Egeo y el Oriente Próximo que para la Europa templada, revela contactos con el mundo mediterráneo y quizá incluso el empleo de un arquitecto forastero en la morada del jefe halstático.

Sin embargo, las murallas de Heuneberg no se construyeron sólo con ladrillos de barro, ni siquiera en su apogeo de la fase tardía de Hallstatt. En el resto del perímetro, se ve un estilo de construcción más convencional, de madera y grava, característico de la mayoría de las atalayas de la Europa bárbara, desde su introducción, a mediados de la Edad del Bronce, hasta la conquista romana. A veces sus paredes hechas sobre cercos de madera se reforzaban a uno y otro lado con obra de piedra. El diseño exacto, sin duda, se adaptaba en gran medida a los terrenos en que se iban a alzar las fortalezas y a la disponibilidad de materiales, de los que se necesitaban cantidades importantes. Pero, esencialmente, estos fuertes halstáticos eran ciudadelas protegidas por macizas murallas defensivas, al estilo de las fortalezas micénicas. La relación no tiene que ser de derivación directa, sino de comparación de las funciones sociales, dentro de la que podemos figurarnos que los jefes de Hallstatt controlaban desde lo alto los poblados agrícolas esparcidos por las fértiles llanuras extendidas al pie de sus atalayas.

Ya hemos visto, en la zona de la cultura Lausitz, a fines de la Edad del Bronce, los orígenes y el fortalecimiento de esas atalayas; cierto número de ellas llegaron a tener relevancia en el período de Hallstatt y, tal vez, su origen fue aún más temprano. El fuerte de Wittnauerhorn, situado en un espectacular promontorio, entre Basilea y Zurich, tuvo una segunda fortificación halstática (D) de sus defensas (Hallstatt, fase B, siglo VIII). Hoy está demostrado que la propia atalaya de Heuneberg tuvo una gran muralla de cercos de madera ya en la Edad del Bronce media. Las cimas de los montes y los promontorios no son los únicos lugares que brindan cierta protección natural. Hacia el este, en Polonia, un centro fortificado de fines de la cultura Lausitz, en Biskupin, floreció en la costa de una pequeña isla, situada dentro de un lago, en la fase halstática D. Su defensa constaba de una muralla circular hecha de «cajas» de madera, en cuyo interior se construyó una carretera de rollizos entrecruzados. Las casas del poblado –más de cien en total– estaban agrupadas en filas con calles intermedias. En ese entorno pantanoso, las maderas que se encontraron durante las excavaciones estaban bien conservadas; gracias a esto se dispuso de una buena base para reconstruir las construcciones y tramos de la muralla cercanos a la entrada, en un conjunto que está abierto a las visitas del público.

Las viviendas domésticas de Europa central durante el período de Hallstatt eran casi siempre de planta rectangular, aunque no siempre tenían la disposición regular de las de Biskupin. De otra parte, tiempo atrás se consideraba que las edificaciones prehistóricas tardías, en el occidente atlántico, tenían una planta definida o aproximadamen-

te circular, a diferencia de las de tradición centroeuropea, pero las investigaciones recientes han variado mucho este esquema.

La cultura Hallstatt en Baviera. La región halstática estudiada con mayor intensidad arqueológicamente es Baviera meridional, comarca que fue tema de una espléndida monografía de Kossack, publicada en 1959. Comparados con los de las comarcas de la periferia halstática, como las islas británicas, donde las tumbas casi no se conocen, los conjuntos germanos meridionales parecen muchísimo más ricos, en cuanto a la variedad y elaboración de sus contenidos, y brindan una oportunidad ideal para la clasificación sistemática. El resultado es que se puede establecer una división cronológica entre los conjuntos de Hallstatt C datados en el siglo VII y los de Hallstatt D fechados en el VI a. C., con las subdivisiones técnicas C_1 y C_2 y D_1-D_3. Los detalles de esta tipología no nos interesan aquí, pero debemos familiarizarnos con algunas de las clases primordiales de utensilios para apreciar el grado de perfección que podían alcanzar los artesanos, herreros y ceramistas bárbaros en el mundo de Hallstatt.



Cuenco de oro laminado (*arriba*) y collar (*abajo*) de la tumba de carro de un jefe de fines del período Hallstatt, de Bad Cannstadt, en Renania, fines del siglo VI a. C. Württembergishes Landesmuseum, Stuttgart. *Abajo, derecha:* Cuenco de oro laminado, de fines del período Hallstatt; sobre un fondo de puntos repujados, destacan las figuras lisas de los símbolos del sol, la luna y figuras de animales. Procede de Zürich-Altstetten, Suiza. Museo Nacional de Zurich.

Las formas características de la fase C halstática están bien representadas en el cementerio de Mindelheim, entre el Danubio y los Alpes austriacos, al oeste de Munich. La cerámica, sobre todo, es distintiva: fabrica urnas en forma de melón, de bordes breves y vueltos hacia afuera, cuyo perfil globular muestra una suave concavidad en la base. También aparecen platos amplios, con pestañas muy abiertas y a veces perfil acanalado. Ambas formas pueden tener una ornamentación rica de diseños en relieve que, en los platos, a menudo adornan la superficie interna además de la externa. Con frecuencia esos motivos están subrayados por la pintura: grafito para las piezas pintadas de negro y hematita para el color rojo contrastante. Otros contrastes se lograban llenando las cavidades de la ornamentación con pasta blanca. La forma de estas vasijas deriva de la tradición de cerámica de cuerpo grueso, proveniente de la cultura centroeuropea de campos de urnas, y el ornamento geométrico y el colorido se han comparado con los diseños que, evidentemente, se hacían en los trabajos de telar de Hallstatt.

Sin embargo, en la literatura arqueológica, Mindelheim se conoce sobre todo por su asociación con la clase distintiva de espada de Hallstatt C, a la que ha dado nombre. Tal vez fuera un arma de la caballería –los ejemplares tienen, en general, unos 85-90 cm de longitud–, diferenciada por la forma de su hoja y los detalles técnicos de su empuñadura, en la que el pomo se asegura por medio de un espolón corto. La otra variedad principal es la que se llama espada Gündlingen, que se diferencia del tipo Mindelheim por su hoja, semejante en su forma pero menos larga y más fina, y por su empuñadura recta. Numérica-





mente, este segundo tipo tiene una representación más amplia que el primero, cuya distribución se origina en Germania meridional y en la propia aldea de Hallstatt. En relación estrecha con las espadas largas están las conteras de las vainas, de típica forma «alada», cuyos curiosos y muy abiertos brazos explicó Cowen: el jinete podía sujetar el extremo de la vaina con el pie, mientras con la derecha desenvainaba la espada y con la izquierda sostenía las riendas. Es verdad que las tumbas agrupadas del sur de Baviera muestran muchos testimonios de práctica ecuestre, pues abundan en ellas los bocados de dos piezas, los anillos para las riendas, además de regatones y otros accesorios que podrían provenir de carretones o carros. Entre los bronces de uso doméstico, aparecen hebillas de cinturón y brazaletes de cuentas o de anillas y también otros productos más ambiciosos de la artesanía del metal, como grandes sítulas que reproducen modelos centroeuropeos y vasos más pequeños de bronce batido, con asas de elegantes curvas, quizá usados a modo de cazo para sacar el vino de las vasijas grandes.

Hacia el fin del siglo VII y hasta avanzado ya el VI, aparecen los tipos Hallstatt D. El rasgo más notable es la desaparición de la espada larga, reemplazada por un arma más corta, a veces de proporciones cercanas a las del puñal, con una peculiar empuñadura del tipo «antena». Es obvio que esto tuvo que producir un cambio en las tácticas de combate, porque la espada larga se mantiene fuera de uso en Europa central durante la fase D de Hallstatt y reaparece en La Tène 1; en Gran Bretaña lo hará a principios de la fase 2 de La Tène insular. Entre los objetos personales de bronce, se pusieron de moda una cantidad de formas desarrolladas en los broches, sobre todo los de alambres en espiral (parecen «espejuelos»), los serpentiformes y otros que recuerdan modelos itálicos. El último tipo de la secuencia (por lo común adjudicado a la fase D_2 de Hallstatt) es el broche llamado timbal, que a su vez desarrolla otro tipo más ancho, con un alfiler en forma de ballesta (fase D_3 de Hallstatt). Los brazaletes acanalados se complementan con otra variedad más ancha, en forma de melón, y en los cinturones aparecen grandes placas de bronce, a modo de fajas, con una decoración de dibujos geométricos repujados, al principio sobre todo en tumbas de mujeres, al parecer, y sólo más tarde en enterramientos masculinos.

Los cubos de bronce laminado seguían en uso, con formas cuyo perfil mostraba hombros más acusados, y las asas de los vasos pequeños se modifican para convertirse

Arneses de la fase C de Hallstatt, de acuerdo con los registros de la excavación de Court-St-Etienne, Bélgica. Según Mariën.



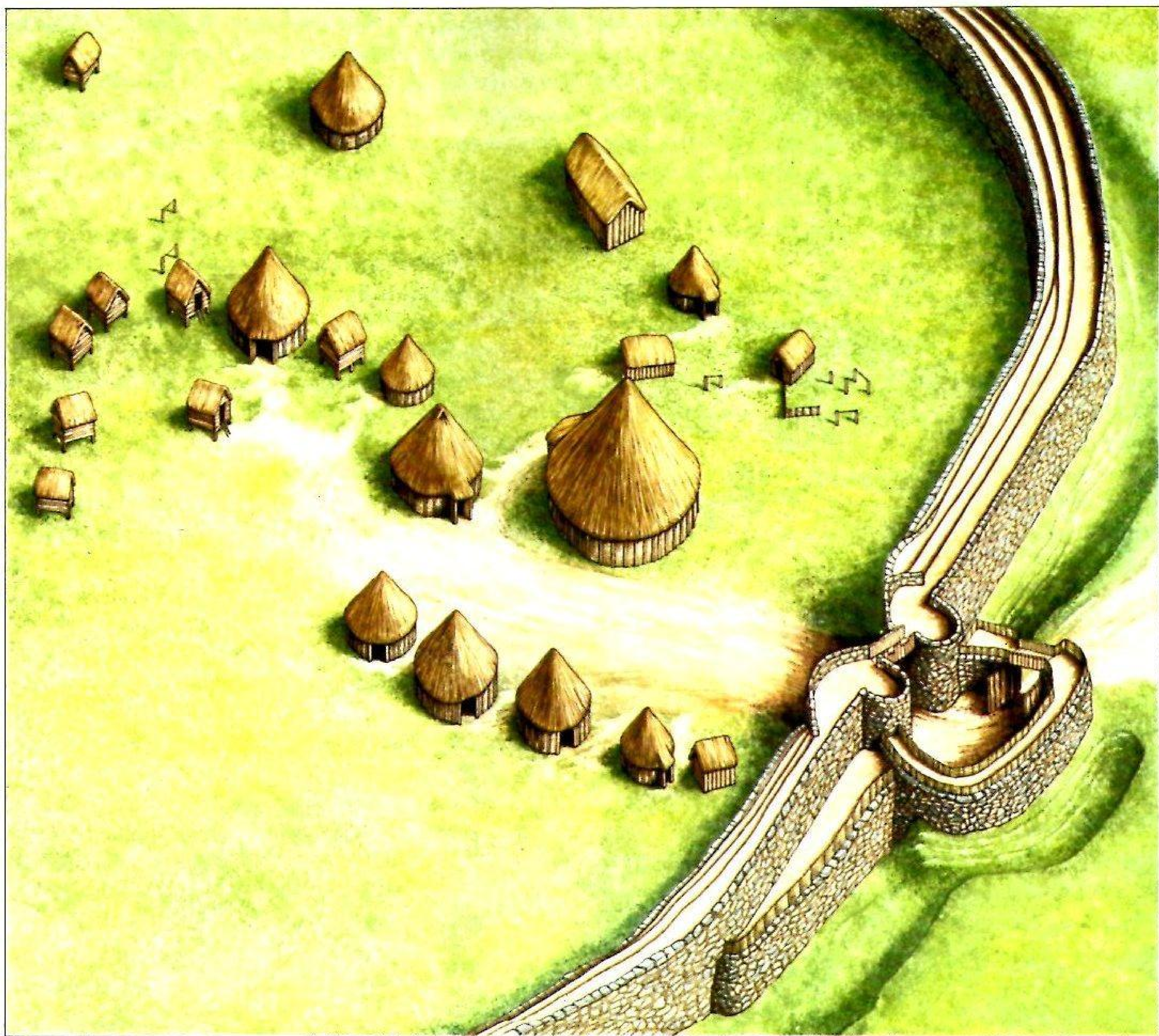
en un bucle cerrado, que se une al cuerpo del recipiente por ambos extremos. Esta variante tiene buenos testimonios en una tumba de Rehling Unterach, en el distrito de Aichach, cerca de Augsburgo, asociada con una forma nueva de cuenco semiesférico que, a su vez, se distingue por sus dobles asas de bucle, unidas al cuerpo de la vasija con unas placas en forma de cruz, hechas de bronce. Otra forma nueva es el gran caldero semiesférico de borde doblado hacia dentro y anillas sueltas a modo de asas, una innovación estrictamente centroeuropea y poco relacionada con los calderos atlánticos de la Edad del Bronce. Las formas de la cerámica de la fase D halstática son más difíciles de definir que las de la fase anterior, porque son más sencillas y variadas y, además, su decoración es algo menos barroca. Hay vasijas bajas, jarras globulares con cuellos apenas cónicos y cuencos que parecen haber adoptado la base ahuecada, del tipo *ómphalos*, de sus homólogos de bronce.

La influencia de Hallstatt en el norte y en el oeste. Estos tipos halstáticos característicos no están restringidos a Europa central, y menos aún a Baviera meridional, aunque las distribuciones por individuos, en la mayoría de los casos, se van diluyendo de modo significativo hacia el norte y el oeste. En esas zonas periféricas, surge el problema de la interpretación: se puede pensar que la aparición de los estilos halstáticos o derivados en los metales y la cerámica representa una prueba de la difusión de la cultura por la acción de grupos de colonizadores, exploradores o artesanos especializados; pero también se puede considerar que esas piezas son producto del comercio, del intercambio o de las incursiones y la piratería y, por último, se podría suponer que son resultado de una adopción local de nuevas formas extranjeras. La invención independiente de tipos semejantes no se toma en cuenta, porque los detalles de la tipología son tan específicos que no sería creíble semejante grado de coincidencia.

En Europa septentrional, la distribución de los objetos de metal halstáticos ilustra bastante bien este problema, en particular la aparición de espadas Mindelheim en el norte de Alemania, Dinamarca y zonas adyacentes de Noruega y Suecia, donde el excepcional tesoro de Hassle contaba con dos espadas de bronce largas, halstáticas, un caldero con grifos en los bordes y un cubo con decoración de cuerdas, de tipo italiano. Esas regiones nunca asimilaron la cultura de Hallstatt y esos hallazgos deben considerarse exóticos, resultado de un hecho circunstancial. Es significativo que en el caso de las espadas, por ejemplo, todas las piezas nórdicas provengan de hallazgos aislados o de tesoros, mientras que en su comarca de origen, Europa central, por lo común son parte de los bienes fúnebres. En la llanura germana del norte y en la península danesa, la cultura fue en esencia la de fines de la Edad del Bronce europea septentrional, poco afectada por las tendencias centroeuropeas. También se mantuvieron las tradiciones previas de la cultura de campos de urnas, apenas modificadas, al oeste del Weser y en los Países Bajos. En Holanda nororiental y en Westfalia, los túmulos rodeados por un foso en forma de cerradura constituyen una variante de los de foso circular, que caracteriza las regiones situadas al norte del Rin. Los bienes fúnebres de estos cementerios de foso circular son pobres, relativamente; por lo general, las cenizas están depositadas en una urna bicónica, que cambia muy poco las formas de la anterior fase de la cultura de campos de urnas.

Al sur del Rin, la forma de los túmulos varía de una región a otra; a veces están limitados por un foso circular, con una única entrada y otras no tienen esa estructura de cierre. También en estos casos, la continuidad de la Edad del Bronce tardía se advierte en la secuencia de cambios de cementerios como Lommel Kattengos, en la Campine belga, donde los túmulos no tienen fosos y después pasan a ser más pequeños. En los Países Bajos casi no existen testimonios de una infiltración halstática directa, con la posible excepción de la tumba del guerrero de Oss, al suroeste del Maas, en Brabante norte, donde se descubrió un enterramiento en un cubo con decoración de cuerdas, de tipo italiano, acompañado de restos fragmentarios de armas halstáticas. En contraste con este esquema de continuidad, la cultura de Hallstatt tuvo mayor influencia en las provincias belgas occidentales de Namur, Hainault y Brabante, donde la aparición de cementerios de túmulos con bienes fúnebres de mucha riqueza, entre los que hay espadas de hierro del tipo Hallstatt C, sugiere una colonización centroeuropea, por cierto. Que estos colonizadores absorbieron en cierta medida la cultura local, está probado por la adopción del método crematorio en los enterramientos. Asimismo, los cementerios belgas no contienen las clásicas tumbas de carro centroeuropeas, aunque entre los bienes fúnebres es común encontrar equipo ecuestre, tal vez como una derivación provincial del rito originario. Con todo, las excavaciones del cementerio de Court-St-Etienne, por ejemplo, descubrieron armas de hierro y arneses de caballería muy elaborados, lo que deja pocas dudas acerca de la naturaleza no autóctona de este conjunto.

Al oeste del Rin, la expansión halstática en Francia tiene sus pruebas en los túmulos del bosque de Haguenau, al norte de Estrasburgo, y en las tumbas de carro de la etapa tardía de Hallstatt, descubiertas en Vix, sobre el



Fortificaciones de la Edad del Hierro, en Crickley Hill, Gloucestershire, Inglaterra; defensas de la fase 3, con un elaborado hornabeque en la entrada (*arriba*, reconstrucción según Dixon y Borne, y *derecha*, durante las excavaciones); dentro se ven las casas circulares y los «graneros» cuadrangulares contemporáneos.



curso superior del Sena, y en Les Jogasses, sobre el Marne. El cementerio de Les Jogasses, excavado a principios del decenio de 1930, dio su nombre a la cultura provincial halstática tardía del noreste de Francia, de la que surgió, en el siguiente período de La Tène, la muy distintiva y arqueológicamente bien documentada cultura marnense.

Estas expresiones provinciales de la cultura Hallstatt en occidente, como es natural, absorbieron los elementos de las preexistentes culturas de la Edad del Bronce tardía, a

las que se impusieron. Por tanto, podemos figurarnos que la colonización halstática produjo en el oeste el desplazamiento de los nativos, que se habrán visto obligados a buscar refugio y nuevo espacio en comarcas más occidentales aún. De modo que tal vez llegaran a Gran Bretaña, desde distintas regiones continentales, grupos de refugiados y aventureros de Hallstatt quienes, al cabo del tiempo, configurarían la cultura del insular de la primitiva Edad del Hierro. No es probable que para tal secuencia de hechos exista un testimonio arqueológico inequívoco y, además, la han rechazado los eruditos de la prehistoria, que prefieren ver en la Edad del Hierro británica el producto exclusivo de un desarrollo de antecedentes insulares de la Edad del Bronce. Sin embargo, hay un elemento importante que hemos de tener en cuenta: en algún momento del primer milenio a. C. se introdujo en Gran Bretaña la lengua celta, lo que no puede deberse sino al influjo de colonizadores foráneos. No es obligatorio que esto se haya producido en un solo movimiento; lo más probable es que se trate de un proceso gradual, derivado de la reiteración de los contactos a través del Canal durante largo tiempo, un proceso de «celticidad acumulativa», para usar la expresión de Hawkes. Además, no podemos tener dudas en cuanto a que la expansión de la cultura de



Derecha: En la Europa bárbara abundaron los objetos griegos importados, como esta magnífica *hydria* de bronce de Grächwil, cerca de la ciudad suiza de Berna. Museo Histórico de Berna.

Abajo: Fortaleza de Mont Lassois, de la época Hallstatt tardía, junto al curso superior del Sena, cerca de Châtillon-sur-Seine.



Hallstatt en los siglo VII y VI a. C. desempeñó algún papel en ese proceso.

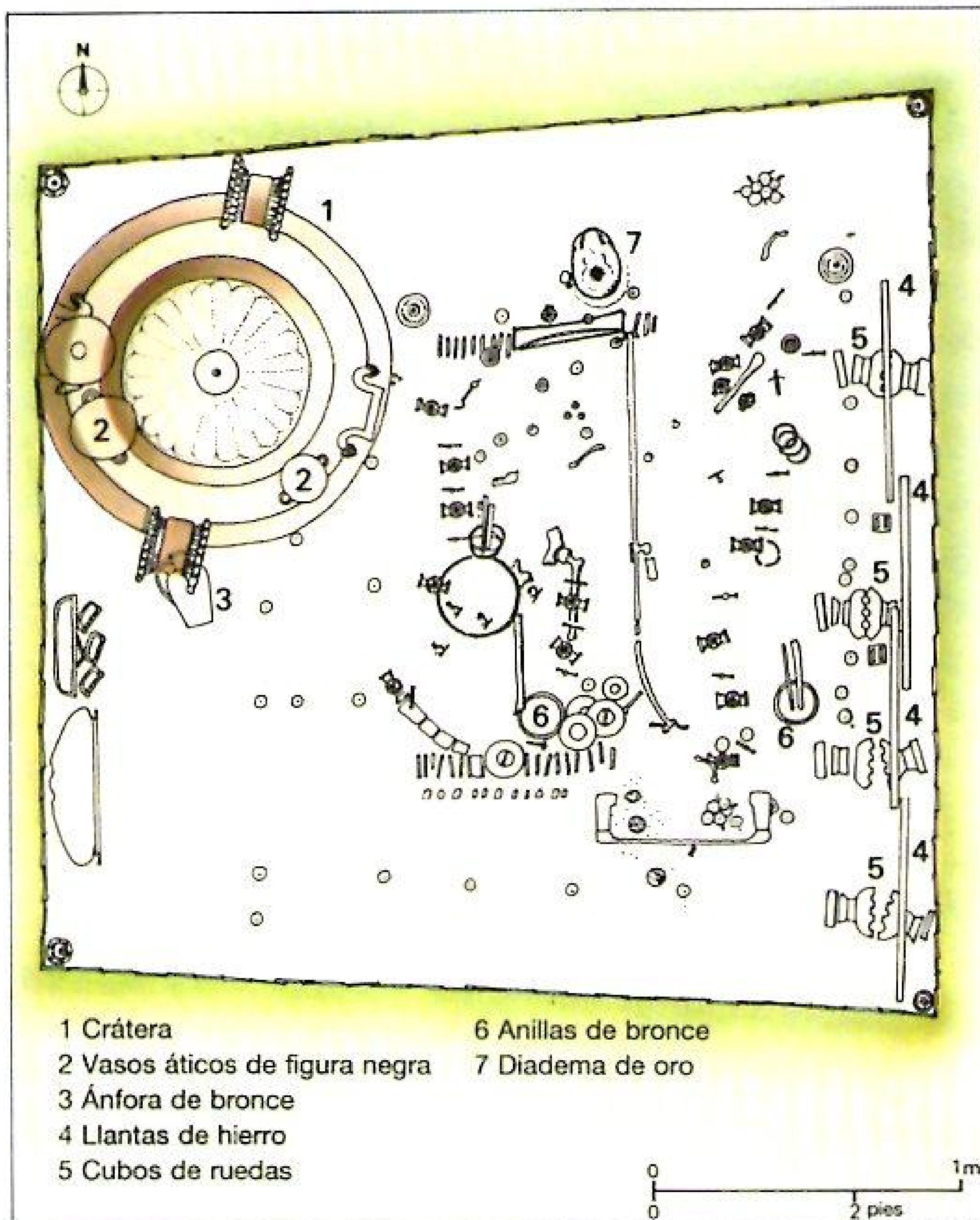
Gran Bretaña, Irlanda y el occidente atlántico. No son pocos en Gran Bretaña e Irlanda los hallazgos halstáticos, espadas y vainas con conteras aladas, arneses y complementos de carruajes, navajas y pequeños amuletos semejantes, a veces en tesoros y otras como elementos aislados, pero sólo ocasionalmente en el contexto de asentamientos excavados. Un ejemplo claro de la intrusión de los nuevos tipos de Hallstatt en un conjunto local es la presencia de fragmentos de una espada de hierro del tipo Mandelheim y una vaina de bronce en el tesoro Llyn Fawr, de Gales del Sur, junto a hachas perforadas de fines de la Edad del Bronce, cinceles y hoces y dos calderos de bronce laminado del distintivo tipo atlántico, con anillas de fundición como asas. Otras importaciones características son el cubo de bronce con decoración de cuerdas, procedente de Weybridge, Surrey, el caldero de la fase D de Hallstatt, encontrado en Londres, en el Támesis, y los fragmentos de un cuenco de bronce con fijaciones en forma de cruz para el asa, del tipo de la fase D de Hallstatt, descubierto en una muy apartada zona septentrional: Adabrock, en las Hébridas occidentales. No obstante, más significativas son las espadas de bronce de la fase halstática C, del tipo Gündlingen, de las que se encontró cierto número en Gran Bretaña e Irlanda. Cowen, cuya clasificación no se recibió sin reparos, dividía estas armas en varios subgrupos, según su tipología, y señaló que su distribución establece un recorrido radial desde el centro de Europa hacia el suroeste, a través de los Pirineos, y hacia el norte hasta la península danesa, los Países Bajos y Gran Bretaña, donde dieron lugar, primero, a versiones y, por último, a derivaciones insulares.

Caldero de bronce procedente de La Garenne, cerca de St-Colombe, sobre el curso superior del Sena; su borde se adorna con cabezas de grifos y está apoyado en un trípode cuyas patas terminan en garras de león. Museo Arqueológico de Châtillon-sur-Seine.



El proceso de comprobar la influencia halstática continental en las formas de la cerámica insular es mucho más subjetivo y no lo abordaremos aquí. Sin embargo, al pasar, son dignas de mención las vasijas de Eastbourne, ya que sus perfiles en forma de S, sus bases de pie circular y, en un caso, el uso de rombos pintados como ornamentación, se derivan con claridad de la tradición francesa de Les Jogasses, del tipo halstático tardío. Los enterramientos halstáticos brillan por su ausencia, con posibles excepciones escasas: en contraste casi total con el continente, los testimonios de la Edad del Hierro temprana en Gran Bretaña se derivan de poblados más que de cementerios y, sin duda, esto es uno de los principales motivos que dificultan la comparación con los rasgos continentales.

Si se confrontan con estas innovaciones halstáticas, los restos materiales del paraje tipo, que por más de medio siglo se consideró característico de la Edad del Hierro temprana en Wessex, All Cannings Cross de Wiltshire, sugieren una tradición continental anterior. Las acanaladuras horizontales de los cuencos, que se distinguen por su capa exterior de hematita, y la ornamentación geométrica incisa de los vasos de cerámica fina de All Cannings Cross, y de cualquier otro punto de Wessex, se pueden considerar rasgos paralelos a los de contextos de fines de la cultura de campos de urnas francesa. Las excavaciones pioneras de la señora Cunnington también revelaron una serie de suelos rectangulares que, vistos ahora, se pueden interpretar como los restos conservados de casas oblongas





Tumba de Vix: plano de la tumba (*izquierda*, según Joffroy), en el que se ve la situación de los principales objetos fúnebres, incluida la crátera de bronce macizo (*abajo*) con asas en forma de gorgonas y un friso con una escena procesional en el cuello; además, *kylix* ática de figura negra, datada hacia 530 a. C. (*arriba*). Museo Arqueológico de Châtillon-sur-Seine. La tumba también contenía una diadema de oro con remates en forma de animales alados, trabajados con gran maestría.

de planta continental, en contraste con las amplias casas circulares de madera, que siempre se vieron como distintivas de la Edad del Hierro británica, y cuyos mejores ejemplos para este período temprano son los vestigios de Longbridge Deverill, en Wiltshire, donde está representado un repertorio cerámico similar. Más cercanas a la tradición centroeuropea de casas grandes, se conocen en Gran Bretaña las construcciones rectangulares de la atalaya de Crickley Hill, en Gloucestershire, donde están alineadas a los lados de la calle que lleva al campamento desde la entrada principal, lo que sugiere un trazado bastante familiar en el continente. Entre los objetos de metal de All Cannings Cross, se incluyen los restos de un hacha de bronce, con orificio, de las del tipo llamado bretón, que al parecer se importaron en cierto número hacia el 600. Esta aparición, en una época en que los abastecimientos desde las tierras altas británicas pudieron interrumpirse a causa de la presencia de aventureros y exploradores halstáticos, sirve para echar luz sobre la otra vía de acceso a Gran Bretaña, que se había explotado desde los primeros tiempos prehistóricos, la del oeste atlántico.

La ruta atlántica ya había adquirido importancia en el siglo VIII, con la industria del bronce en láminas. Los calderos de la serie atlántica eran muy distintos de los de Hallstatt y, en realidad, como lo demostraron Hawkes y Smith, se basaron en modelos mediterráneos. En el oeste,



se tomó de estos recipientes la idea de las anillas de fundición, sueltas, a modo de asas, para aplicarla a los cubos de bronce derivados de modelos centroeuropeos, y fabricar los peculiares cubos britano-irlandeses del siglo VII. Las rutas marítimas occidentales ya eran conocidas para los comerciantes y aventureros, como lo prueba el testimonio literario del llamado *Massiliote Periplus*, conservado en *Ora Maritima*, poema del siglo IV d. C. escrito por Avieno, que evidentemente se refiere a la navegación costera en torno a la península ibérica en el siglo VI a. C., como muy tarde, antes de que la colonia griega de Tartesos quedara absorbida por la expansión cartaginesa de fines de ese siglo. El *Periplus* documenta el viaje de los tartesios, de los que se dice que navegaron hasta la tierra de los estrimnides –la península bretona, se supone– quienes, a su vez, se hacían a la mar en dirección a Albion e Ierne en cuévanos embreados. Por cierto que resulta tentador asociar esta conexión occidental con la importación a Gran Bretaña e Irlanda, en el siglo VI, de las características hachas perforadas bretonas, ya que se daría así uno de los pocos casos de fines de la prehistoria en que podemos establecer una correlación indirecta entre el registro arqueológico y el documental.

Europa meridional y los griegos occidentales. La ruta marítima del oeste nos lleva otra vez al Mediterráneo y a la expansión griega hacia occidente, que data del siglo VI. La colonia griega de Massilia (Marsella) se fundó en la desembocadura del Ródano hacia el 600 a. C., seguida poco después por un centro de comercio en Emporion (Ampurias), sobre la costa oriental española, y otros posteriores, en el siglo IV. Los que usaban estas rutas comerciales eran sobre todo los griegos orientales –los foceos–, que pronto empezaron a competir no sólo con los etruscos de Italia central sino también con los fenicios de Cartago. Sin embargo, durante el siglo VI el comercio griego floreció en Massilia, lo que da a los arqueólogos una ayuda invalorable para la datación de la zona bárbara de tierra adentro.

La cultura local del sur francés, sobre la que se produjo la influencia de los elementos halstáticos, por un lado, y de los griegos, por otro, está bien ilustrada en los cementerios provinciales de la cultura tardía de campos de urnas del Languedoc, en Mailhac. En este lugar, varias comunidades que ocuparon la fortaleza de Le Cayla enterraron a sus muertos en los cementerios contiguos de Le Moulin, Grand Bassin I y Grand Bassin II. Ninguno de estos enterramientos sigue estrictamente la costumbre de tumbas llanas de los campos de urnas. En los primeros escalones de la secuencia, el cementerio de Le Moulin del siglo VIII, las cenizas se enterraban en fosas bajas y se cubrían con pequeños *cairns* o montículos de piedras y los cementerios posteriores muestran una desviación semejante respecto del esquema europeo occidental corriente. Sin embargo, la cerámica de Le Moulin presenta características urnas de cuello cilíndrico, adornado con algunas nervaduras horizontales, y una variedad de formas de alfileres de fines de la Edad del Bronce, junto a las primeras navajas de hierro de tipo Hallstatt C.

En el cementerio de Grand Bassin I, que es el subsiguiente entre el siglo VII y principios del VI, se descubren mayores cantidades de hierro, aunque la cerámica parece sumar a los elementos de campos de urnas y halstáticos el uso de los pedestales mediterráneos. En las cercanías, el cementerio de La Redorte reveló una tumba de un guerrero, sin duda foránea, con no menos de 57 vasijas accesorias, arneses de caballos de derivación «tracio-cimeria» y los vestigios de un enterramiento de carro. A mediados del siglo VI, en el cementerio de Grand Bassin II, se hacen presentes objetos importados griegos y etruscos, incluidas piezas de cerámica etrusca de *bucchero* y ática de figura negra. Otros bienes fúnebres característicos de esta fase son los broches de ballesta con muelle alargado, ganchos para cinturones y, entre las armas, espadas con empuñaduras tipo «antena». Contemporánea de este cementerio fue la fase 2 del fuerte de Cayla, defendido con murallas de ladrillos de barro sobre cimientos de piedra, más o menos como en la atalaya de Heuneberg en el siglo VI. Está claro que estos cementerios y los poblados que ellos reflejan estaban sujetos a distintas influencias, que se fusionaron para formar, entre el Ródano y los Pirineos, una variante de cultura halstática provinciana y tardía.

Tanto en la cerámica como en las piezas de metal, aparecen elementos no muy distintos de los languedocianos al otro lado de los Pirineos, en el valle del Ebro, hecho que llevó a algunos expertos en prehistoria a postular invasiones desde el suroeste francés, primero de la cultura de campos de urnas y, después, de inmigrantes de la etapa tardía de Hallstatt. Esta hipótesis se suele considerar a causa de testimonios históricos y lingüísticos. Por ejemplo, en un pasaje muy oscuro, Herodoto pareciera decir que el Danubio nace en tierras de los celtas, no lejos de la ciudad de Pirene –a la que se relaciona con el nombre de los Pirineos– y después atraviesa Europa. Continúa afirmando que los celtas viven más allá de los pilares de Hércules –el estrecho de Gibraltar– y son vecinos de la tribu de los cinesios, que habitan las regiones más occidentales de Europa. La existencia de numerosos topónimos celtas en la península ibérica, probablemente de origen prerromano, complica el problema.

Es probable que, desde el principio del primer milenio, tanto las rutas orientales como las occidentales que atravesaban los Pirineos sirvieran para poner a la península en contacto con las corrientes principales de la cultura del oriente y centro de Europa. Las excavaciones hechas en Cortes de Navarra demostraron las afinidades cerámicas del valle del Ebro con la cultura de campos de urnas del Languedoc, desde el siglo VIII hasta principios del VI, pero el testimonio de una influencia directa de Hallstatt es más equívoco. Desde fines del siglo VI se desarrolló en Cataluña la cultura ibérica distintiva, que iba a dominar las regiones costeras surorientales a través de la segunda mitad del primer milenio.

El éxito de la colonia griega comercial de Massilia se puede medir por la densidad de los hallazgos que, desde Marsella, irradian a lo largo de la costa y por el valle del Ródano. Las importaciones, que incluyen piezas grises de cerámica «focea» caracterizada por su decoración de peines, además de vasijas jónicas con sus típicos dibujos marrones sobre fondo color crema, dieron lugar a imitaciones locales. La cerámica ática de figura negra se esparció tierra adentro hasta Heuneberg, sobre el Danubio superior; hasta el Camp du Château, en Salins, Jura francés, y hasta la atalaya de Mont Lassois, que domina el curso superior del Sena. También las ánforas de vino etruscas aparecen en la costa alrededor de Marsella, junto a copias locales que se diferencian apenas por el material. Entre los objetos importados más exóticos están los jarros rodios para el vino, de Kappel-am-Rhein y la espléndida *hydria* espartana de Grächwil, cerca de Berna, en Suiza. Sin embargo, tal vez los más espectaculares de estos hallazgos sean los de las tumbas del Sena superior, muy cerca del propio Mont Lassois.

Una, de La Garenne, cerca de St-Colombe, se excavó en el decenio de 1860; entre otros objetos fúnebres, se descubrió en ella un caldero de bronce, con el borde adornado con cabezas de grifos, según la tradición de los calderos griegos de principios del siglo VII, que llevaban como remate toros y sirenas de inspiración asiria o urartiana. El caldero estaba acomodado sobre un trípode cuyas patas terminaban en garras de león. La concepción general del objeto está alejada de la Europa bárbara y debe tratarse de un producto de talleres griegos, quizá de una colonia occidental como la de Cumas.

Más reciente es la investigación de la tumba de una princesa de Vix, que reveló el enterramiento de una mujer de entre 30 y 35 años, provisto de los objetos fúnebres, procedentes de la Europa prehistórica, más ricos que se hayan encontrado hasta hoy. El hallazgo principal fue el de una crátera de bronce macizo, de manufactura laconia o corintia, depositada hacia fines del siglo VI, pero tal vez ya antigua cuando se enterró. Ya hemos hablado del tamaño y de la elaboración de la vasija. Su función sería, muy probablemente, ceremonial, al estilo de los vasos sacrificiales que, según recuerda Estrabón, usaban los cimbrios del norte de Europa para verter la sangre de las víctimas.

Además, la tumba contenía una diadema de oro con remates en forma de animales alados, de un trabajo exquisito y, pieza fundamental para la datación del enterramiento, un vaso ático de figura negra fechado hacia el 530 a. C. Las piezas más tempranas de la cerámica de Vix tienen ciertas características distintivas de Hallstatt, aunque las bases en forma de anillo o de pedestal pueden atribuirse a una influencia mediterránea. Pero entre las piezas más tardías, las vasijas torneadas, con diseños de cuerdas y pedestales indican una conexión con la cultura Golasecca, del noroeste de la península itálica, en tanto que la apariencia de los vasos de color gris-marrón oscuro recuerda el material de *bucchero* etrusco. La tumba de Vix también contenía una jarra de bronce para el vino, con un pico vertedor, un recipiente de tipo etrusco, cuya presencia anticipa los acontecimientos del siglo V. Hacia el 500, el ascendiente comercial de la colonia de Massilia se vería no ya amenazado, sino que entraría en decadencia y en la centuria siguiente quedaría eclipsado por la actividad comercial de Etruria, de donde fluían las exportaciones hacia Europa central, el alto Danubio y el Rin, a través de los Alpes. La influencia de Massilia no se restauró hasta el siglo IV y tal vez jamás se reprodujo su anterior supremacía indiscutible. En esta época, la Europa bárbara ya habría pasado a la fase cultural que caracteriza su segunda Edad del Hierro, conocida para los arqueólogos por el nombre del asentamiento tipo de las orillas del lago suizo de Neuchâtel: La Tène.

La atalaya de Heuneberg

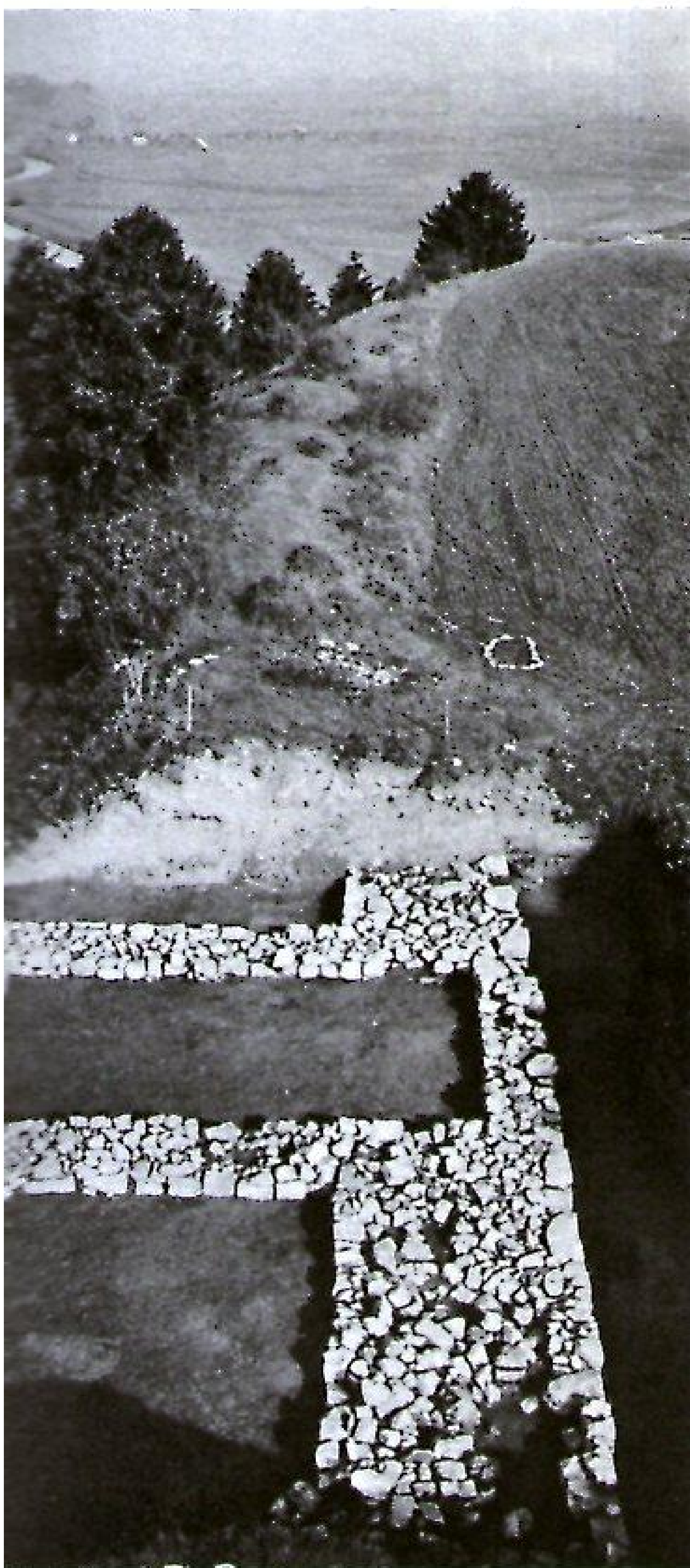
Pocas atalayas prehistóricas se han investigado tan a fondo y con resultados tan espectaculares como la de Heuneberg, en la margen del Alb suabo. Situada sobre un promontorio que controla el Danubio desde el noroeste, domina una región conocida por su concentración de asentamientos prehistóricos, cementerios de túmulos y santuarios celtas. La ocupación de la ciudadela prehistórica se extiende durante unos mil años, desde la construcción de las primeras fortificaciones, a mediados de la Edad del Bronce, hasta su apogeo de la época de Hallstatt, en el siglo VI a. C. Después de su destrucción, quizá en medio de las agitaciones políticas debidas a la expansión celta, a fines del siglo V a. C., el asentamiento quedó abandonado, hasta que volvió a ser ocupado y fortificado, a fines del primer milenio d. C.

La excavación sistemática del paraje demostró que Heuneberg era una atalaya de nobles de fines de la cultura Hallstatt, cuyos imponentes monumentos fúnebres están en el cercano túmulo de Hohmichele. La riqueza de la aristocracia del lugar se advierte no sólo en la grandeza de las defensas y en las actividades industriales del poblado, sino también en la cantidad de importaciones meridionales, incluidas piezas de cerámica griega de figura negra y ánforas de vino compradas en la colonia griega de Marsella. En este sitio, a fines del período de Hallstatt, existió una comunidad de la Edad del Hierro que ya gustaba de muchos de los avíos de una civilización urbana. Las ilustraciones se deben a la gentileza de W. Kimmig.

Abajo: Heuneberg desde el norte; a su pies, a la izquierda, el Danubio.







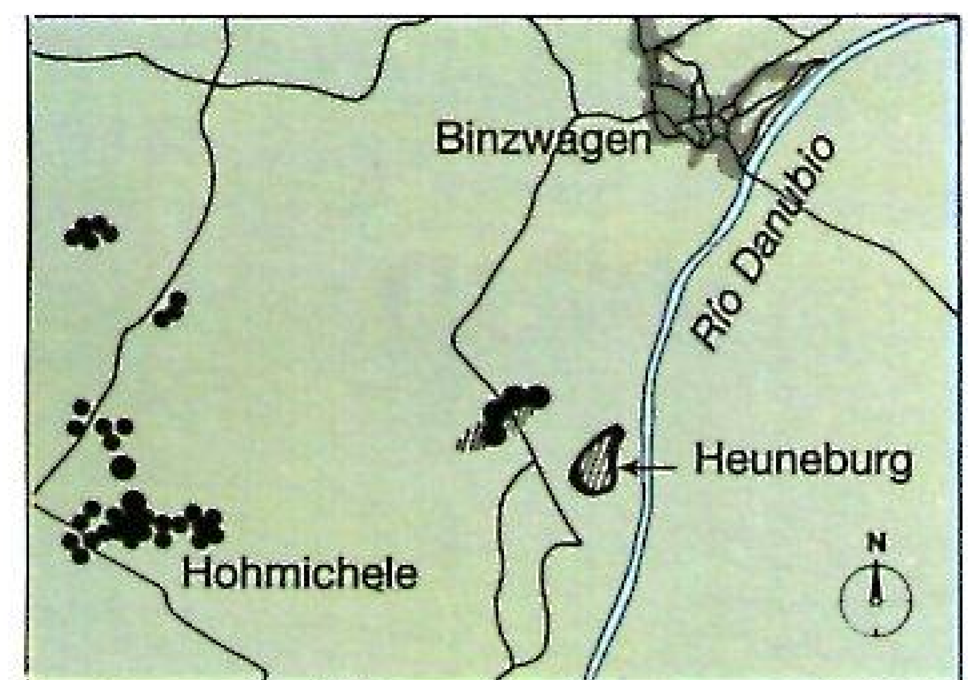
Arriba: Entrada a la atalaya desde el suroeste.

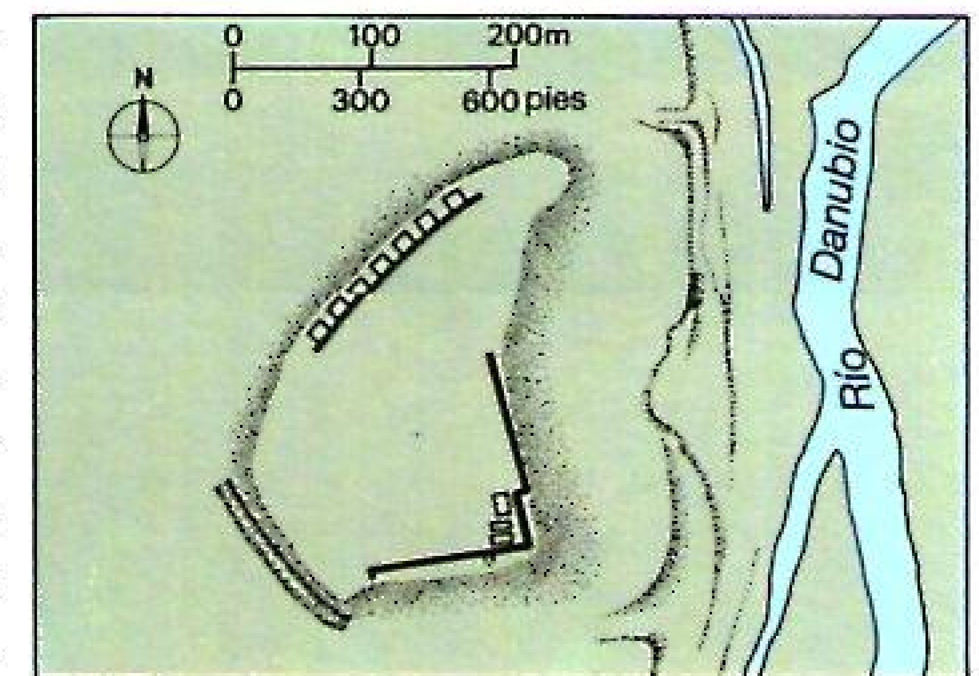
Derecha: Mapa del distrito de Hundersingen; muestra la situación del fuerte de Heuneberg y el cementerio de túmulo Hohmichele.

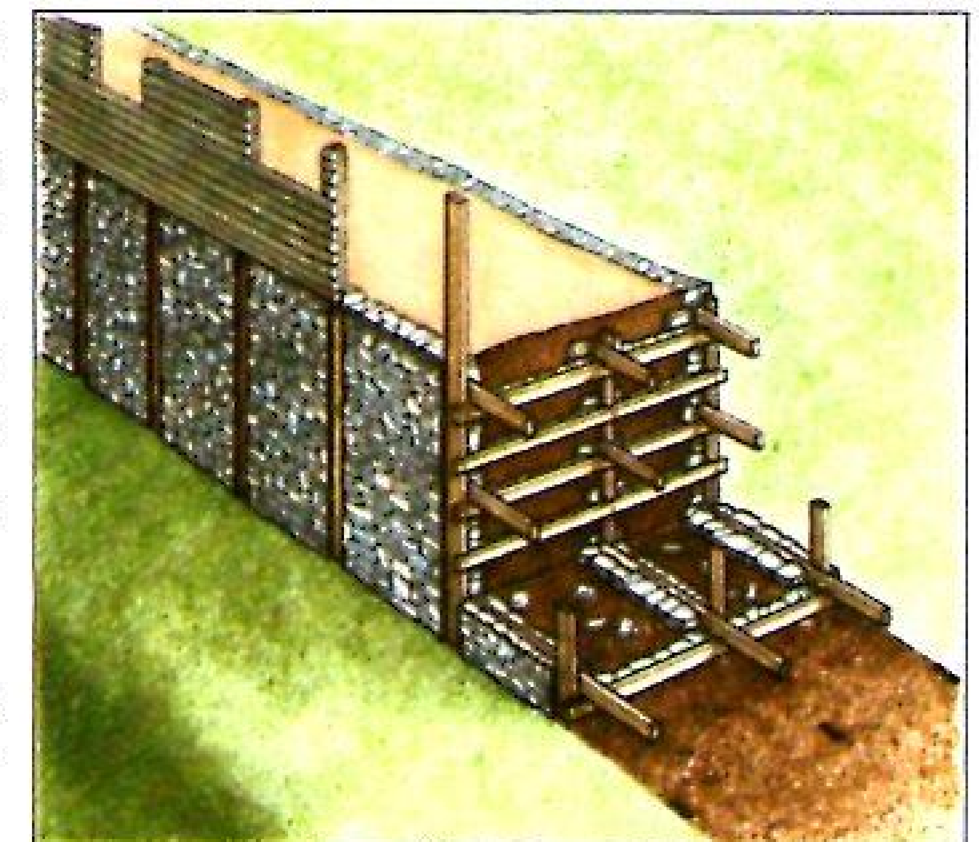
Centro, derecha: Plano de Heuneberg en la primera mitad del siglo VI a. C. (Hallstatt D_1); se ve la situación de las defensas de ladrillos de arcilla, de los bastiones rectangulares sobre el borde norte del asentamiento y de las estructuras excavadas del interior en el extremo sureste. Tal vez los arquitectos celtas adquirieron la técnica de construcción con ladrillos de arcilla, característica del mundo mediterráneo, en sus contactos con comerciantes griegos en el oeste.

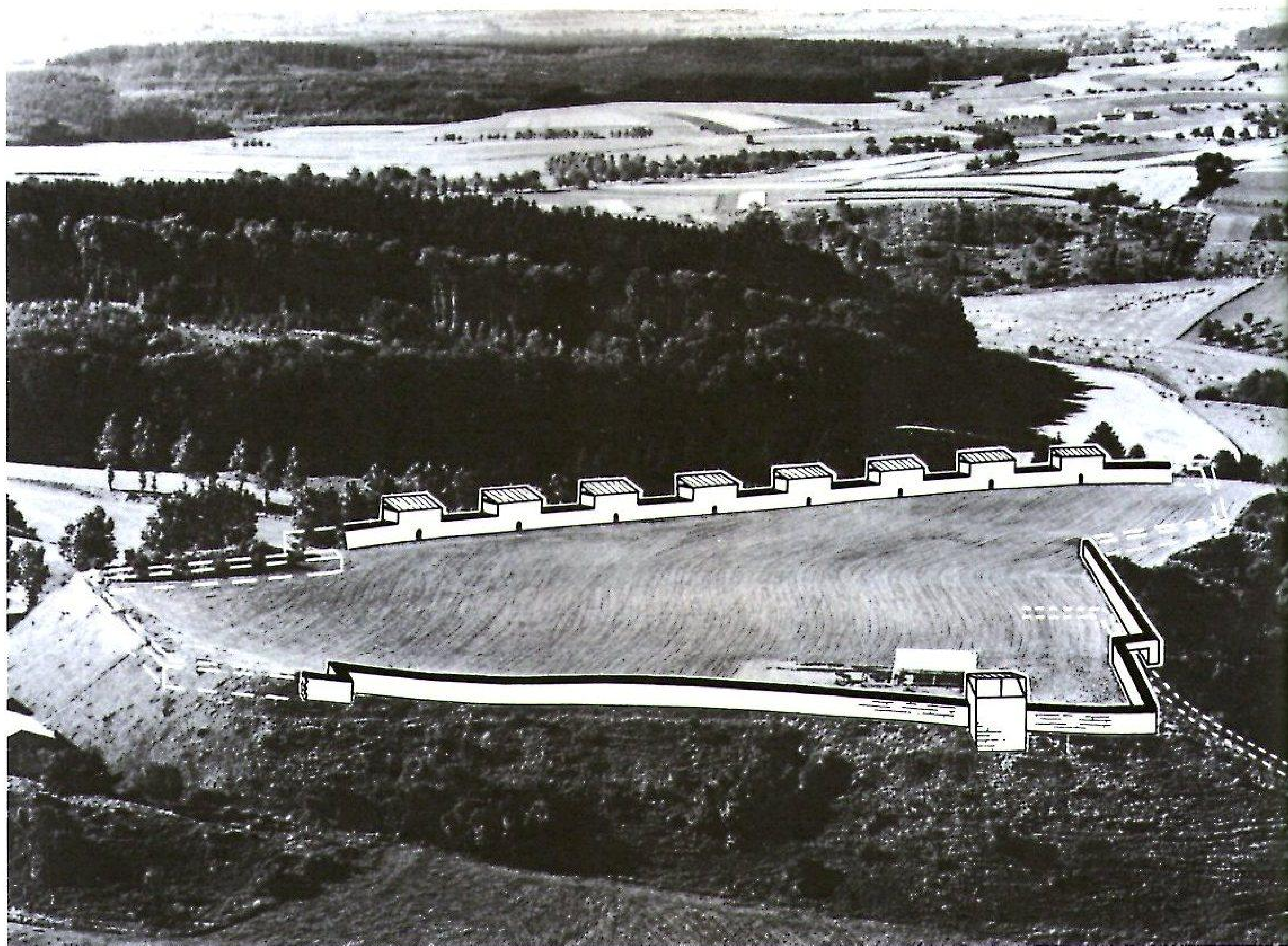
Abajo, derecha: Reconstrucción de las defensas más convencionales, con exterior de piedra y cercos de madera, del período D_2 de Hallstatt (h. 550-480 a. C.). Las murallas de la fortificación halstática se repararon una docena de veces, en épocas distintas, a causa de la destrucción o del deterioro natural y la excavación estableció una secuencia de ocupaciones muy profunda, asociada con esta actividad constructiva.

Izquierda: Cimientos de la muralla y un bastión de las defensas del Período IV, donde se ha quitado la superestructura de ladrillos de arcilla.







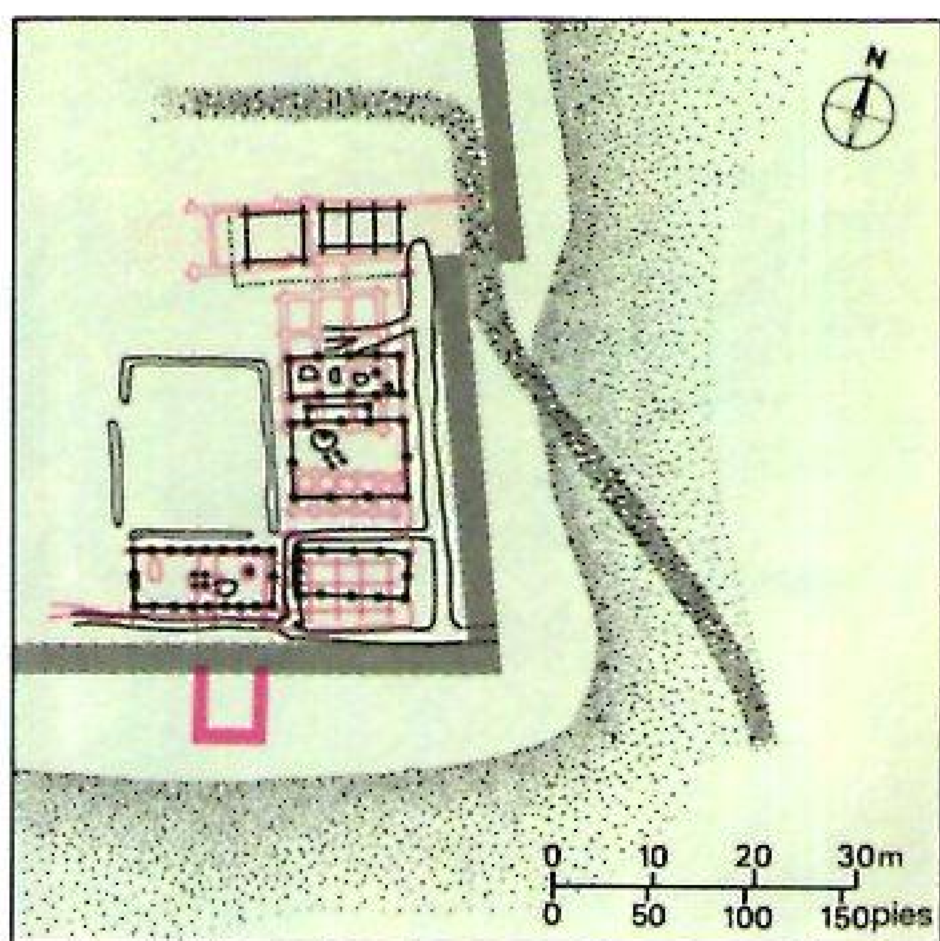




Arriba: Vista aérea de Heuneberg desde el sur; se señala la posición de la muralla de ladrillos de arcilla y los contrafuertes.

Cimientos de piedra de las defensas del Período IV; el método de construcción era el de piedras exteriores bien ajustadas e interior de grava (*abajo*); defensas del mismo período, aún con la superestructura de ladrillos de arcilla (*izquierda*), con los restos calcinados de un paso de madera sobre la berma, frente al muro.





Arriba: Plano del extremo sureste de Heuneberg; se ve la muralla defensiva, la entrada y las fases sucesivas de edificación de la ocupación de la época Hallstatt tardía.



Derecha: Cerámica griega importada proveniente del fuerte halstático; fragmento de una crátera de volutas, del tipo de figura negra, datada a fines del siglo VI a. C.

Abajo: Fases sucesivas de construcción en el extremo interior sureste, incluidas las zanjas de los tirantes de los edificios del Período IV y estructuras de postes de los Períodos III-I.







Hallazgos de las excavaciones de Heuneberg. Cerámica de gran calidad que imita las piezas de *bucchero* etruscas (*arriba*) y vasijas típicas pintadas de rojo y blanco, restauradas (*abajo* y *página opuesta, abajo, izquierda*), del Período IV de la ocupación, el de la muralla de ladrillos de arcilla.

Derecha: Broches de bronce de la ocupación de Hallstatt (D1-3) procedentes de Heuneberg, incluidos los tipos serpentiforme y «timbal». Los más de 200 broches recuperados en las excavaciones indican que los fabricaban los artesanos locales.





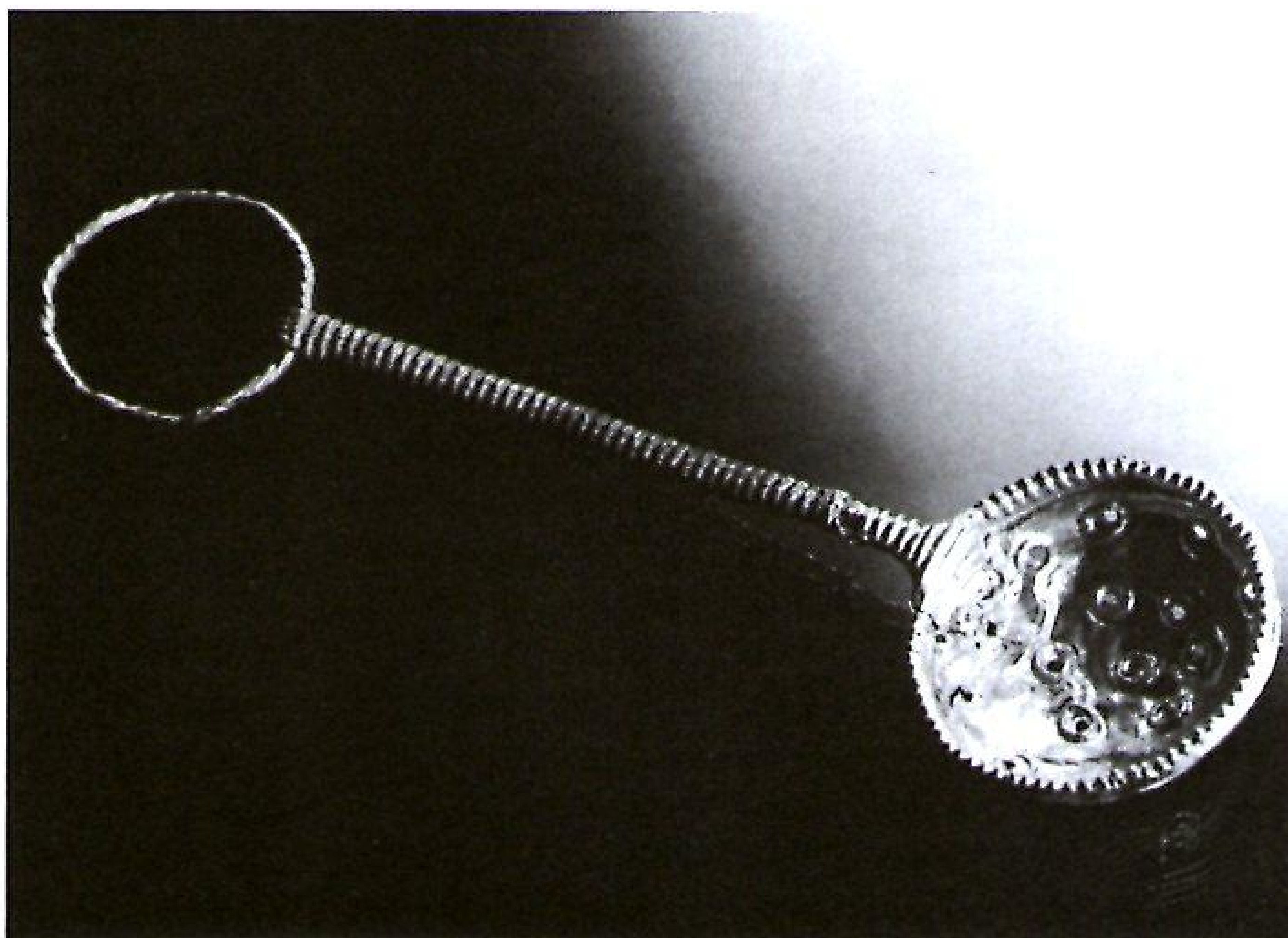
Arriba: Fragmentos de la cerámica más antigua proveniente de Heuneberg; trozos decorados según el estilo Alb Salem del Período V.



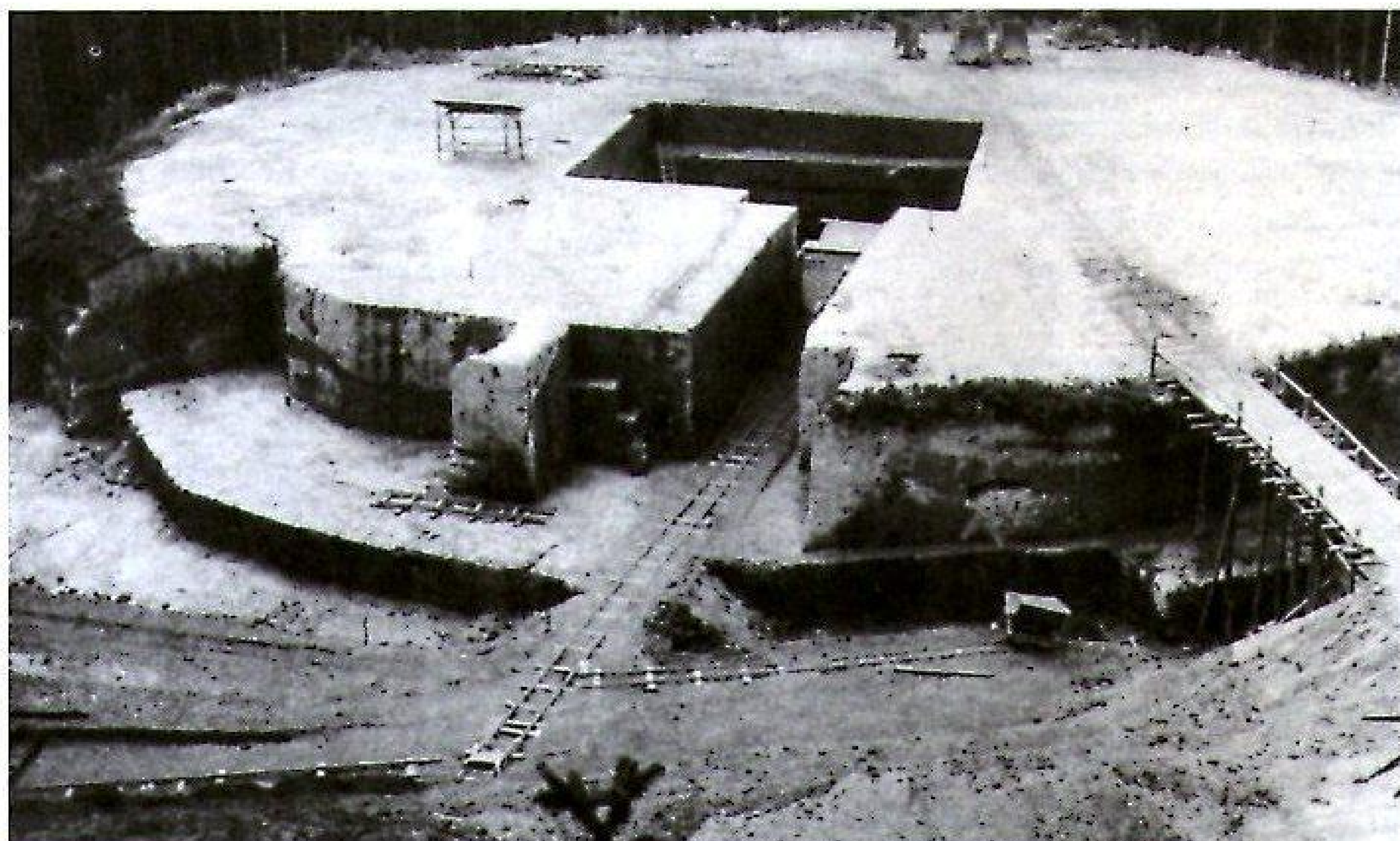


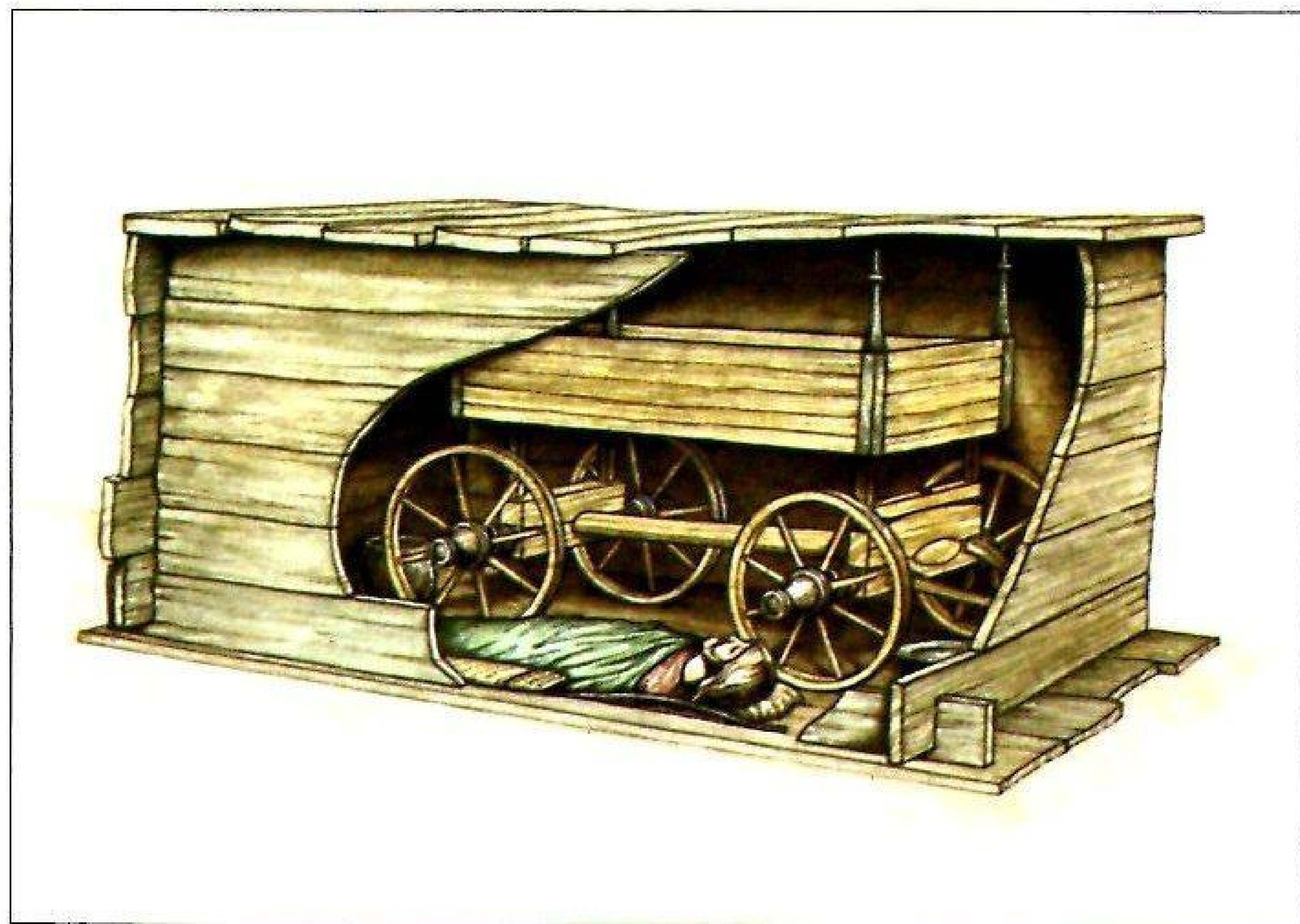
Arriba: Vasijas domésticas pequeñas, del período de la muralla de ladrillos de arcilla (IV). La excavación del interior de Heuneberg brindó la oportunidad, muy rara, de estudiar la cerámica doméstica de diario, usada en la época tardía de Hallstatt, y contrastarla con las piezas más especializadas, que casi siempre se asocian con los contextos funerarios.

Abajo: Entre los hallazgos más exóticos de Heuneberg está esta cucharilla de oro, agujereada como una espumadera, del Período IV de Hallstatt tardío.









Cementerio de túmulo de Hohmichele, campo de enterramiento de la nobleza halstática. Al oeste de la fortaleza de Heuneberg se alza la tumba Hohmichele (*arriba*), que todavía llega a los 13 m de altura y es el mayor túmulo de Europa central. Aunque antiguamente se saquearon los principales enterramientos, la excavación sistemática reveló, hacia el medio del túmulo, los vestigios de una cámara de madera (*centro*) en la que se había enterrado a un guerrero, según la tradición principesca de Hallstatt, en un carro fúnebre de cuatro ruedas (*abajo*). Entre los bienes funerarios se encontraron aperos de carros, arneses, un caldero de bronce laminado, restos de telas y un arco con un carcaj de flechas con puntas de hierro. La proximidad entre estas tumbas principescas y la fortaleza sugiere una relación comparable a la del enterramiento de Vix, junto a la plaza fuerte de Mont Lassois, o a la de Hohenasper, cerca de Stuttgart, con sus tumbas asociadas de Klein Aspergle, el Römerhügel y el Grafenbühl.

Capítulo sexto: Europa céltica en el umbral de la historia



La transición de la cultura de Hallstatt a la de La Tène no fue abrupta, no produjo ninguna ruptura en la disposición de los poblados ni en los ritos de enterramiento. La ocupación de fortalezas halstáticas tardías, como la Heuneberg, continuó a lo largo de la fase I de La Tène (siglo V a. C.), en tanto que en Les Jogasses, el cementerio de la fase temprana de La Tène está contiguo a su predecesor, halstático tardío. Por tanto, no necesitamos invocar ningún impulso externo nuevo de importancia para explicar los cambios de la cultura material ni la aparición del estilo artístico de gran vigor que, por lo común, se asocia con la cultura La Tène de la segunda mitad del primer milenio. La era de esta cultura representa la culminación de la madurez celta, notable por la maestría certera de sus artesanos, la magnificencia de sus tesoros de oro y plata, la riqueza de sus enterramientos principescos y la escala de sus fortificaciones robustas. A través de fuentes documentales casi contemporáneas, podemos ver todo esto como producto de una sociedad de rígida estratificación, en la que sacerdotes y bardos desempeñaron un papel tan vital como el de los jefes y la nobleza. Los elementos culturales abstractos y las agrupaciones de la prehistoria más antigua aparecen, durante esta etapa, en carne y hueso, a través de los nombres de personas cuyas costumbres eran conocidas por sus vecinos meridionales, los griegos y los romanos, a veces en informes imprecisos de viajeros y comerciantes, otras, de primera mano, cuando los celtas caían sobre los grupos civilizados del sur.

Italia y Europa central. Ya hemos anotado que, hacia principios del siglo V, la supremacía comercial de la colonia griega de Massilia se había enfrentado con el reto del comercio transalpino que propiciaban los etruscos, quienes llegaron a eclipsar a los griegos del Mediterráneo. La influencia etrusca era poderosa en el norte de Italia y controlaba los puertos alpinos y sus salidas hacia Europa central y occidental. La cerámica de cuerda, inspirada en modelos meridionales, aparece en contextos contemporáneos (período I) en Heuneberg y, sin duda, las conexiones del norte itálico con Europa central llevaron, a través de los puertos alpinos, las vasijas de cuerda, en forma de pera y con pedestal, a la más reciente cultura Hunsrück-Eifel del curso medio del Rin. Hacia el siglo V, cada una de las tres culturas itálicas septentrionales citadas en el capítulo anterior incluía entre los bienes fúnebres vasijas de cuerda, junto a otros tipos elaborados que distinguen sus fases tardías. En Bolonia, representa este período el cementerio de Certosa, donde se desenterraron distintos tipos de trabajo en metal; uno, como el cubo de cuerda, derivado de formas previas; otro, como la característica jarra de vino con un pico vertedor (jarro de pico o *Schnabelkanne*); ambos, en esencia, son producto de talleres etruscos. La cerámica importada, primero la ática de figura negra y después la de figura roja, es testimonio de un comercio floreciente con Grecia, en tanto que la sítula de bronce del cementerio de Certosa, con su elaborada decoración de bullas, indica una tradición continuada del arte sítula y conexiones con las comarcas situadas al norte del Po y en los Alpes orientales. Por último, la fase Certosa de Bolonia señala la aparición de un nuevo tipo de fíbula, a la que se llama con el nombre del cementerio y se distingue por su cierre más ancho, cubierto por un botón o pie protuberante.

Los broches Certosa aparecen en Este también, por primera vez en la segunda mitad del siglo VI (fase 3 D1 de Peroni), y en Golasecca, al noroeste, se introdujo una forma desarrollada (aquí, en la fase 3 A1) a la vez que los jarros etruscos de bronce que, a fines del siglo V, dan lugar a imitaciones locales como las de la región del Ticino. Del siglo V es el enterramiento más tardío de un jefe, el de Ca'Morta, que entre sus bienes fúnebres incluye una jarra para el vino con vertedor y un broche Certosa, además de un vaso ático de figura roja, técnica que determina con seguridad la fecha de mediados de siglo para este vaso. La forma de este enterramiento con un coche de cuatro ruedas o carruaje fúnebre recuerda la costumbre de los aristócratas de la época halstática anterior. Sin embargo, el resto de los objetos es muy semejante al de las tumbas de señores que pertenecen al período temprano de La Tène, al norte de los Alpes, al que ahora dedicaremos nuestra atención.

Hacia el siglo V a. C., la importante producción de sal de los Alpes orientales, y la riqueza con ella relacionada, pasó al parecer a Dürrnberg-bei-Hallein, a pocos kilómetros al noroeste de Hallstatt. Como en el caso de su antecesor, los principales hallazgos del centro de Dürrnberg proceden del cementerio vecino a la explotación de sal, custodiado desde el noreste por la atalaya del Ramsaukopf. En comparación con Hallstatt, el cementerio era pequeño; sólo se han excavado unas 60 tumbas, pero la riqueza de sus bienes fúnebres puede compararse con la del centro tipo más antiguo. Uno de los más ricos es el enterramiento de doble inhumación de la tumba 44. En la parte inferior se descubrieron los vestigios de un vehículo de dos ruedas, junto a una gran sítula de hombro alto, hecha de bronce laminado, de 88 cm de altura, un plato de bronce, un yelmo cónico de bronce con un extremo corto o protección

Página anterior: Jarras Lorraine. Estas jarras de vino procedentes de Basse-Yutz, a orillas del Mosela, con exóticos animales orientalizantes en las asas, eran posiblemente bienes fúnebres del enterramiento de un jefe de fines del siglo V. Museo Británico.

trasera, no muy distinto de piezas de principios de La Tène halladas en el Marne, y una «botella de peregrino» de bronce, con una base de cuatro patas en miniatura. La tumba también incluía el equipo de un guerrero, espada, pica, cuchillo y puntas de flecha y accesorios ornamentales quizá en su momento dispuestos sobre una vasija de madera. Sin embargo, con fines de datación, la clave del conjunto estaba en un pequeño vaso ático de dos asas, de fines del siglo v, hallado dentro de la sítula de bronce. Algo más arriba, en el mismo túmulo, había un segundo enterramiento, equipado con menos prodigalidad, pero provisto de espada, cuchillo y broches, incluido uno del tipo Certosa. Esta tumba también contenía tres vasijas de cerámica, entre ellas una pieza del tipo *Linsenflasche*, característica del período primitivo de La Tène, con un cuello delgado del tipo alcuza y cuerpo ensanchado.

No obstante, tal vez la pieza más conocida del cementerio de Dürrnberg sea una jarra de vino encontrada en otra tumba de carro en los primeros años de la excavación del centro. Aunque es una vasija única por la forma alargada de su cuerpo y por los detalles de su diseño, esta especie de botella tiene elementos figurativos y motivos ornamentales que son recurrentes en la metalurgia de esa época y se suman para dar su carácter peculiar al arte celta, en el que la vitalidad creativa y lo grotesco están inextricablemente fusionados. El cuerpo del recipiente está hecho de una sola lámina de bronce batida; su base, el borde y el asa de fundición son piezas separadas. Es característica el asa, que por ambos extremos remata en una pequeña cara humana, con ojos saltones y lentiformes y peinado con flequillo. La cabeza superior está aprisionada por una bestia horrible, cuyas facciones configuran protuberancias exageradas. En torno al borde hay otros dos animales más, de larga cola, cuyos hocicos, que parecen troncos, son una evidente derivación estilizada del tema de las bestias voraces del arte de las sítulas. A los lados de la base del asa hay un espacio calado hecho con formas curvas de S continuas, realzadas con puntos repujados y terminadas, al pie, con una palmeta simplificada, motivos que se repiten en la metalurgia ornamental del período antiguo de La Tène.

El estilo primitivo del arte celta. En su monumental estudio publicado hace cincuenta años, Jacobsthal llamó estilo primitivo a esta fase del desarrollo del arte celta. Se trata de diseños abstractos sobre todo simétricos, ya sean motivos geométricos simples, derivados de antecedentes de Hallstatt o bien tomados de vegetales y adaptados de modelos clásicos, que en ocasiones pueden reflejar también influencias orientalizantes, quizá herencia indirecta de fuentes mediterráneas. Entre los motivos vegetales griegos, las palmetas tienen una posición prominente en el repertorio de los artistas celtas; sus hojas compuestas a menudo se simplifican en sólo tres hojuelas o se subdividen para agregarse a otro diseño. Sin embargo, las palmetas no fueron el único ornamento del estilo primitivo: Jacobsthal, por cierto, se quejaba con desconsuelo de que para algunos estudiosos de la prehistoria todo eran palmetas. Las flores de loto, liras, espirales en S, dibujos de cuerdas (*guilloche*) y una variedad de derivaciones se combinan para producir un estilo característicamente celta, cuya dependencia de fuentes externas es secundaria. Las representaciones humanas y animales, a veces distorsionadas hasta lo grotesco en rostros del tipo sátiro o bestias de un mundo de fantasía, también son elementos reiterados en el estilo primitivo; en particular, las caras humanas se incorporan en composiciones geométricas abstractas de un modo que, con frecuencia, exagera su forma estilizada.

Estos temas ornamentales tienen sus exponentes máximos en las tumbas renanas de jefes del siglo v, donde los motivos florales predominan y donde el patronazgo aristocrático se concretó en la organización de talleres de maestros artesanos y escuelas de forjadores. Al mismo tiempo, los primitivos jefes de La Tène importaban a Renania vajilla griega, no de la mejor calidad pero de gran ayuda para datar esos depósitos antiguos de la cultura, la mayoría de los cuales provienen de excavaciones antiguas, como la de los enterramientos del túmulo de Klein Aspergle, cerca de la atalaya del Hohenasperg, de los que uno fue saqueado en la antigüedad y otro se abrió en 1879. Entre las piezas principales, se descubrió un par de fundas de cuernos para beber, de oro laminado, decoradas con franjas de simples diseños geométricos curvilíneos, en los que se entrelazan semicírculos de puntos repujados en una de las bases y un diseño de *guilloche* en la otra, y terminadas ambas con la clásica representación celta de cabezas de carnero. El enterramiento también descubrió una jarra de vino, distinguida en especial por la cara apotropaica de ojos salientes, sobre la base del asa, acompañada por una cara más pequeña, también de ojos saltones, en el extremo superior. Parte de la condición enigmática del arte celta primitivo es que esas curiosas máscaras pueden parecer a la vez cómicas y siniestras, según cómo se las mire. Como en la jarra de Dürrnberg, el borde de las vasijas de Klein Aspergle está ocupado por un par de curiosos animales, cuyos cuerpos se integran en la fijación del asa.

Entre los restantes objetos de metal de la tumba, hay un adorno para un cinturón, de oro, montado sobre una base de hierro y ornamentado con los típicos motivos del estilo primitivo, sobre todo una disposición de «comas» o «semillas de sicomoro», también en este caso resaltadas por

un fondo de puntos repujados. En este caso la composición del dibujo es simétrica, aunque a menudo la impresión de simetría es ilusoria. Una variante del motivo «semillas de sicomoro» también aparece en la lámina de oro que se agregó, al parecer, a un par de vasos áticos de dos asas en la tumba Klein Aspergle: uno, que representa a una sacerdotisa ante un altar, se fechó hacia el tercer cuarto del siglo V. Todo el conjunto es muy característico de este período y buena ilustración de los motivos de origen vegetal, bien ordenados, del estilo primitivo del arte celta.

El notable recurso de aplicar oro calado a las vasijas está ejemplificado en los complementos del cuenco de Schwarzenbach, tal vez pensados en sus orígenes para adornar una vasija de madera o de cerámica que no se conserva. La franja lateral se divide en dos secciones, superior e inferior, aunque las dos se integraron hábilmente para formar una composición equilibrada. Los elementos principales tienen motivos de lotos y derivados de palmetas –algunos pétalos están hechos de oro sólido y otros, definidos con caladuras– y pares opuestos de «semillas de sicomoro». Un friso estrecho de lotos se repite por debajo del borde y en el disco de la base, que también presenta una serie de trisqueliones curvilíneos. También en este caso, los elementos individuales están destacados con un elegante repujado de puntos. El conjunto del diseño demuestra la importancia que en el arte celta antiguo tuvieron el primer plano y los fondos, cuya interacción brinda un elemento de ambivalencia, faceta primordial del estilo.

Casi sin excepciones, estos depósitos espectaculares son resultado de descubrimientos que se hicieron en el siglo XIX o a principios del XX. Uno de los pocos parajes que se excavaron en tiempos recientes es el de Reinheim, aunque en condiciones de rescate, antes de que empezaran los trabajos de extracción de arena y grava, una circunstancia que podría denominarse típica. Los principales bienes fúnebres fueron una jarra para el vino con pico vertedor y dos sortijas de oro, ambas evidentemente del mismo orfebre; había también un torques de oro retorcido, con extremos de muy bien elaborada terminación, provistos de



Entre los bienes fúnebres de la tumba de un jefe en Klein Aspergle, Württemberg, se encontró un par de fundas de cuernos para beber, hechas de lámina de oro con ornamentación de estilo primitivo geométrica (*abajo, izquierda*), una jarra de pico para vino, de modelo itálico (*arriba*), y una *kylix* griega de fines del siglo V a. C. (*abajo*). Württembergisches Landesmuseum, Stuttgart.

Página opuesta: Pilar de Pfalzfeld, estela fálica de cuatro caras procedente de Renania; presenta cabezas con lóbulos salientes, tal vez símbolo de divinidad o de realeza, rodeadas con ornamentación en relieve de estilo primitivo. Rheinisches Landesmuseum, Bonn.





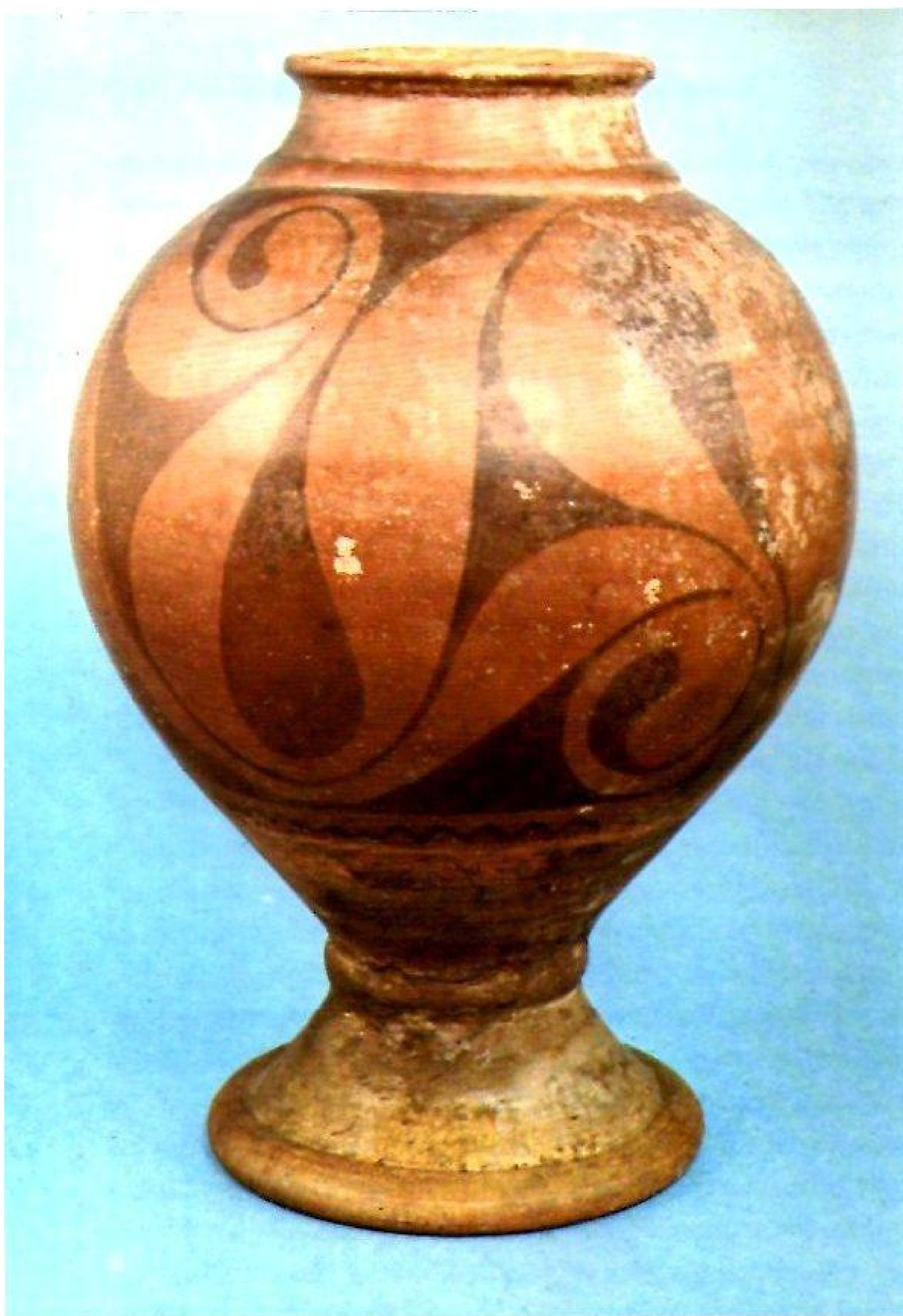


un par de botones por debajo de los cuales, a cada lado, parecen espiar caras diminutas con los clásicos ojos salientes, cejas pronunciadas y flequillo. Los mismos rasgos aparecen en las representaciones principales de los extremos del torques, también caras cuyos ojos prominentes se acompañan de cejas una vez más acentuadas, en una curva continua desde el nacimiento de la nariz hasta el tocado, que representa la cabeza y las alas semidesplegadas de un búho fantástico, melancólico y a la vez amenazante en su expresión. Un brazalete más pequeño repite los mismos temas, los botones extremos, las caras que espían y las cabezas principales con su tocado en forma de búho, aunque en esta pieza la elaboración de las figuras del adorno es mayor aún. En la jarra de Reinheim también destacan los rostros peculiares, colocados en los extremos superior e inferior del asa, como en otros casos. La cara inferior es fina y alargada, con ojos lenticulares delgados que le dan un engañoso aire oriental. La superior ilustra la práctica, nada excepcional en estas piezas, de hacer que una cara se una a la otra: en este caso, un benévolo rostro barbado se apoya entre los cuernos de carnero de la representación inferior. Aparte de los motivos figurativos, la jarra de Reinheim es notable por la riqueza de la ornamentación geométrica y fitomorfa grabada en torno a su cuello, cintura y pie.

Los artesanos celtas adornaron las jarras para el vino importadas, pero también las imitaron en sus propios talleres; quizá los ejemplares más bonitos sean las dos descubiertas por trabajadores de Basse-Yutz, a orillas del Mosela, conocidas en general como jarras Lorraine. No son idénticas, aunque es evidente que se trata de piezas del mismo artesano y es probable que procedan de la tumba de un jefe de fines del siglo V. El cuerpo de cada jarra está hecho de una sola pieza de bronce laminado, a la que se agregaron el asa, el borde y los animales del borde, hechos de fundición, por separado. Las piezas de adorno calado de la base y del cuello tienen una taracea de coral: en la primera, según un sencillo diseño de *guilloche* con ribete y en el cuello, en cambio, en una composición más compleja de meandros de cuadros y palmetas fragmentadas. El asa está formada por un animal semejante a un lobo, sujeto con una cadena por su maxilar inferior, de aspecto oriental por sus orejas puntiagudas y el pelaje hirsuto, cuya parte trasera desaparece, sin que se vean las patas, en la base del asa. La melena de esta bestia tiene la forma de una palmeta alargada y otra, doble, llega hasta la mitad del lomo; en la base del asa, aparece la infaltable máscara celta con ojos saltones, hechos de coral, mostacho y cejas exageradas. Los dos animales que se agazapan en torno al borde también son orientales en su ejecución, aunque el pequeño pato que flota, tentador, en el extremo del pico recuerda un rasgo halstático previo. Las jarras Lorraine dan un testimonio indiscutible de la maestría técnica y el gusto artístico de los forjadores de principios de La Tène.

El estilo primitivo del arte celta no está limitado al trabajo de los metales, aun cuando en él es donde mejor se expone. También la escultura fue un medio de expresión artística, en particular para cabezas estilizadas o de culto, como la figura de Jano procedente de Heidelberg, característicamente representada con un par de lóbulos foliados por encima de la cabeza, quizá un símbolo de divinidad o de condición sobrenatural. Los mismos lóbulos, tan peculiares, adornan los retratos del pilar de Pfalzfeld, una estela fálica, maciza, de cuatro caras, en cada una de las cuales hay una cabeza celta rodeada de volutas en relieve, en forma de S, y elementos de diseño derivado de motivos vegetales.

Mientras en Renania y en el Marne se desarrollaron motivos florales como componentes básicos del estilo primitivo del arte celta, al este, en Baviera, Bohemia y Austria,



Vaso con pedestal, con decoración pintada de líneas curvas; procede de la cultura La Tène de la región del Marne, norte de Francia. Museo Británico.

como lo demostraron Schwappach y otros, los exponentes del estilo primitivo prefirieron motivos geométricos simples, en los que el trabajo de compás configuró un elemento importante (el «estilo de arco» o *Bogenstil*). Si bien no está desprovisto de influencias meridionales, este estilo oriental probablemente refleja una continuidad subyacente de la fase Hallstatt previa, en la que predominaban los motivos geométricos simples. El uso de arcos entrelazados y diseños semejantes se puede ilustrar en la región oriental no sólo en el trabajo de los metales, como la botella de peregrino de la tumba 44 de Dürrnberg, sino también en la cerámica, como lo demuestran muchas vasijas del mismo cementerio. Sin embargo, esta doble división del ornamento del estilo primitivo no es rígida por entero ni una excluye a la otra: sin duda, hubo intercambios o, incluso, movimientos de artesanos entre las dos zonas.

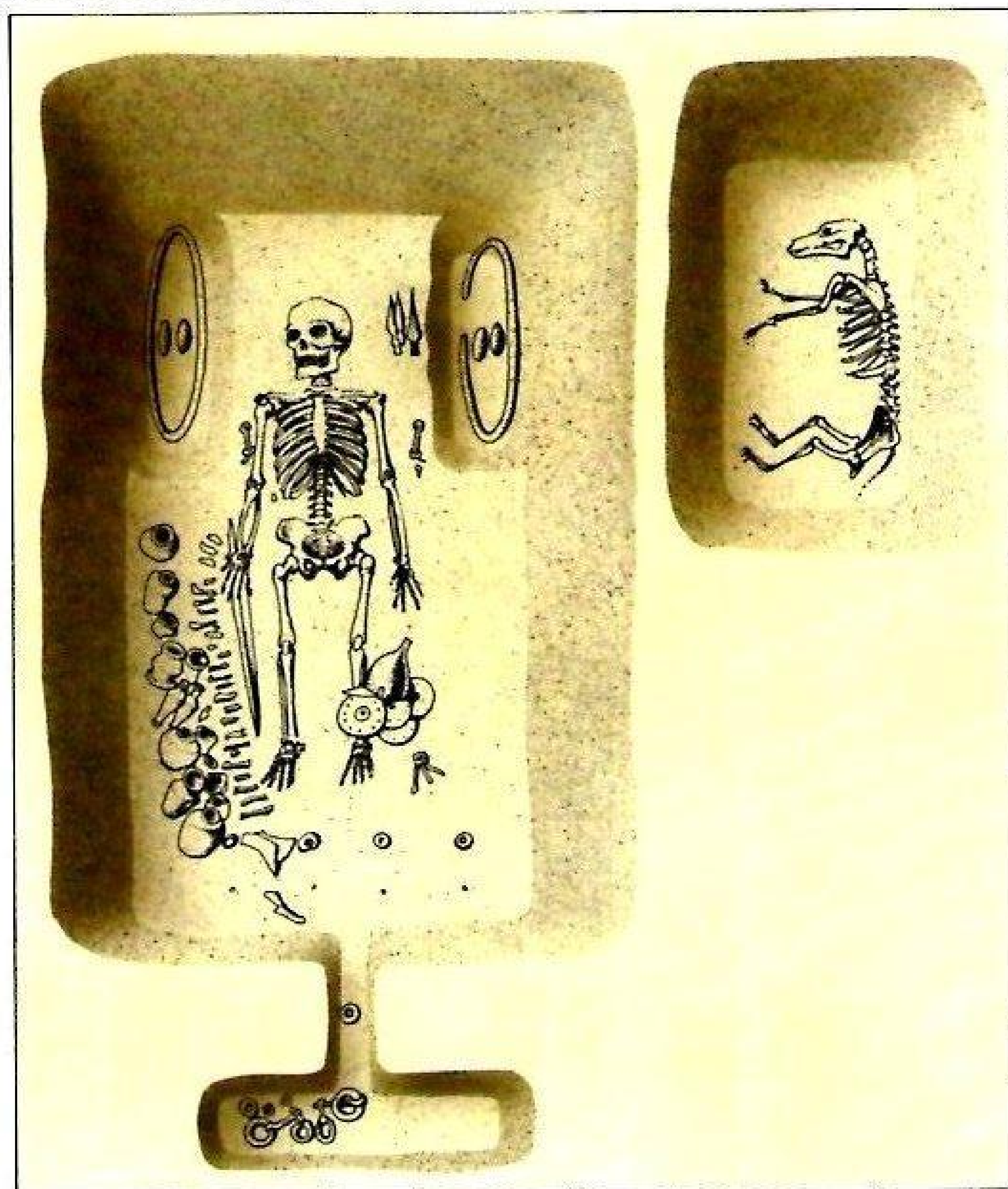
La cultura del Marne. Al oeste del Rin, la fase temprana de la cultura de La Tène tiene sus mejores testimonios arqueológicos en la comarca del Marne, donde los enterramientos aristocráticos de carro, con exóticos objetos importados griegos e itálicos rivalizan en esplendor, ya que no en número, con los de Renania. No obstante, aún se discute hasta qué punto la antigua cultura La Tène del oeste deriva de brotes de la cultura Hunsrück-Eifel. La propia práctica de enterramiento de carro, que tiene su ilustración óptima en los antiguos hallazgos de Somme-Bionne y Somme-Tourbe («La Gorge-Meillet»), no requiere estímulos externos, ya que los enterramientos con vehículo se conocían en la localidad misma de Les Jogasses. En 1877, cuando se excavó La Gorge-Meillet, se descubrió una tumba doble con una jarra itálica importada entre los bienes fúnebres; además, se encontró un yelmo cónico de buena calidad, con una protección corta para el cuello, muy semejante a la ya señalada de Dürrnberg-bei-Hallein, y ornamentado con diseños de zigzags rectilíneos ejecutados con líneas «en trémolo», además de una variedad de aperos de caballo, armas y cerámica. También Somme-Bionne contenía una jarra de pico y un vaso ático de figura roja, que fecha el enterramiento a fines del siglo V a. C. Entre la cerámica de la tumba, había vasos con pedestal y cuerpo en forma de pera, que sin duda indican la influencia cerámica de la cultura Hunsrück-Eifel. Estas vasijas en forma de pera (*vases piriformes*) poco a poco invadieron la comarca del Marne y luego suplantaron a las piezas más angulares (*vases carénées*), que caracterizan la fase inicial de La Tène en la región.

La disposición de las tumbas de carro, de las que se conocen más de cien en la Champagne, es especial. En varios casos, como las de Châlons-sur-Marne, Somme-Bionne y St-Clément-à-Arnes, la fosa no está cavada sólo para recibir la caja de madera, sino que tiene zanjas para las ruedas y también para la vara y el yugo. Los propios enterramientos en general son inhumaciones amplias, y aunque los caballos no se enterraban normalmente con el vehículo, su presencia está idealmente evocada por la inclusión de bocados de frenos acodados de tres eslabones y otros elementos del arnés. De hecho, en Villeneuve-Renneville había enterrado en una fosa independiente un caballo y en todas partes se descubren huesos de caballo en enterramientos tempranos de La Tène. También están registrados en Gran Bretaña enterramientos de caballos, pero son casi desconocidos en el resto de Europa occidental.

Los enterramientos de carro de la cultura Marne, como las tumbas de los jefes renanos, sólo son representativos de un nivel social muy selecto. La forma más común de enterramiento, ejemplificada en el cementerio de la fase temprana de La Tène de Les Jogasses, era la de tumbas llanas con muy pocos bienes fúnebres. A veces esas tumbas, ais-

ladas o en grupos pequeños, estaban rodeadas por un foso, en forma de cuadrado o al menos de cuadrilátero. La tierra sacada de esos fosos se habrá amontonado en un montículo bajo en medio del conjunto, pero el arado debe haber destruido toda huella de túmulo. Fueran cuales fuesen los orígenes de esta forma de enterramiento –y los recintos rodeados de fosos, cuadrados o rectangulares (*Viereckschanzen*) tienen una muy amplia aplicación en el culto en Europa central durante los tiempos de La Tène–, es evidente que se conservó en Champagne hasta el período de la conquista romana. En contraste con la rica información obtenida en cementerios y enterramientos del Marne, poco se sabe de los poblados del período de La Tène en esta parte de Francia, o en cualquier otra. Las excavaciones de Chassemy, en el Aisne, revelaron los pozos para postes de una casa de madera rectangular, de unos 10 m de largo, dispuestos en una línea doble distinta de lo que es el esquema centroeuropeo normal. Más o menos contemporánea de la casa de Chassemy, se encontró otra de planta circular, de 5 m de diámetro y cavada en el suelo, en Berry-au-Bac, también a orillas del Aisne, pero algo más al norte. Es obvio que ambas tradiciones de construcción coexistieron, al menos en la Europa atlántica, durante toda la Edad del Hierro, aunque se necesitaría llevar adelante mucho más trabajo de campo para llegar a determinar de veras la naturaleza de los centros no fortificados, que se alzaron en el oeste del continente europeo.

Enterramiento de un guerrero de principios de La Tène, hallado en Châlons-sur Marne, con vestigios de un carro de dos ruedas y de arneses de caballo. Según Bretz Mahler.



La cultura Arras en Gran Bretaña. En Gran Bretaña la situación es casi exactamente la inversa. En su mayor parte, el testimonio de un rito de enterramiento uniforme a comienzos de la Edad del Hierro está ausente por entero y nuestro conocimiento de las culturas insulares se obtuvo casi exclusivamente de la arqueología de poblados a los que, durante muchos años, se sometió a una investigación intensa y fructífera. La única excepción notable es Yorkshire oriental y sus límites, donde se conoce una clase distintiva de cementerios, cuyos montículos con fosos cuadrados están en visible relación con los de Champagne. En realidad, también se reconocieron enterramientos con fosos circulares, como resultado de la prospección aérea reciente, pero predominan las formas cuadrangulares. También se conocen en Yorkshire oriental los enterramientos de carro, donde presuntamente fueron un rito de grupos sociales altos y aparecen en grandes cementerios de túmulos, como el de Arras, en la parroquia de Market Weighton y en Danes Graves, cerca de Driffield, ambos ampliamente investigados en el siglo XIX.

El único enterramiento de carro que se excavó en tiempos modernos es el descubierto hace poco en Garton Slack, en Wolds oriental. Además de bocados de caballo, anillas de arneses y para las riendas, el difunto tenía una provisión de carne de cerdo, lo que recuerda depósitos semejantes en tumbas tempranas de La Tène, en todos los puntos de Yorkshire oriental y de Champagne. Los enterramientos de la cultura de Arras son lo bastante distintivos como para justificar la deducción de que se introdujeron en Gran Bretaña a través de grupos inmigrantes. Sin embargo, Stead ha señalado que el grupo de Yorkshire delata diferencias significativas respecto de enterramientos de Champagne: por ejemplo, sus carruajes están casi siempre desmantelados y entre los bienes fúnebres no hay cerámica ni armas. Por tanto, es difícil establecer con seguridad cuál fue en el continente el punto de origen de los colonizadores de Yorkshire oriental y, asimismo, datar su llegada a Gran Bretaña. La mayor parte de las tumbas de la cultura Arras pertenecen a los siglos III a I a. C. y, aparte del broche Cowlam, no hay mucho para fundamentar la inmigración inicial en una fecha tan temprana como la de La Tène 1.

Además de este grupo cultural distintivo de Yorkshire, la región británica que está en contacto más directo con la corriente principal de La Tène 1 en el continente es el sureste de Inglaterra, donde en particular la cerámica muestra fuertes afinidades con la del Marne. De otra parte, la cultura británica de la Edad del Hierro de principios

y mediados de la fase La Tène conserva un fuerte sabor insular. Por ejemplo, las espadas largas, que se vuelven a introducir en Europa central y occidental durante La Tène 1, no reaparecen en Gran Bretaña hasta la siguiente fase, La Tène 2; igualmente, aunque los broches del tipo centroeuropeo «imperdible» son comunes en la etapa británica La Tène 1, la variedad continental La Tène 2 es muy escasa y está reemplazada por invenciones insulares, como la variedad llamada de aro abierto (*penanular*). Por tanto, después de una fase inicial de colonización, quizá no restringida sólo a Yorkshire oriental, al parecer las conexiones con el continente se volvieron mucho más indirectas, pues la tradición y la inventiva locales se fusionaron con estímulos exteriores, para producir un celtismo insular específico.

Las grandes migraciones celtas. Aunque pudo ser adecuado atribuir, en períodos anteriores de la prehistoria, todas las innovaciones de la cultura material, o casi todas, a un proceso de desarrollo localizado, sería difícil negar los movimientos de población que caracterizan el período expansivo celta desde el siglo V a. C. en adelante. Las fuentes documentales de los historiadores y analistas griegos y romanos pueden ser equívocas o contradictorias en detalle, pero en esencia las migraciones e invasiones que registran están fuera de duda. Livio recuerda que, según una tradición, en el reinado de Tarquinio Prisco, bajo la presión del crecimiento demográfico, los galos decidieron emigrar en masa: un grupo, al mando de Belloveso, atravesaría los Alpes para ir a Italia; el otro, con Segoveso a la cabeza, se encaminaría hacia las tierras altas de Bohemia. El primero derrotó a los etruscos en el territorio de los insubros y fundó allí una ciudad a la que llamó Mediolanum (Milán). El período al que Livio asigna la invasión inicial de Italia –hacia el 600 a. C.– parece demasiado temprano y una estimación más realista es la de Polibio, que escribe en el siglo II a. C. y sitúa la invasión hacia el 400. Está claro que todo el proceso podría haber sido una expansión acumulativa a lo largo de un período prolongado pero, en todo caso, culminó en una derrota desastrosa del ejército romano a orillas del río Alia en 390 a. C. –o en 387, en los registros griegos– y en el saqueo de la propia Roma a manos de los galos dirigidos por Breno, una humillación que no se vengaría hasta que los celtas fueran arrojados de la península itálica a principios del siglo II.

Los motivos de que los celtas invadieran Italia, aparte de la explicación dada por Livio, son oscuros, pero no hay muchas dudas acerca de que, en el siglo V, el comercio de los productos etruscos hacia las regiones transalpinas había abierto los pasos de los Alpes a un tráfico regular y ofrecía



Arriba: Solemne retrato que aparece bajo el asa de la jarra de Waldalgesheim; contrasta con las figuras apotropaicas de ojos saltones comúnmente representadas en el arte celta. Rheinisches Landesmuseum, Bonn.

Abajo: Adornos de oro con ornamentación curvilínea entrelazada; provienen de la tumba del jefe de Waldalgesheim, en Renania. Esa decoración caracteriza el estilo desarrollado de La Tène en la Europa celta. Rheinisches Landesmuseum, Bonn.



perspectivas de pillaje en el sur. Arqueológicamente, la presencia de los celtas de Europa central y occidental está bien testimoniada en la metalurgia de La Tène del valle del Po y del norte itálico. El territorio de los senones muestra una riqueza particular en asociaciones de La Tène, desde Bolonia hacia el sur, hasta la región que está al oeste de Ancona, donde en los cementerios de Montefortino y Filottrano se descubrieron objetos etruscos y otros importados de Ática, además de metales La Tène de fines del siglo IV. Los broches de La Tène se encuentran con cierta abundancia en el norte de Italia y hacia la fase 1b también aparecen en Este, más allá de la principal zona de asentamiento de los celtas cisalpinos, en el territorio de sus rivales vénetos.

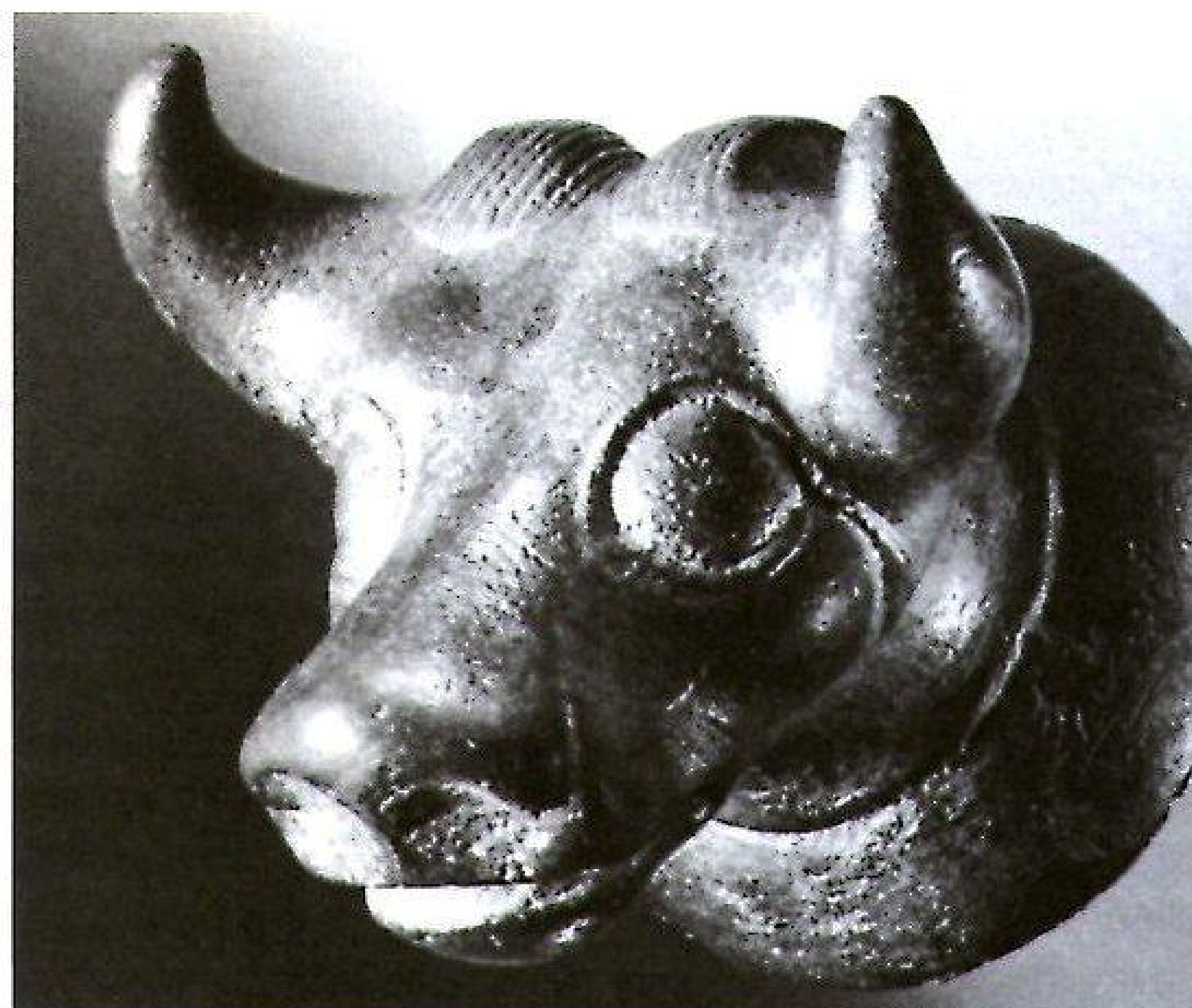
La segunda migración celta principal marchó hacia el sureste, aguas abajo del Danubio hasta Panonia y los Cárpatos, y por último hasta Grecia y Asia Menor. Ya hemos señalado el carácter occidental de la cerámica con pedestal y del yelmo de Dürrnberg-bei-Hallein, y es concebible que fuesen los bienes fúnebres de guerreros emigrantes hacia el 400 a. C. o una fecha aproximada. Sin embargo, la correlación entre testimonio arqueológico y literario para estos movimientos producidos en Europa central no es un asunto claro. Como resulta inevitable, nuestra principal fuente de información está en los cementerios, que no faltan para el período que va del siglo IV al II, divididos en dos grupos distintos, los de tumbas llanas y los de túmulos. Los cementerios de túmulos pequeños –muy diversos de las aristocráticas *Fürstengräber* (tumbas principescas) de Renania– se extendieron sobre todo al norte del Danubio, en Baviera nororiental y en el oeste y sur de Bohemia. Por el contrario, los cementerios de tumbas llanas son más frecuentes en el Rin y en Meno inferior, en Francia, en el curso superior del Rin y en los Alpes occidentales y desde allí, podemos suponer, siguieron hacia el este, donde aparecen concentrados en Bohemia septentrional y el curso superior del Elba; en Moravia se apiñan en torno a Brno y se diseminan con mayor amplitud, aunque con menor densidad, en Austria inferior y Hungría, hasta la lejana zona oriental del Tisza y sus afluentes. En muchas de estas tumbas se descubrió equipo bélico y quizá se podría pensar en bandas de guerreros emigrantes. Algunas, como las de Maloměřice, cerca de Brno, también contenían bellas piezas de metal ornamentado en el estilo celta (posterior) que Jacobsthal bautizó como estilo plástico. En especial, un juego de bronces calados, que se interpretaron como adornos de una jarra de madera, son notables por sus representaciones humanas y animales de calidad tridimensional y gran sensibilidad en el moldeado. Una de ellas, que representa un bovino siniestro con pesados arcos ciliares, exhibe esa característica celta de sumar dos animales en uno, ya señalada antes; en este caso, como lo observó Megaw, el segundo está visto desde atrás y desde arriba de la cara de primer plano y muestra a un ser de ojos diminutos con grandes mandíbulas abiertas.

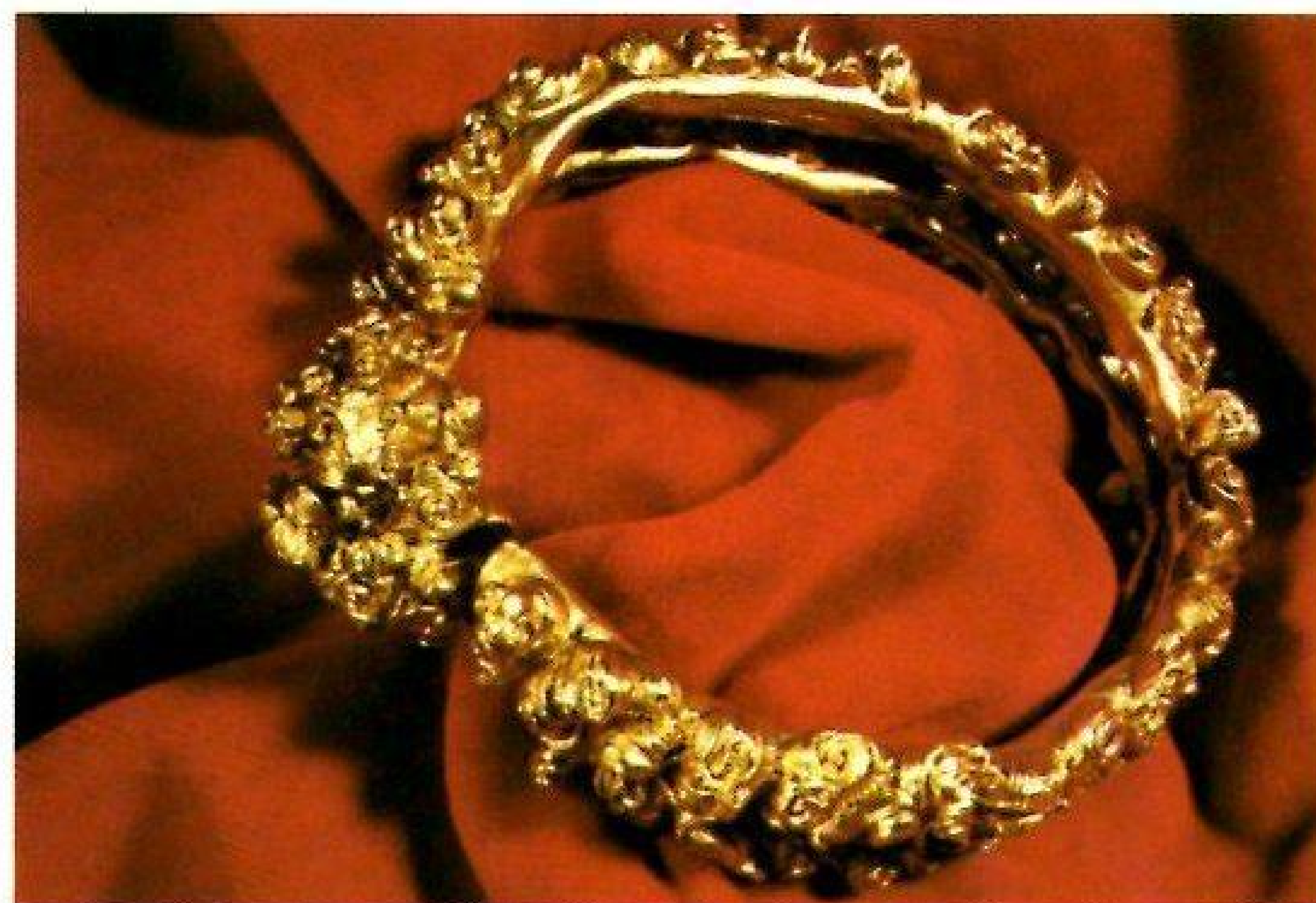
La expansión celta hacia el este apenas pasó más allá del Tisza, antes de separarse en su avance hacia el sur por Macedonia y Grecia, en parte quizá porque el curso inferior del Danubio y las regiones que rodean el Mar Negro por el norte estaban sometidas, hacia fines del siglo IV, a la influencia significativa de la culminación de las incursiones tempranas de los nómadas escitas, que habían llegado de regiones orientales. Sigue siendo tema de discusión el origen de los hallazgos escitas en Hungría y Bulgaria, menos ricos que los de los túmulos originarios del sur de Rusia, ya que algunos sostienen que indican la presencia de colonizadores, sea en la proporción que sea, y no son despojos ni resultado de comercio ni de trueques. De todas maneras, el descubrimiento de tesoros espectaculares como el de Vettersfelde, en Brandemburgo, implica que habían llegado a comarca tan occidental al menos los jefes escitas o los señores de la guerra de Europa oriental, si no hubo asentamientos de grupos mayores. El arte que en ellos se encuentra es fuerte y exótico, emplea temas jonios característicos, como las procesiones de animales representados en miniatura en el pez de Vettersfelde, dentro de un objeto de forma oriental extraña. Otra representación reiterada es la de un venado robusto, echado, con la cabeza vuelta hacia atrás y con una parte de su cornamenta acortada a un lado, en un intento de representación tridimensional. A pesar de la frecuente afirmación de que el arte celta debía mucho a las influencias orientalizantes, es sorprendente que, en el repertorio estilístico de los artesanos celtas, tan poca cosa parezca asimilada directamente del arte escita.

Desde la cuenca del Danubio y desde los valles de los ríos Drava y Sava, los celtas cayeron sobre el mundo griego a principios del siglo III. Los historiadores griegos los llamaron *Keltoí Galátai*, los gálatas del Nuevo Testamento. No se sabe con certeza por qué devastaron por completo Macedonia y Grecia, aunque los disturbios políticos del mundo griego, en esos momentos, se prestaban al pillaje y saqueo. Los registros históricos, cuya verosimilitud quizá se haya aceptado con excesiva libertad en este sentido, sugieren que los galos invadieron Macedonia en 280 a. C., en tres divisiones separadas, respectivamente al mando de Ceretrio, Bolgio y otro jefe que, como aquel galo que saqueara Roma en el siglo IV, se llamaba Breno. Este último fue el único que llegó a la propia Grecia, donde atacó por los flancos y dispersó al ejército heleno en las Termópilas. Desde allí se apartó con una tropa menor para

atacar y saquear Delfos, una campaña que terminó en desastre para los celtas y para Breno, de quien se dice que fue herido y se suicidó durante la retirada. A continuación los celtas fueron expulsados de Tracia y de Macedonia, en tanto que otros grupos galos atravesaban el Helesponto en dirección al Asia Menor, donde continuaron devastando y saqueando hasta que, en 276, quedaron detenidos y se asentaron en la región que circunda a Ankara y que pasó a llamarse Galatia. Sea cual sea el grado de veracidad de estas tradiciones –en las que los detalles de los acontecimientos singulares, en especial el número de hombres de los ejércitos galos, sin duda están distorsionados–, lo cierto es que durante los siglos IV y III a. C. se produjeron las amplias migraciones celtas por toda Europa central y suroriental, que hicieron estragos en las civilizaciones meridionales griega y romana. La reiteración de los nombres tribales, como el de Tectosages, desde el sur de Francia hasta el Danubio medio y Asia Menor, han de reflejar la movilidad de las bandas celtas y su capacidad para conservar una identidad tradicional, aunque se viera fragmentada por la migración y menoscabada por las derrotas bélicas.

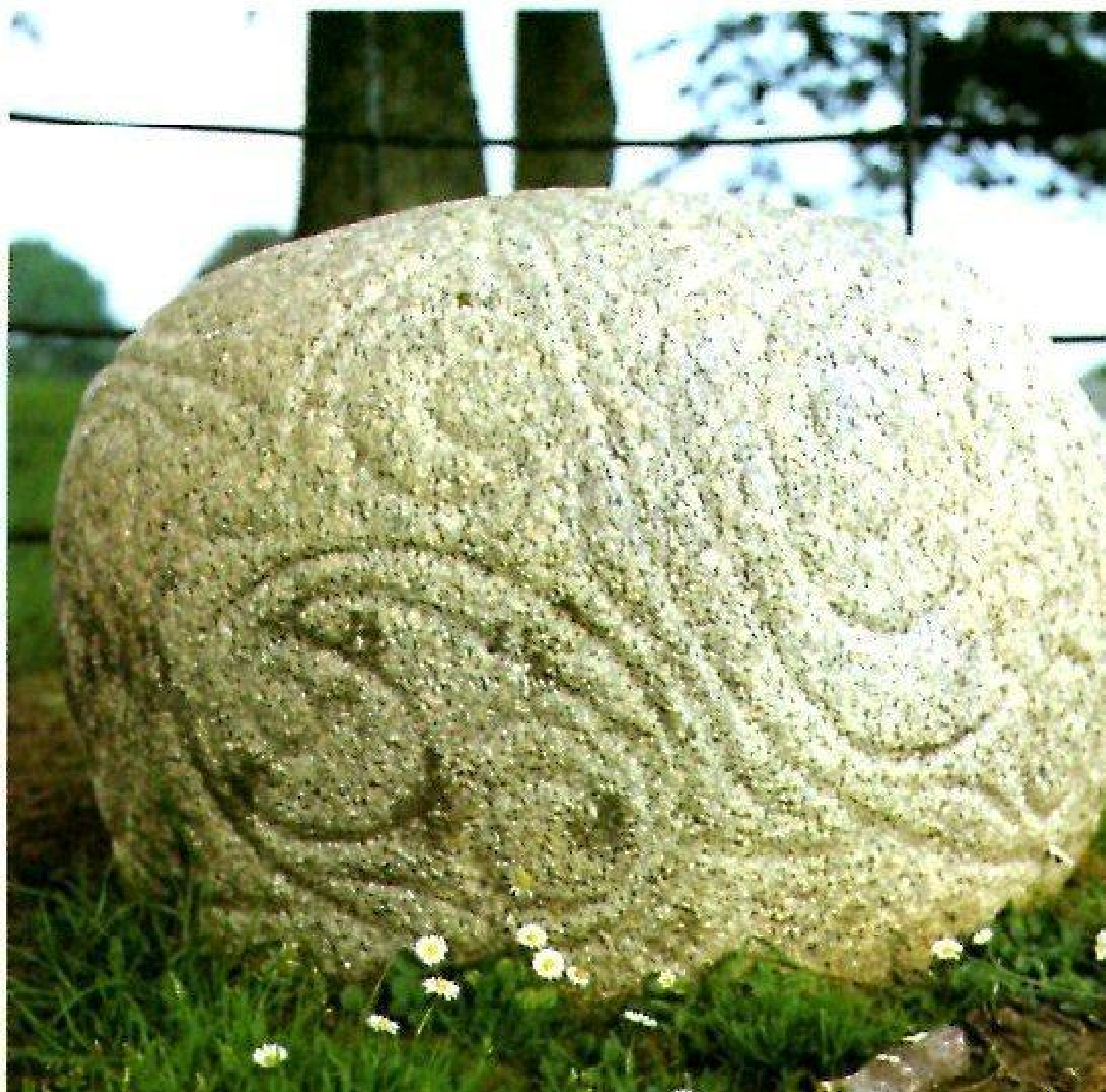
El estilo artístico Waldalgesheim. Entre tanto, en Europa central, hacia mediados del siglo IV, los artistas y artesanos celtas desarrollaban una nueva y más libre expresión ornamental curvilínea que, para muchos estudiosos del período, llegó a caracterizar la madurez del arte celta prerromano. Jacobsthal bautizó a este estilo tan desarrollado con el nombre de la localidad renana donde se excavó la tumba de un jefe guerrero: Waldalgesheim; allí se encontra-







Piedra Turoe, del condado de Galway, Eire (*izquierda*), está decorada en relieve con diseños curvilíneos que recuerdan el estilo continental Waldalgesheim y, como su equivalente de Castlestrange, en el condado de Roscommon (*abajo*), probablemente sirvió como estela ritual o funeraria.







Caldero Brå, de Jutlandia oriental, una gran vasija ceremonial cuya capacidad era de unos 600 litros; está decorado con cabezas de animales, en las que la expresión benévola de los toros (*arriba, izquierda*) contrasta abiertamente con la de los búhos malignos (*arriba*). Museo Nacional de Copenhague.

Página opuesta: Torques de oro Aurillac, procedente del sur de Francia; ilustra la manifestación occidental exuberante del estilo plástico tardío del arte celta. Biblioteca Nacional de París.

Derecha: Cabeza esculpida de Mšecké Žehrovice, en la antigua Checoslovaquia; muestra los rasgos característicos del arte figurativo celta: ojos saltones, cejas que terminan en un rizo y peinado con flequillo, además de la representación de un torques, posiblemente símbolo de rango o incluso de divinidad. Museo Navodni, Praga.

ron sortijas ornamentadas y torques de oro que, es evidente, son obra de un maestro artesano. En realidad, como demostraron Frey y otros, el de Waldalgesheim no surgió en forma directa del estilo primitivo, como sostenía Jacobsthal. Este último estilo se proyecta hasta tiempos posteriores al siglo IV a. C., pero geográficamente el Waldalgesheim apenas si se superpone a alguna de las ramas de su predecesor, excepto de un modo ocasional en Renania y en la región del Marne, con mejores representaciones en Württemberg y Suiza, Austria y puntos dispersos de la antigua Checoslovaquia. Esto no significa que el propio estilo Waldalgesheim no absorbiera motivos e influencias del mundo clásico, pero en su caso se transformaron en parte del repertorio de los artistas celtas, y las piezas individuales que pueden implicar una relación de secuencia directa entre el estilo primitivo y el Waldalgesheim son raras; el énfasis del segundo está en las volutas colgantes cuyo efecto de relieve, como se ve en el torques del yacimiento tipo, se acentúa porque los lazos se entrecruzan unos con otros, en lo que los estudiosos de la prehistoria, en términos coloquiales, denominan ornamentación «espagueti» o «guisante». En realidad, el torques y los brazaletes de Waldalgesheim aún presentan palmetas y pequeñas caras de ojos saltones y cejas prominentes. Pero las palmetas y las cejas hirsutas, en este caso, integran el movimiento curvilíneo fluyente de todo el diseño, mientras los ojos mismos se completan e integran en los extremos de las volutas.

Entre los bienes fúnebres de la tumba mencionada, también había una jarra de bronce con pico, de tipo muy semejante a la de Reinheim y ornamentada en todo su perímetro con volutas en forma de S entrecruzadas, unas incisas y las otras de puntos. En la base del asa se ve una cara de realismo poco corriente, distinta de la máscara apotropaica habitual, algo así como el retrato de un gobernante benévolo, aunque todavía quizá sobrehumano, según parece indicar la corona de hojas que lleva. El objeto fundamental para la datación del conjunto de Waldalgesheim es una sítula de bronce importada, un producto itálico meridional

de influencia griega fechado hacia mediados del siglo IV, que presenta debajo de sus asas un diseño muy elaborado, a su vez derivación del motivo de palmetas.

El desarrollo del nuevo estilo del arte celta está demostrado también por el yelmo que, en 1861, se sacó del Sena en Amfreville-sous-les-Monts: está hecho de bronce y hierro, adornado con hojas de oro e incrustación de esmaltes. De sus franjas de motivos ornamentales, los circulillos repetitivos y las «olas con cresta» son sin duda arcaicos, aunque las secuencias visibles tratan de ir hacia una expresión más libre del estilo curvilíneo. La franja superior es un poco mecánica en la unión de los trisqueliones, alternativamente invertidos en una serie enlazada; la franja inferior logra el efecto de giro de las volutas con mayor sutileza y confianza, de un modo que Megaw describió como la «irracionalidad certera» del estilo celta maduro.

El estilo Waldalgesheim, es obvio, inspiró a los artesanos celtas de ambos lados de los Alpes y desde Bohemia y Hungría por el este, hasta Francia y Gran Bretaña en el oeste, aunque la influencia los últimos, en el mejor de los casos, tendría que verse como secundaria. El principal de los ejemplos itálicos es el torques de Filottrano, que algunos consideran como pieza salida de las propias manos del maestro de Waldalgesheim y otros, como producto de un artista menor familiarizado con el trabajo de esa escuela. Una cantidad de broches suizos recuperados en el cementerio de Münsingen y en otros sitios presentan el ornamento de volutas retorcidas o giradas característico del estilo, como se advierte en un ejemplar procedente de Duchcov, en Checoslovaquia, un yacimiento que dio el nombre de *Dux* al broche tipo de fines del siglo IV. En el oeste atlántico, presentan los ejemplos más fascinantes de este estilo celta maduro las piedras de Turoe, en el condado de Galway, y Castlestrange, en el condado de Roscommon, cuya función, con toda probabilidad ritual o ceremonial, habrá sido comparable a la del pilar de Pfalzfeld de Renania.

El «estilo plástico» del arte celta. Sin embargo, el estilo Waldalgesheim no debería verse como la única y ni siquiera como la más importante expresión de la madurez del arte celta europeo, aunque quizá sea el más sutilmente controlado. A principios del siglo III, la tridimensionalidad se exagera con una exuberancia que raya en lo barroco y,



Caldero danés Gundestrup, ornamentado con placas de plata que representan una variedad de escenas procesionales, rituales o ceremoniales; tal vez también reflejen episodios de una arcaica épica popular indoeuropea. Museo Nacional de Copenhague.



Mapa de las tribus de Galia y Britania desde fines del siglo II a. C. hasta la conquista romana.

muy claramente, en una serie de torques y brazaletes franceses, de los que los torques de oro de Fenouillet y de Aurillac están entre los más hermosos. Los botones y protuberancias de estas piezas están intrincados hasta un punto increíble y recuerdan los brotes arracimados sobre una rama o las espirales de una decoración culinaria exótica. Esta forma peculiar parece haber sido una manifestación occidental del estilo plástico, aunque un torques muy semejante, quizá exportado del oeste, se encontró en Gasic (antes Herczegmarok), cerca de Budapest. De ejecución menos intrincada, si bien de concepción igualmente barroca, son los brazaletes de bronce, de una sola pieza de fundición, con piñas de protuberancias que parecen puñados de bayas, de los que el de Ilvesheim es un ejemplo de excepción. Hubo otro tipo, que también tuvo una amplia distribución centroeuropea, cuyo diseño más pesado ha hecho pensar que se usó como adorno para los tobillos y no como brazalete. Está muy bien ilustrado por dos de ellos, provenientes de Klettham, Alemania meridional, compuestos por seis piezas fundidas semiesféricas, unidas por enlaces planos y estrechos y ornamentadas con una serie de protuberancias que parecen ojos saltones, rodeadas de curvas y espirales en relieve.

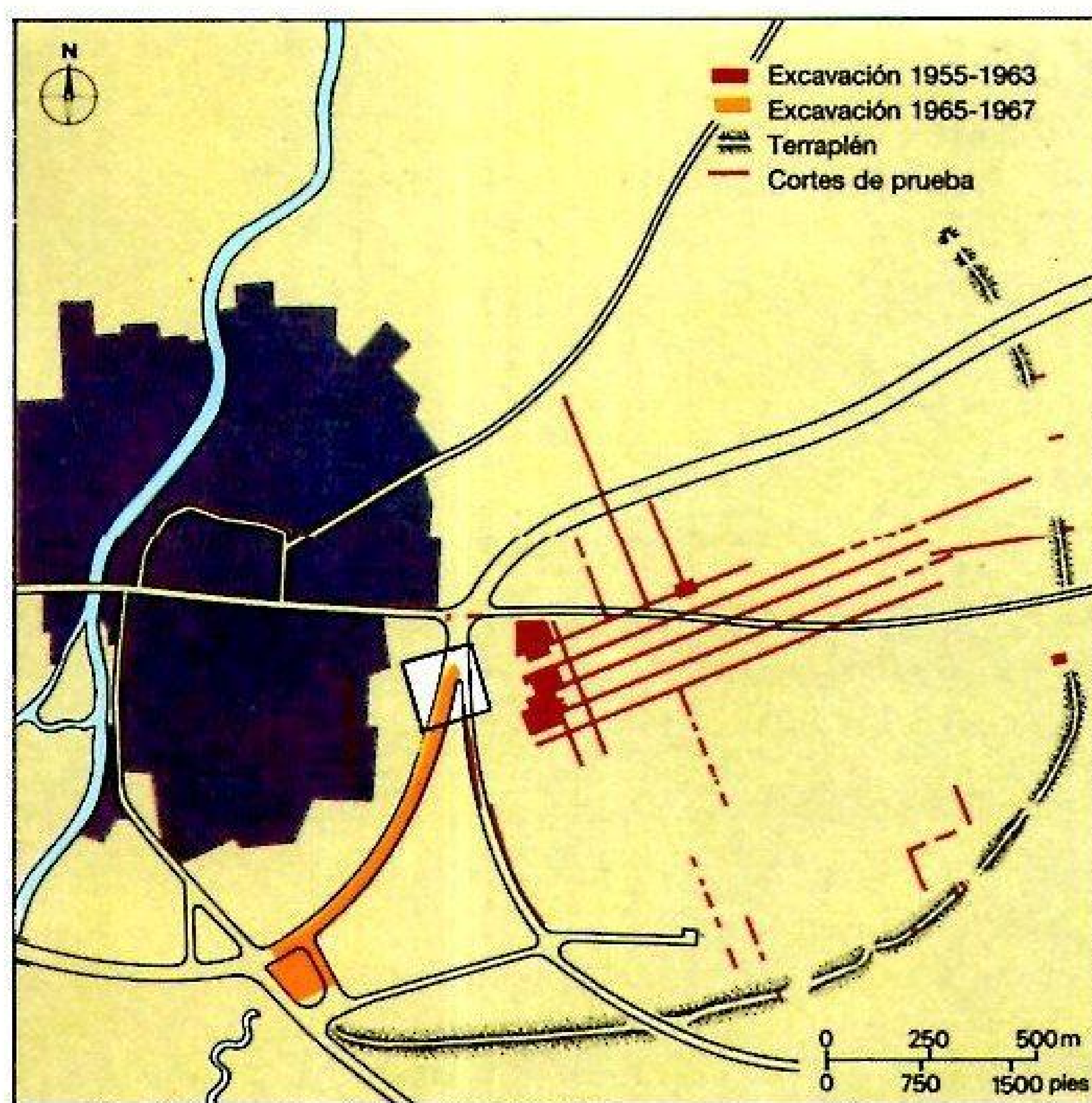
El carácter tridimensional del estilo maduro del arte celta no se limita a los diseños abstractos, sino que se refleja también en representaciones animales del siglo III a. C. El más famoso de los ejemplos europeos es el grupo de bronces del cementerio de Maloměřice, cerca de Brno, en la antigua Checoslovaquia, que ya señalamos como conectado con la expansión celta hacia el sureste (siglo IV). Estas cabezas animales pueden compararse ahora con las del caldero Brå, un hallazgo aún más notable no sólo por su tamaño extraordinario –se estimó su capacidad en unos 600 litros–, sino también por su localización en el este de Jutlandia, una comarca que está muy apartada de la zona inicial del asentamiento celta. El caldero, que mide 2 m de diámetro en su borde, originalmente tenía tres anillas a modo de asas, cada una de las cuales estaba flanqueada por un par de cabezas de toro, que miran hacia fuera. Las cinco cabezas de fundición conservadas no son idénticas, aunque cuatro se asemejan mucho; más que una representación naturalista, ofrecen una estilización y todas tienen la misma expresión benévola, algo asombrada, que se deriva en particular de los ojos grandes y moldeados. Sin embargo, por el lado interno de las tres anillas cambia por completo ese aire, porque desde allí miran, torvos, tres búhos malévolos, con salientes ojos lenticulares y amenazantes picos cortos. Ninguna otra pieza de artesanía celta, en este caso sin duda importada de Europa central, que esté en la tradición meridional de los calderos con grifos o leones insertos en el borde, presenta con tanta precisión como el caldero de Brå estos dos aspectos, el benigno y el maligno del arte celta.

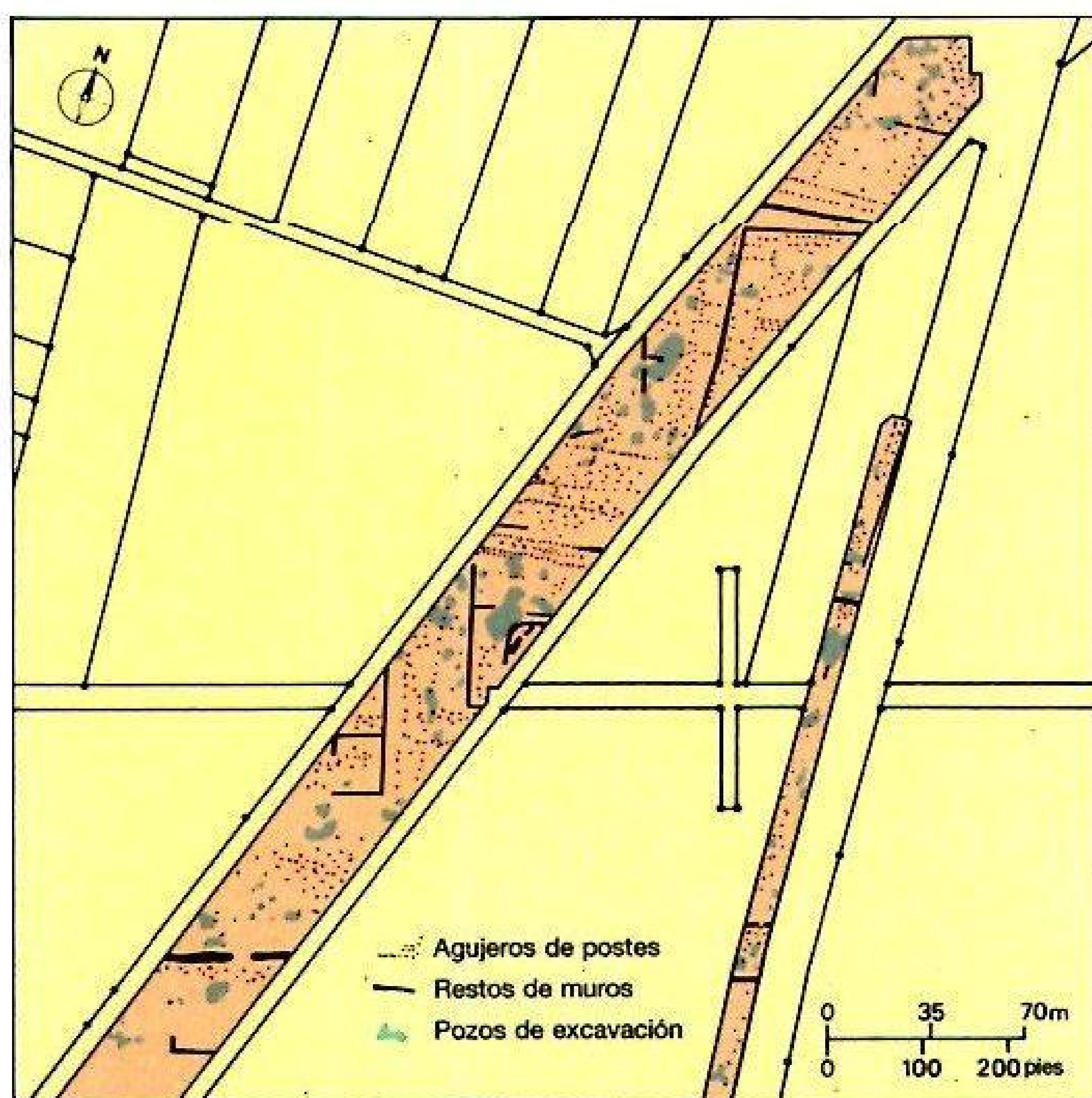
De las representaciones de la forma humana en el período de madurez del arte celta, quizá el ejemplo más notable es la cabeza esculpida de Mšecké Žehrovice, localidad de la antigua Checoslovaquia. A primera vista, podríamos considerar a esta pieza como una caricatura de dibujo animado, con las facciones exageradas de un coronel retirado dispéptico. No obstante, mirada en detalle, está dentro de la tradición de retratos estilizados de la fase temprana de La Tène; los ojos saltones y bien dibujados recuerdan los de la figura que se ve en la jarra Klein Aspergle, las cejas que rematan en curvas son comparables a las de las caras de las jarras de Basse-Yutz, el peinado con flequillo hace pensar en muchas de las cabezas en miniatura antes descritas, en tanto que el torques que lleva al cuello tiene sus paralelos en varias piezas posteriores de piedra y de bronce y, muy en especial, en el dios sedente del caldero plateado de la localidad danesa de Gundestrup. Quizá el aspecto más notable del arte celta sea, por

cierto, esta reiteración de motivo, tema y tratamiento a lo largo de más de medio milenio y desde la Europa oriental hasta la atlántica, dentro de un área que tiene que haber incluido una gran multiplicidad de territorios de tribus individuales. Esta unidad de espíritu, sin duda, es uno de los logros del mundo celta; según las palabras de Jacobsthal, el arte celta «se alza ante un fondo dramático de guerra y vagabundeo, aunque la habilidad y el refinamiento del trabajo no muestra rastros de ello, sino que refleja contactos múltiples con civilizaciones y artes meridionales y orientales: un suplemento precioso para la información escasa que sobre la historia celta primitiva brindan los escritores antiguos, el único e inestimable documento de la vida espiritual de los celtas en una época que carecía de literatura».

Celtas, romanos y galos transalpinos. Hacia fines del siglo III, el poder celta en tierras itálicas declinaba, a medida que la península y las islas caían, una tras otras, bajo la autoridad de Roma. Hacia el año 241, se expulsó a los cartagineses de Sicilia y, con el crecimiento del poder naval romano, Cerdeña y Córcega quedaron bajo el dominio romano. Tras poner su atención en el norte, Roma aplastó a los celtas en la batalla de Telamón (225 a. C.), que marca el fin de la presencia concreta de ese pueblo al sur de los Alpes. Sin embargo, aún tendrían que pasar otros tres decenios antes de que la humillación del saqueo de Roma fuera vengada por fin, con la derrota de los boios en 192, después de la cual este pueblo se retiró a la zona de Europa central que recuerda su presencia: Bohemia, la tierra de donde eran oriundos. En los años intermedios, se habían sucedido los acontecimientos que definieron las líneas de la expansión romana en Europa occidental: la segunda guerra púnica. Con la derrota de Aníbal (202 a. C.), Roma se aseguró el norte itálico y adquirió dos nuevas provincias hispanas: era sólo cuestión de tiempo que se anexara el sur de Galia, ya que constituía un corredor esencial entre la metrópoli y sus nuevos dominios. A mediados del siglo II, Massilia se veía sometida a la presión de las tribus galas de tierra adentro, por lo que pidió el apoyo de Roma para defenderse. Pero el alivio de la situación fue sólo temporal y, una vez más, hacia 125 a. C. se manifestaba el conflicto. La respuesta romana se dirigió sobre todo a los saluvios, para llevarles la derrota y el saqueo a su plaza fuerte de Entremont, al noreste de Aix-en-Provence, en el año 123.

El *oppidum* (plaza fuerte) de Entremont, al que Diodoro Sículo llama *pólis*, había sido una ciudadela ligur antes de que la infiltración celta en las regiones costeras diera el resultado de una amalgama cultural que Estrabón describía como celto-ligur. A mediados del siglo III, la ciudad se había expandido para ocupar el total de esa meseta de más de 3,5 ha, donde sus defensas nuevas, como las antiguas, eran robustas murallas de piedra que, en toda su extensión, se reforzaban con bastiones equidistantes y en saledizo. Las excavaciones revelaron una bien planificada disposición de edificios en el interior de la ciudad: casas de piedra –en su mayoría sin divisiones internas– apiñadas en grupos sobre calles que se cortaban en ángulo recto. Sin embargo, Entremont es menos notable por sus rudimentos de urbanización que por sus restos de ritual





celto-ligur, que al parecer proviene de su período de asentamiento primitivo. En la construcción del santuario se incorporó, procedente de alguna otra edificación, una columna en la que están representadas al menos una docena de cabezas degolladas. Dentro y a lo largo de la Vía sagrada adyacente, se descubrió una cantidad de cráneos humanos aplastados, que muestran los agujeros de los clavos con los que presumiblemente se colgaron. Además de este énfasis siniestro en el culto de las cabezas cortadas, las excavaciones de Entremont descubrieron un culto de estatuaria rica, que muestra figuras sedentes, por lo visto representadas con una mano sobre una cabeza degollada mientras la otra empuña un símbolo ritual.

Página opuesta: Plano de las fortificaciones de fines de La Tène en Manching, Baviera, capital de la tribu de los vindélicos.

Página opuesta, abajo: Zonas excavadas dentro del recinto fortificado de Manching; se ve la disposición rectilínea de las vallas y de las largas casas rectangulares construidas con postes.

Abajo: Monedas celtas prerromanas; anverso y reverso de dos estateras de oro galo-belgas. Museo Británico.



El saqueo de Entremont fue cruel y total a la vez. Las excavaciones revelaron piedras de ballesta de los ataques de la artillería romana y las puntas de hierro de las *pilae* romanas a lo largo de la carretera que entraba a la ciudad desde el noreste. El santuario mismo parece haber atraído toda la fuerza del ataque, por el número de proyectiles hallados dentro de sus muros. De igual manera, el santuario de Roquepertuse, al suroeste de Entremont, y también asociado con el culto cefálico, fue destruido por la misma época; podemos preguntarnos si las asociaciones rituales de estos centros se relacionaron, en alguna medida, con la ferocidad con que fueron defendidos y saqueados. Los refugiados de los vencidos saluvios huyeron hacia el territorio de los alóbroges quienes, según el relato de Livio, habían concertado una alianza con los arvernos y los secuanos contra los eduos, un pueblo favorable a los romanos. Los eduos pidieron a Roma el envío de apoyo militar, que se despachó a las órdenes de Cayo Domicio Ahenobarbo, quien exigió que los alóbroges entregaran a los saluvios refugiados en sus tierras. El resultado de su negativa a hacerlo fue la derrota de los alóbroges (121 a. C.). De inmediato se enviaron refuerzos al mando de Quinto Fabio Máximo, que se enfrentó al ejército de los arvernos, comandado por el rey Bituito; tras su derrota en combate, el monarca integró el espectáculo magnífico del triunfo de Fabio en Roma. Entre tanto, Domicio seguía en la Galia meridional y se ocupaba de crear la provincia de Galia Transalpina desde el Ródano hasta los Pirineos.

Si el fin del siglo II vio la pacificación de Galia meridional, en cambio no concretó la dominación de las tribus septentrionales. Poco después de 115 a. C., el sur europeo sufrió la invasión de cimbrios y teutones, tribus norteñas oriundas de Jutlandia y Schleswig-Holstein. En un principio, sus turbulentas andanzas quedaron en la impunidad, porque las fuerzas romanas sufrieron distintos reveses, que culminarían en la aniquilación de dos ejércitos consulares en Arausio –hoy Orange– en el año 105. No obstante, se dice que los derrotaron los boios, al parecer en algún punto de Bohemia occidental, en su avance hacia el sur, y después de un desvío a Hispania, donde los rechazaron los celtíberos, por último los vencieron Mario en Aquae Sextiae (102 a. C.) y Mario y Catulo en Vercellae, al norte de Italia, en 101. No está muy claro hacia dónde se dirigieron después de estas derrotas, pero en su dispersión, sin duda, algunos se habrán asentado con otras tribus de las que encontraron en su camino; el episodio es importante no sólo como una ilustración del dominio aún no invulnerable que Roma ejercía en Galia y las regiones alpinas, sino también porque medio siglo más tarde lo utilizó César para justificar sus ambiciones respecto a



Galia. Sin embargo, ahora hemos de apartar nuestra atención de las fuentes literarias y volver a los testimonios arqueológicos de la colonización de la etapa tardía de La Tène en Europa central y occidental.

Fortificaciones de la fase tardía de La Tène en Europa central y occidental. Entre los monumentos arqueológicos de la etapa tardía de La Tène en Europa tienen gran importancia los *oppida* fortificados que, a diferencia de las antiguas atalayas, a menudo abarcaron amplias superficies o promontorios naturales aislados de varias decenas de hectáreas; siempre tuvieron una distribución interna bien trazada, contemporánea de una planificación urbana creciente. Entre los ejemplos de Europa oriental, esos elementos están bien ilustrados en Staré Hradisko, una fortificación morava de unas 40 ha. El sitio se defendió con



Arriba: Escudo de Battersea, una de las más bellas piezas de la industria británica de armaduras de exhibición, datado a fines de la Edad del Hierro; tiene representaciones zoomórficas muy estilizadas entre los diseños curvilíneos de los roeles central y extremos. Museo Británico.

Página opuesta: Torques de oro cilíndricos, procedentes de Broighter, condado de Londonderry. La decoración, compuesta de motivos curvilíneos enroscados y del tipo trompeta, sobre un fondo de líneas entrecruzadas, sugiere afinidades con la escuela Snettisham-Ipswich de artesanos celtas, fechada en el siglo I a. C. Museo Nacional de Dublín.

Abajo: Torques de oro de Ipswich, Suffolk: las joyas de la aristocracia celta a principios de la conquista romana de Britania. Museo Británico.



obras perimetrales muy elaboradas, donde las murallas están revestidas de maderos verticales unidos por muros de piedra seca. Una calle de cantos rodados lleva a la ciudad, a través de una de las amplias entradas a modo de pasaje, cuya excavación mostró que estaba flanqueada por muros de piedra seca y tenía contrafuertes de piedra para un puente o un camino de ronda elevado, que permitiría a los centinelas patrullar sin sobresaltos a lo largo de la muralla y por encima de las puertas. Esta forma de accesos alargados, una característica de muchas plazas fuertes de la fase tardía de La Tène en el continente europeo, ha recibido el nombre de tipo *Zangentor* por su aspecto de tenazas en el dibujo de una planta. Dentro de la fortificación de Staré Hradisko, la excavación desenterró unidades de edificación divididas por una red de calles y cerrada por empalizadas o vallas de madera. Las casas eran rectangulares, en su mayoría de postes o vigas, aunque también aparece la forma de *Grubenhaus* subterránea. Los hogares, los hornos y las muelas dan testimonio de diversas funciones domésticas, en tanto que las actividades industriales incluyeron la herrería, la fabricación de cristal y la acuñación de monedas, una práctica que se esparció por la Europa celta hasta la segunda mitad del siglo II a. C. En este caso, las pruebas señalan que el período de ocupación más importante estuvo a fines del siglo I, aunque los orígenes del centro bien podrían ser algo anteriores.

Incluso se conocen en Bohemia poblaciones fortificadas mayores. Entre las fértiles tierras bajas labradas al norte y las tierras altas del sur, ricas en minerales, se alza el *oppidum* de Stradonice, cuyas dos murallas exteriores cubren una superficie de 80 ha. La investigación que se hizo en el siglo XIX reveló que en esta fortaleza, como en Staré Hradisko, las defensas se construyeron de madera y piedra, pero las excavaciones resultaron menos informativas en cuanto a pruebas estructurales, pero mucho más en cuanto a la riqueza de los restos materiales desenterrados, entre los que se incluían unas 200 monedas de oro, casi 700 broches, en su mayor parte del tipo La Tène tardía, cerámica pintada y de grafito y ánforas de vino y vasijas de bronce importadas de Italia, que tal vez indiquen que se comerciaba con el mundo romano y que dan un valioso dato cronológico para la ocupación de la ciudad. Al este de Stradonice, una serie de fortalezas se extiende hacia el sur, desde las cercanías de Praga hasta Vltava; las más conocida de todas ellas son las Závist, Hrazany y Trisov.

Algo semejante a las plazas fuertes de fines de La Tène se descubrió en el sur de Alemania, donde la excavación moderna de sitios clave en Baviera nos ha dado algunos de los mejores testimonios de la aparición de centros protourbanos en el siglo I a. C. Sin duda el más notable de





Arriba: Torques de electro procedente de Snettisham, Norfolk; está compuesto de ocho cuerdas separadas, cada una, a su vez, compuesta de ocho alambres individuales; sus terminaciones huecas están ornamentadas con diseños curvilíneos en relieve, sobre un fondo de líneas entrecruzadas. Uno de los remates contenía, originalmente, una moneda usada galo-belga del tipo D, del segundo cuarto del siglo I a. C. Museo Británico.

Página opuesta: Espejo Mayer; muestra el característico estilo del siglo I a. C. en Britania, que combina diseños curvilíneos con un fondo de líneas en bloques alternados perpendiculares. Merseyside County Museums, Liverpool.

ellos, y el que se investigó con mayor amplitud, es el de Manching, la capital de la tribu de los vindelicios, cerca de Ingolstadt. Las defensas perimetrales, 7 km de circunferencia, cierran un espacio que está al sur del Danubio junto al Paar, uno de sus afluentes, y se interrumpen en sus dos entradas originales, ambas del tipo *Zangentor*, en su sector sureste. La ocupación del *oppidum* data de la fase C de La Tène, continúa en la fase D y, probablemente, llega a su fin cuando Roma conquista la comarca, hacia 15 a. C. Las edificaciones y las calles expuestas por las excavaciones evocan algunos elementos de los *oppida* bohemios y moravos, incluidos los complejos vallados y las casas rectangulares construidas con postes, algunas de las cuales llegan a una longitud de 30 m o más. Los restos de utensilios indican que hubo actividades de herrería, carpintería, fabricación de cristal y manufactura de objetos de cuero en una escala importante, además de producción de cerámica decorada con pintura o con grafito. La acuñación de moneda sugiere un centro de importancia comercial y política muy grande y la importación de ánforas y bronces itálicos indica, una vez más, conexiones comerciales con el mediodía. En vista de la complejidad estructural de esas plazas fortificadas de las fases tardías de La Tène, y de la riqueza material que las excavaciones revelaron, es comprensible que César no llamara a Avaricum y a veinte de los poblados cercanos en el territorio de los biturijos simplemente *oppida* (plazas fuertes) sino *urbes* (ciudades).

Aunque no tomemos muy en cuenta las observaciones de César respecto de la etnografía de los galos, no hay duda de que observó meticulosa y agudamente las tácticas y las instalaciones militares de esos pueblos. Su descripción de la construcción del tipo *murus gallicus* de las murallas de Avaricum concuerda con los testimonios arqueológicos de los sistemas defensivos de la Edad del Hierro:

«Todas las murallas galas en general siguen esta construcción: se plantan en el suelo postes a dos pies [unos 60 cm] de distancia en toda la extensión de la muralla y perpendiculares a ella. Se los une por dentro y se cubren con cierta cantidad de tierra, mientras que los espacios intermedios que hemos mencionado se revisten por el frente con grandes piedras. Cuando estas piedras ya están en su posición y unidas, se añade otra hilera en la parte superior, para que se mantengan las distancias. Las maderas no se tocan, sino que se disponen con habilidad a intervalos regulares, mediante la inserción de piedras. Así se construye progresivamente toda la estructura, hasta que se llega

a la altura adecuada para la muralla. Esta obra no es desagradable por su aspecto y su diversidad, con sus vigas alternadas y las piedras que dibujan líneas rectas. Además, es muy apropiada para su uso y para la defensa de las ciudades, ya que la piedra la protege del fuego y las maderas de los embates del ariete, porque en una continuidad de maderos, que en general tienen cuarenta pies [casi 12 m] de longitud y están unidos por dentro, no se puede abrir brechas ni boquetes.»

Sin embargo, no todas las atalayas ni las plazas fuertes de Galia tuvieron, al parecer, este diseño. En realidad, esta forma de amurallamiento sigue el esquema de las fortificaciones de las primeras fases de La Tène y de Hallstatt y, es evidente, resultaba vulnerable al asalto con máquinas de asedio una vez que se rellenaba el foso. Por cierto que el aumento del uso de piedra en la cara frontal y la incorporación de maderos longitudinales y transversales en el centro del *murus gallicus* clásico podrían haber sido adaptaciones, hechas en la época tardía de La Tène, de una tradición arquitectónica anterior, como respuesta al uso táctico romano de proyectiles y arietes. Pero, al parecer, las tribus de la Bélgica gala adoptaron un artilugio más eficaz –aunque de estructura más simple–, el de una gruesa muralla irregular con un foso muy ancho, que en arqueología recibe el nombre del asentamiento tipo, el de Fécamp, sobre el Sena inferior. La anchura del foso, por supuesto, entorpece el tendido de un puente, mientras que la falta de una fachada vertical en la muralla dificulta el uso de las torres de asalto. Puede que este tipo de muralla no haya sido exclusivamente belga, aunque parece ser que en esta comarca fue donde César comprobó su eficacia. También en el sureste británico, una región colonizada desde la Bélgica gala en algún momento anterior a las campañas que dirigió César en los años 55 y 54 a. C., el sistema pudo haber estado en operación en centros como Oldbury, en el condado de Kent, entre otros.

Britania y los belgas. Todavía están envueltas en la inseguridad tanto la cronología de la colonización belga de Britania como, hasta cierto punto, la identidad de las propias tribus inmigrantes. Según el clásico estudio que del problema hicieron en 1930 Hawkes y Dunning, el criterio más extendido es el de que las dos invasiones belgas principales se produjeron en el siglo I; la primera, hacia 75 a. C., está arqueológicamente acompañada de la aparición de cementerios de cremación, como los de Aylesford y Swarling, en el condado de Kent, y la segunda, fechada hacia fines del decenio del 50 a. C., se asocia con el nombre de Commio, de la tribu de los atrebates, en tiempos aliado y confidente del propio César. La aceptación de este punto de vista se complicó a causa del trabajo de Allen sobre las monedas galo-belgas de Britania, a las que clasificó en seis sucesivos grupos principales, distinguidos con letras de la A a la F. Era problemática por sí misma la datación de estas monedas pero, basando su cronología en la aparición de un cuarto de estatera galo-belga del tipo D, muy gastado, y una estatera de oro, también gastada, del británico B (un tipo que Allen derivó del galo-belga C) en el tesoro proveniente de Le Catillon, localidad de Jersey, que habría sido enterrado en la época en que César derrotó a los venéticos y a sus aliados (56 a. C.), este autor proponía una aparición inicial de las monedas galo-belgas más antiguas en Britania –y, en consecuencia, de los primeros colonizadores– muy anterior al año 100 a. C. Esta fecha –que implica una total diferencia con la datación posterior de los enterramientos y con la mayoría de los testimonios materiales asociados– no se aceptó sin reparos, aun cuando todavía parece probable que los inmigrantes a los que César se refería, que habían llegado en primer término para saquear y después para asentarse y labrar la tierra, tendrían que relacionarse con esas antiguas monedas galo-belgas.

El problema verdadero está en hacer que concuerden las distribuciones arqueológicas con los grupos tribales inmigrantes, ya que es evidente que la población nativa –en la que hoy parece que han de incluirse los catívelaunos con su presunto jefe Casivelauno– reaccionó contra los invasores belgas y hasta que las incursiones de César mismo, en las ya citadas fechas de 55 y 54, la llevaron a la unificación temporal ante el enemigo común, se mantuvo en un conflicto prolongado con ellos. Cuando desapareció la amenaza de Roma, tal vez se reanudaron las hostilidades entre los principales protagonistas de esta rivalidad política y la fluctuación de los territorios tribales, junto al uso creciente en la población local de bienes y estilos importados, incluido el consumo del vino mediterráneo, hace que sea virtualmente imposible cualquier identificación simplista de los tipos arqueológicos y los grupos tribales.

César y la conquista de Galia. Entre tanto, en Galia, las campañas de César tenían como resultado el sometimiento efectivo, aunque a veces no total aún, del país, desde la originaria provincia meridional romana hasta el canal y desde el Rin hasta la península bretona. Tal situación se había conseguido tras una serie de enfrentamientos muy duros, empezando por el rechazo de los helvecios, habitantes de la amplia comarca que va desde el Jura hasta los Alpes, cuyos desafortunados planes de emigración masiva hacia el oeste culminaron en su derrota ante el ejército romano en el año 58 a. C.

En términos arqueológicos, estos hechos a veces se relacionaron con la fortificación de la península de Enge, un asentamiento que tiene defensas naturales en los taludes abruptos de un tramo muy sinuoso del río Aare, al norte de Berna, donde la excavación descubrió una ocupación floreciente durante las fases media y tardía de La Tène. Cuando Ariovisto, jefe de los suevos, empezó a hostigar a los helvecios, César aprovechó la circunstancia como pretexto para ir contra los germanos, a los que consiguió derrotar a fines de esa misma campaña, no lejos del Rin; en el año 57, puso su atención en los belgas y obtuvo victorias sobre los belovacos, los suesiones, los nervienses y los aduatucos, además de aceptar la rendición de otras varias tribus. Al año siguiente, sus ejércitos hicieron campaña en el oeste, donde derrotaron a los venéticos y a sus vecinos armoricanos al cabo de una prolongada serie de enfrentamientos, en los que las tribus usaron sus recursos marítimos con gran habilidad táctica para evacuar los fuertes construidos en la cima de los acantilados.

En los años 55 y 54, además de sus incursiones infructuosas en Britania, César organizó una cuarta expedición para atravesar el Rin y aplastar las revueltas de los morinos y los menapios, que se habían aprovechado de su permanencia en la zona del canal para dar fuerza a una nueva oposición. Sin embargo, fue más grave la rebelión de las tribus belgas en el año 54 a. C., cuando los eburones y sus aliados, bajo el mando de Ambiórix, aniquilaron al ejército romano. Esto condujo a una serie de levantamientos posteriores en el año 53 a. C. –en el que también estuvieron implicados los germanos suevos– y por fin, en el 52, a la mayor rebelión de la tribus galas, unidas bajo el mando de Vercingétorix, jefe de los arvernos. Los sucesivos asedios de Avaricum, Gergovia y por último Alesia están grabados en la historia gala y no es preciso repetirlos aquí en detalle. Hacia el año 51 la resistencia estaba efectivamente quebrantada y, tras algunas operaciones de limpieza, César pudo regresar a Roma al año siguiente para celebrar un triunfo.

Los celtas en la arqueología y en la historia. Nuestro conocimiento de los poblados de la fase tardía de La Tène se deriva, pues, sobre todo de las plazas fuertes u *oppida*, pero los centros rurales fortificados de naturaleza doméstica o agrícola se han estudiado con menor intensidad. El nivel de cultura material del que dan testimonio los centros importantes de La Tène D en el sur de Germania y sus contemporáneos de La Tène 3 en Britania y Galia es alto y por cierto que en el continente la evolución de la forja y de la manufactura de cerámica coincide con la aparición de florecientes comunidades protourbanas. Una de las innovaciones más notables de fines de la Edad del Hierro europea, como vimos, es la introducción de la moneda.

El creciente progreso económico también tiene su testimonio en el impacto de las mercancías mediterráneas, entre las que la distribución de ánforas de cerámica, desde el sur de Francia hasta el sur de Alemania y desde Renania, por un lado, y hasta el sur y sureste de Gran Bretaña, casi con certeza por las rutas atlántica y del canal, por otro, data de principios del siglo I a. C. a más tardar. La clase de ánforas en cuestión es la que Dressel clasificó como tipo 1, que se subdividió después en 1 A, el grupo más antiguo –distinguido por su cuerpo cilíndrico relativamente corto con una base cónica, borde triangular grueso y asas rectas y aplanadas– y el grupo 1 B, posterior, de cuerpo más largo y asas insertas algo más abajo, a continuación de un borde que remata en un «collar» más destacado. El período de uso de estos grupos se superpone, evidentemente, pero el 1 A se introdujo hacia fines del siglo II –se encontraron ejemplares en Entremont, por ejemplo–, al parecer, en tanto que el 1 B fue sobre todo posterior a las campañas de César y se extendió durante toda la etapa augustal. Entre otras importaciones cerámicas a la Europa bárbara, las piezas de Campania se vieron sustituidas en la segunda mitad del siglo I a. C. por las de Arretino, que a su vez serían suplantadas en popularidad a principios del siglo I de nuestra era, por piezas de cerámica producida en los centros galos.

Las importaciones de metal también reflejan que los círculos aristocráticos celtas consumían vino mediterráneo. Las jarras de bronce del tipo llamado Kelheim, junto a vasijas auxiliares para trasvasar o servir el vino, se distribuyeron con amplitud por toda Europa, desde Ornavasso, al norte de Italia, hasta el cementerio de Aylesford, en el condado de Kent. Al norte de los Alpes, su época de mayor frecuencia se puede asignar al tercer cuarto del siglo I a. C. y poco después. Pero los tipos más corrientes de objetos metálicos son, con gran diferencia, los broches, entre los que la variedad de formas incita a clasificarlos y a situarlos dentro de una secuencia cronológica. Un rasgo principal del diseño de los broches de la fase tardía de La Tène es la fundición del arco y el pie en una sola pieza, aunque en algunos ejemplares un collar sobre el arco se considera como una supervivencia técnica no funcional del método de construcción de La Tène 2.

Estos diversos tipos de objetos de metal, algunos ampliamente distribuidos por Europa central y occidental, se encuentran no sólo en centros importantes como los *oppida* de Galia, Baviera y Bohemia, sino también en cementerios situados desde Gran Bretaña hasta los Alpes. Ya hemos visto que la introducción de los cementerios de

cremación caracterizó la cultura Aylesford-Swarling del sureste de Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo I a. C.; entre las más comunes urnas cinerarias, se encuentran sepulcros ricos como la tumba Y del mismo cementerio de Aylesford o los enterramientos, más ricos aún, del grupo Welwyn de Hertfordshire, con pródigas acumulaciones de ánforas, morillos de hierro, vasijas de plata y de bronce e incluso un equipo para juego de apuestas en un caso. En el norte de Francia se encontraron enterramientos comparables, extendidos hasta la actual Bélgica, como lo ha demostrado el doctor Birchall. En un grupo de ricas tumbas de cremación, descubiertas en Goeblingen-Nospelt, Luxemburgo, se encontraron no sólo vasijas de bronce sino también restos de cubos de madera unidos con fajas de bronce, que recuerdan a los de Aylesford. Toda la Europa septentrional y central de la fase tardía de La Tène se caracteriza por enterramientos de cremación en su mayoría, testimoniados por ejemplo en Hesse, en el cementerio de Bad Nauheim. Sin embargo, no era exclusivo este esquema. En Suiza, los cementerios de inhumación de la fase tardía de La Tène se conocen en la península de Enge, cerca de Berna, y en la fábrica de gas de Basilea, donde en un extenso cementerio se encontraron varios broches Nauheim entre los diversos bienes fúnebres, lo que sugiere, en conjunto, una datación cercana a mediados del siglo I a. C.

Una fecha límite satisfactoria para el fin del período prehistórico europeo no es, por supuesto, fácil de definir, sobre todo en el caso de las regiones septentrionales y occidentales de Europa, por ejemplo, donde la autoridad romana nunca se impuso y donde las culturas y las costumbres arraigadas en el pasado prehistórico disfrutaron de una continuidad amplia en los siglos siguientes. Aun después de César, los galos se rebelaron contra el dominio romano en varias ocasiones en el tercer cuarto del siglo I a. C. Hacia el año 25 a. C., los Alpes occidentales estaban bajo el poder de Roma, control que Nerva extendería en su momento hasta los Alpes centrales. Poco después del año 16 a. C., quedó anexado el reino de Nórica, situado entre la cabecera del Adriático y el Danubio, y se abrió el camino para que Tiberio y Druso avanzaran hacia Germania meridional, donde se supone que tomaron la capital de la tribu de los vindélicos, Manching. A continuación, los romanos entraron en campaña contra los panonios y los dálmatas: así extendieron la provincia de Iliria y se aseguraron el acceso a los Alpes orientales. Sometida Macedonia por el sureste, la frontera podía avanzar hacia el Danubio, tras cuyas márgenes estaban los dacios. Entre los años 12 y 9 a. C., Druso dirigió una serie de campañas victoriosas contra las tribus del norte de Germania y a su muerte las continuó Tiberio.

Hacia fines del siglo, bajo la presión de Roma y sus aliados, Marobduo dirigió a los marcomanos hacia el sureste, desde su zona de origen en el norte, hasta Bohemia, donde estableció un nuevo reino que dominó el centro europeo y frustró los anhelos de expansión de Roma. En el año 16 d. C., los generales de Augusto convergieron contra los marcomanos, pero se vieron obligados a retirarse para dar cuenta de una rebelión que había estallado en Iliria, donde el ejército se complicó a continuación en una larga guerra de desgaste. Hacia la época en que el conflicto de Dalmacia llegó a su fin, otro levantamiento –dirigido por Arminio, rey de los queruscos– había destruido en Germania a Varo y a su ejército en el año 9 d. C. Tras la muerte de Augusto (14 d. C.), Germánico, el hijo de Druso, dirigió las campañas contra los germanos y se enfrentó con el propio Arminio, pero con resultados poco definidos y, por fin, el emperador Tiberio lo llamó a su lado.

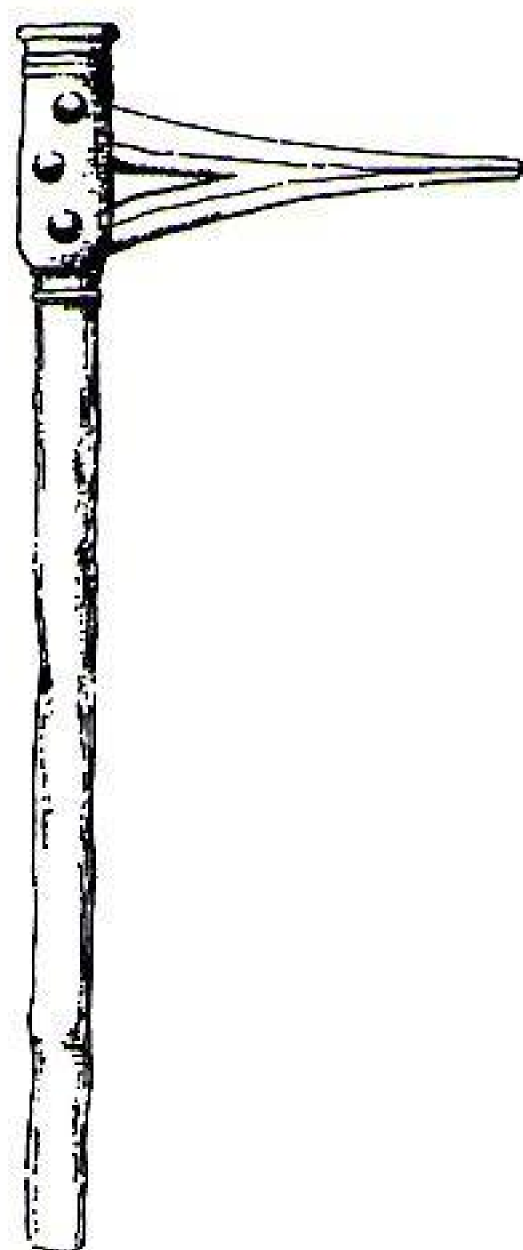
En realidad, la caída de los principales contrincantes de Roma en Germania se produjo poco después, sin que intervinieran las tropas romanas. Arminio y sus aliados lanzaron un ataque contra Marobduo, que en vano pidió auxilio a Roma y pasó sus últimos días en el exilio. Dos años más tarde, Arminio mismo murió asesinado. En adelante la situación de Germania se estabilizó hasta fines del siglo, lo que por último permitió que, en el año 43 d. C., se concretara la tantas veces planeada invasión romana de Britania. Poco antes de la invasión, había muerto el rey de los catívelaunos, Cunobelino, que había establecido su dominio sobre los trinobantes y mudado su capital a Colchester, en Essex; la organización de la resistencia pasó a los hijos del rey, mucho menos eficaces. El control del oeste y del norte se ganó con muchos problemas, pero hacia principios del decenio del 80 d. C., el ejército romano a las órdenes de Agrícola había avanzado hasta el sur de Escocia.

Para quienes somos parte de una cultura occidental totalmente imbuida de elementos clásicos –literatura, filosofía, arte, leyes–, es habitual pensar que la expansión de Roma sirvió para extender la civilización hasta donde antes había salvajismo. Pero sólo tenemos que observar la exquisita artesanía del torques de oro Snettisham de Norfolk o el simbolismo enigmático de las escenas representadas en el caldero Gundestrup de Jutlandia, para preguntarnos cuántas cosas podría haber llevado a cabo en el arte y en la literatura la sociedad celta, si no se hubiera visto avasallada por el imperio romano. La pura especulación es estéril. Pero si miramos hacia el oeste, al otro lado del Mar de Irlanda, hacia la tierra de san Patricio y de los héroes legendarios del Ulster y de Connaught, quizá podamos ver un atisbo de lo que podrían haber sido las artes y la literatura épica.

Glosario

Acanalado: técnica ornamental en cerámica que consiste en una serie de canales paralelos, horizontales en general, de sección cuadrangular o bien de arcos continuos.

Alabarda: arma en la que la hoja está inserta en el asta en ángulo recto y se distingue de la hoja de un puñal por su forma levemente curva, a veces acentuada con nervaduras. La alabarda es característica sobre todo de la Edad del Bronce en Europa y también se conocen copias en miniatura de ámbar u oro laminado.



Alabarda

Albion: ver **Avieno**

Almeriense: término que denomina a una cultura neolítica del cuarto milenio a. c. del sureste de España y particularmente asociada con el asentamiento de El Garcel.

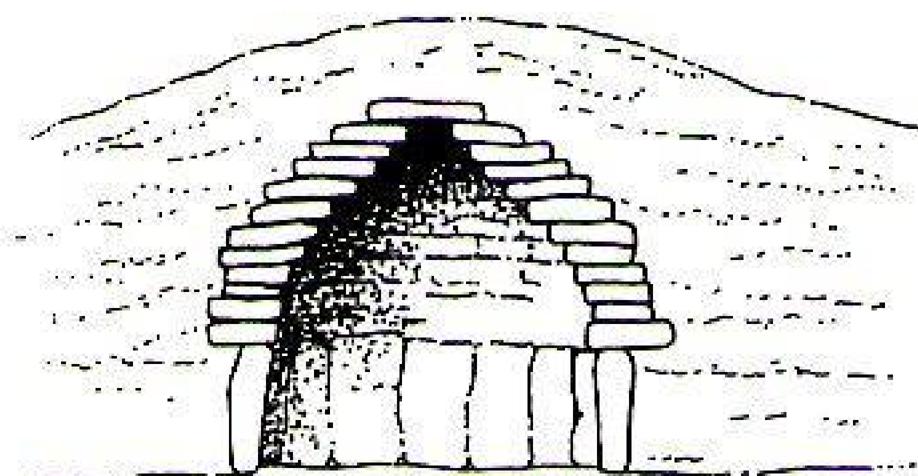
Anilla de rienda: anilla de metal que sujeta las riendas de un vehículo tirado por caballos.

Ánfora: pesada vasija de cerámica que se usó para almacenar y transportar vino. Tenía dos asas y bases alargadas y cónicas; a menudo llevaban un sello que indicaba qué artesano la había hecho o en qué centro se había fabricado. Por sus variantes distintivas y también por sus sellos, son especialmente adecuadas para la clasificación y datación.

Apenina: término que denomina a una cultura de mediados y fines de la Edad del Bronce, de la zona de los Apeninos italianos, caracterizada sobre todo por la variedad de sus tipos de cerámica, que incluyen cuencos con asas largas muy elaboradas y vasijas decoradas con diseños geométricos de zigzags y curvilíneos. La interacción de los pastores apeninos y los centros poblados de las terramaras del norte itálico a principios de la Edad del Bronce tardía fue un factor importante en la formulación de la Edad del Hierro itálica.

Apotropaico: adjetivo que se aplica a una imagen o artefacto diseñado para apartar influencias negativas.

Aproximación de hiladas: técnica de construcción de techos, característica de las tumbas de corredor en Europa occidental, en la que los bloques se superponen en posición progresivamente saliente, creando un efecto de «falsa bóveda», y rematan con una losa en la parte superior.



Cámara con arco de aproximación de hiladas

Argar: cultura de principios de la Edad del Bronce, asentada en el sureste de España, en el sitio que le ha dado nombre, en Almería. Sus centros en general estaban fortificados y dentro de ellos las casas se disponían en líneas rectas limitadas por calles, como en El Oficio; dentro del área poblada, incluían grandes enterramientos individuales o de parejas, más que comunitarios, en cistas en la fase primitiva de la cultura y después en urnas. Entre sus objetos característicos se incluyen puñales y alabardas triangulares de bronce y ornamentos de plata; las principales formas cerámicas son cuencos planos y aquillados y «puestos de frutas» (o exhibidores) altos y con pedestal. Esta cultura se extendió durante la primera mitad del segundo milenio a. C.

Arras: cultura de mediados y fines de la Edad del Hierro, asentada en Yorkshire oriental; se distinguió por el uso de túmulos rodeados de fosos cuadrangulares o circulares y, entre sus enterramientos más ricos, estuvieron los que se hacían con un carruaje de dos ruedas, semejantes a las prácticas de grupos anteriores de La Tène asentados en Champagne. Se acepta por lo común que la cultura refleja una intrusión proveniente del otro lado del Canal, aunque la cronología y la región originaria exacta aún son tema de discusión.

Ateneo: escritor griego provinciano (h. 200 d. C.) de quien se conserva una sola obra, en general definida dentro del género del simposio, en el que los cultos asistentes a un banquete discuten sobre temas filosóficos, literarios y similares. Su importancia en arqueología proviene de las breves descripciones de los usos en los festejos celtas, tomadas casi literalmente de **Posidonio**.

Aubrey, John (1626-1697): el más conocido de los anticuarios británicos del siglo XVII y pionero de la arqueología de campo. Sus investigaciones se centraron en Wiltshire, en especial en los círculos de piedra de Stonehenge y Avebury, y quedaron registradas en su obra *Monumenta Britannica*, no publicada. Fue uno de los primeros miembros de la Real Sociedad, en 1663.

Avieno, Rufo Festo (fines del siglo IV d. C.): escritor romano que compuso fábulas en verso elegíaco. Su poema *Ora Maritima* contiene préstamos de *Massiliote Periplus*, un relato de un viaje por mar desde Massilia (Marsella) a través del Mediterráneo occidental, del que se cree que data del siglo VI a. C. como fecha más tardía. Incluye una referencia a las islas de Ierne y Albion –Irlanda y Gran Bretaña–, de cuyos habitantes se decía que comerciaban con los ostrimnides de Britania.

Aylesford-Swarling: cultura regional de fines de La Tène, asentada en el sureste inglés; toma su nombre de dos cementerios de Kent y convencionalmente se asocia con inmigrantes belgas galos llegados en el siglo I a. C. Las innovaciones del período incluyen el comienzo de la acuñación de moneda y la cerámica de torno, con vasijas características de pedestal y ornamentación de cordoncillo, platos, copas y jarras. Los bronces itálicos importados y las ánforas para el vino indican conexiones comerciales florecientes con el continente europeo, que continuaron tras la conquista romana de Galia con la importación de cerámica arretina y gala.

Bituito: hijo de Luernio y rey de los arvernos, una de las tribus galas principales en el siglo II a. C. El ejército romano comandado por

Cneo Domicio Ahenobarbo y Quinto Fabio Máximo lo derrotó en 121 a. C. Se decía que los reyes arvernos se distinguían por sus fiestas dispendiosas y el despliegue de sus riquezas.

Bodrogkeresztur: cultura húngara que sucedió a mediados de la Edad del Cobre a la **cultura Tiszapolgar**, con la que muestra continuidad de ocupación de poblados y cementerios. Como en el caso de su predecesora, el ganado tuvo un papel importante en la economía doméstica de estos pueblos. Los tipos de objetos de cobre incluyen hachas-azuelas y, a veces, cinceles y punzones. Entre los bienes fúnebres predominan las vasijas cerámicas lisas, en contraste con poblados en los que se encontraron piezas decoradas con la técnica *Furchenstich*, «hoyo-y-surco».

Boiana: cultura de fines del neolítico, asentada en el noreste de Bulgaria y sureste de Rumania, aproximadamente contemporánea de la cultura Vinča-Pločnik.

Boucher de Perthes, Jacques (1788-1868): pionero francés del estudio de las antigüedades; al descubrir entre las piedras de las orillas del Somme lascas de sílice asociadas con restos de animales extinguidos, sostuvo que el origen del hombre era remoto en los cinco volúmenes de su tratado *De la Création: Essai sur l'Origine et la Progression des Êtres* (1838-1841) y en los tres de su obra *Antiquités Celtiques et Antédiluviennes* (1847).

Boudicca o Boadicea: reina de los icenos, dirigió la rebelión de su pueblo en East Anglia en 60-61 d. C. A la muerte del rey cliente Prasutago, que había intentado legar su reino a sus hijas y al Estado romano, los funcionarios de Roma ignoraron esa pretensión y violaron a la reina y a sus hijas. Boudicca, pues, dirigió la revuelta de su pueblo y de los trinobantes; se produjo el saqueo de poblados romanos en Colchester (Camulodunum), St Albans (Verulamium) y Londres. Por último, las fuerzas de la reina resultaron derrotadas por las tropas del gobernador Paulino Suetonio y, según cuenta la tradición, Boudicca se suicidó tomando veneno.

Braquicéfalo: al calcular el índice cefálico de una cabeza humana, su ancho mayor se expresa como un porcentaje de la longitud mayor; si la cifra resultante está por encima del 80 por ciento, se dice que la cabeza es braquicéfala, y si está por debajo del 75 por ciento, que es dolicocéfala.

Buckland, William (1784-1856): miembro del Corpus Christi College de Oxford, profesor de mineralogía y primer lector de geología en Oxford, más tarde se convirtió en canónigo de la Iglesia de Cristo y, en 1845, en deán de Westminster. A pesar de haber excavado a la llamada «Dama Roja de Paviland» en la península de Gower durante el año 1823, negó la antigüedad del hombre deducible de esos descubrimientos y se plegó al relato bíblico del diluvio, por lo que fue una de las autoridades mayores de la escuela **catastrofista**.

Bylany (o Bilany): cultura de la Edad del Hierro halstática de Bohemia, epónima del cementerio cercano a Praga. Sus enterramientos se dividen en cremaciones con pocos bienes fúnebres e inhumaciones más ricas, entre las que se descubrieron tumbas de carro con muy variados de arneses de caballo y piezas cerámicas notables.

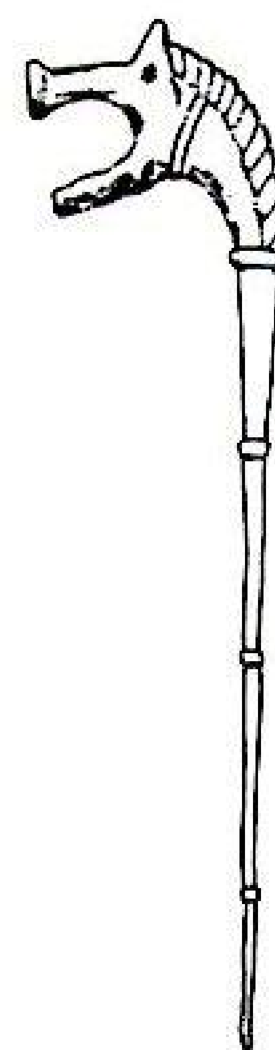
Cairn con patio: variante de tumba megalítica, representada en especial en Irlanda septentrional; por lo común se trata de un montículo trapezoidal delimitado por un bordillo de piedra, dentro del cual uno o dos patios ovales dan acceso a las galerías en que se hallan los enterramientos.

Camden, William (1551-1623): anticuario británico, historiador y viajero. Su obra principal fue *Britannia*, cuya primera edición se publicó en 1586 e incluye informes sobre monumentos nacionales tan importantes como Stonehenge y el Muro de Adriano. En 1593 recibió el nombramiento de director de la Westminster School; en 1622 fundó una cátedra de historia en Oxford.

Campos de urnas: se aplica a una serie de culturas relacionadas de la Edad del Bronce tardía europea; se distinguen por sus cementerios de enterramientos de cremación individuales, por lo común en urnas de cerámica. El período de campos de urnas en Europa central y oriental se ha dividido en cinco fases (Campos de urnas I-V en el esquema que Gimbutas usa para Europa oriental; Bronce D; Hallstatt A_1, A_2, B_1 y B_2 en el esquema de Müller-Karpe para Europa trans y cisalpina), cada una caracterizada por cerámica distintiva y tipos de objetos de metal. A fines del segundo milenio, la cultura de campos de urnas se había expandido por toda Italia, el noroeste de Europa y llegaba a los Pirineos, a menudo se la iguala con los orígenes de los celtas históricos, en vista de su amplia correspondencia con la distribución de topónimos celtas.

Cardial: se aplica a una cultura –a la que también se llama «de cerámica grabada»– de principios del neolítico, asentada en la costa mediterránea europea; recibe este nombre porque su cerámica está ornamentada con la impresión de la valva del berberecho (de cuyo nombre científico, *cardium edule*, se deriva cardial). Aunque hay testimonios de la introducción de la agricultura en esas comunidades, la caza y la pesca siguieron siendo un aspecto cultural importante y sus industrias de piedra y sílice conservan algunos tipos mesolíticos característicos. La datación por radiocarbono de grupos cardiales nos remite a los milenios sexto y quinto a. c.

Cárnix: denominación que los comentaristas griegos dan a la trompeta de guerra celta, un instrumento representado, como se ve en el caldero Gundestrup, con un tubo largo que se sostiene en posición vertical y el pabellón en forma de cabeza de animal.



Cárnix

Cartimandua: reina de los brigantes, favorable a la dominación romana; su tribu era la más numerosa de Britania y sus territorios se extendían desde los Montes Peninos meridionales hasta la región del Tyne-Solway. La tradición afirma que la reina entregó Caratacus a los romanos en el año 51 d. C., por lo que se enfrentó a su marido, quien en adelante dirigió la resistencia de los britanos contra Roma hasta que, en el decenio de 70, los brigantes fueron dominados por Petilio Cerial y Agrícola.

Casivelauno: por aclamación recibió el cargo de jefe de la resistencia de los britanos ante la segunda invasión de César (54 a. C.); habitualmente se deduce de esto que era rey de los cativelaunos y quizá antepasado de Tasciovano y Cunobelino, aunque no se explicite en los textos conservados.

Castro: término portugués que denomina un centro fortificado; se aplica en especial a los fuertes de la Edad del Hierro celta en el noroeste de la península ibérica.

Catastrofistas: se aplica a los eruditos del siglo XVIII y principios del XIX que seguían la cronología mosaica del arzobispo Ussher, por lo que sólo podían conciliar esa estructura abreviada acumulando los testimonios geológicos de la antigüedad de la tierra situando una serie de catástrofes, como el diluvio universal, que habrían acelerado los procesos geológicos. (Ver también **diluvialistas**.)

Cerámica de cuerdas: cultura llamada así por la decoración característica hecha con impresión de cuerdas sobre la cerámica aún blanda; entre sus piezas se cuentan vasijas de tipo crátera y ánforas de cuerpo redondo. Sus orígenes aún se discuten, como su relación con las culturas de cerámica crateriforme del centro y oeste europeos. Algunos estudiosos de la prehistoria la consideran un producto de la expansión hacia occidente de la cultura **Kurgan** del sur de Rusia, movimiento que se produjo en el tercer milenio y que, posiblemente, trajo a Europa los pueblos hablantes de lenguas indoeuropeas.

Cerámica de figura negra: estilo característico de la cerámica ática del siglo VI a. C., en la que el dibujo está pintado con una técnica de vidriado en negro sobre un fondo rojo amarillento; las formas tipo son el *kylix* y el ánfora.

Cerámica de figura roja: estilo característico de la cerámica ática de los siglos V y IV a. C., que se introdujo en el último cuarto del VI, en cuyas piezas la escena está pintada con el rojo amarillento del propio material y el fondo está cubierto con negro.

Cerámica en forma de embudo: ver **cultura TRB**.

Cerámica lineal de bandas: cultura de principios del neolítico, asentada en el Danubio y centro de Europa, así llamada porque su cerámica muestra una decoración característica de diseños curvilíneos sinuosos; también se la llama *Bandkeramik* o danubiana I. Sus poblados se tipifican por las grandes casas rectangulares construidas de madera y su economía se basaba en la cría de ganado en gran escala y también en el cultivo de cereales.

César, Cayo Julio (100-44 a. C.): general y hombre de estado romano que, después de una serie de cargos menores, llegó a ser miembro del Primer triunvirato (60 a. C.), junto a Pompeyo y Craso; al año siguiente fue elegido cónsul por primera vez. Desde el 58 hasta el 51, dirigió las campañas militares de Galia, Germania y Britania. En el año 49 se negó a licenciar a sus tropas, cruzó el Rubicón y marchó hacia Roma: así dio comienzo la guerra civil. Entre los años 49 y 44 consolidó progresivamente su poder con las campañas de Egipto, Asia Menor, norte de África e Hispania, imponiéndose a Pompeyo (asesinado en el 47) y a los hijos de este último en el año 45. Rechazó el título de rey en febrero del 44 y poco después, en los Idus de marzo, fue asesinado. Sus *Comentarios* sobre la guerra de Galia son una de las principales fuentes literarias importantes para conocer datos sobre la Europa celta de fines de la Edad del Hierro.

Chassey: una de las culturas del grupo neolítico occidental, llamada por el nombre de su asentamiento tipo de Borgoña. Se origina a principios del cuarto milenio a. c. en el mediodía francés, sobre todo al oeste del Ródano; en general se piensa que se expandió hacia el norte, hasta la cuenca de París, donde asimiló a grupos neolíticos primitivos derivados de otros, danubianos, y llegó por el oeste hasta el Macizo Central, donde sería absorbida por los grupos megalíticos locales. Está representada en cuevas y en poblados a cielo abierto; entre las formas características de su cerámica se encuentran vasijas de fondo redondeado, esféricas y aquilladas, típicas de las series occidentales, y también cuencos que tienen asas salientes de las llamadas «flauta de Pan» y platos con pedestal, de los que se conocen como «soporte de vasija».

Cheurón o chevrón: motivo en forma de v invertida, aislado o dispuesto en una secuencia.



Cheurones

Childe, V. G. (1892-1957): uno de los mayores expertos en prehistoria de este siglo; fue sucesivamente profesor de arqueología en las universidades de Edimburgo y de Londres. En especial se asocia con la definición y aplicación del concepto de cultura y de los principios fundamentales relacionados a la arqueología prehistórica. Entre sus muchas obras de síntesis citamos: *The Dawn of European Civilization* (El amanecer de la civilización europea, 1925), *The Danube in Prehistory* (El Danubio en la prehistoria, 1929), *Prehistory of Scotland* (Prehistoria de Escocia, 1935), *Prehistoric Communities of the British Isles* (Comunidades prehistóricas de las islas británicas, 1940); también a él se debe una serie de trabajos generales como *Man Makes Himself* (El hombre se hace a sí mismo, 1936), *What Happened in History* (Qué sucedió en la historia, 1942) y *Piecing together the Past* (Recomponer el pasado, 1956).

Ciclo de Ulster: serie de relatos irlandeses que refieren las proezas del rey y de los héroes guerreros de Ulster en su lucha contra las fuerzas enemigas de los hombres de Irlanda. El más conocido y extenso de ellos es *Táin Bó Cúailnge* (El robo de ganado de Cooley), que refiere una expedición que partió de Connaught para robar el famoso toro de Cooley y durante la cual concretó sus hazañas el campeón del Ulster, el pequeño Cúchulain, un niño prodigio que hizo la trágica elección de una vida valiente pero breve.

Clarke, D. L. (1937-1976): uno de los principales exponentes británicos de la llamada «nueva arqueología», en la que una variedad de modelos espaciales y cuantitativos derivados de disciplinas auxiliares se aplican a la arqueología, a diferencia del enfoque histórico convencional. Su obra más importante fue *Beaker Pottery in Great Britain and Ireland* (Cerámica crateriforme en Gran Bretaña e Irlanda, 1970) y fue autor y editor, respectivamente, de *Analytical Archaeology* (Arqueología analítica, 1968) y *Models in Archaeology* (Los modelos arqueológicos, 1972).

Cordoncillo: en la fabricación de cerámica, banda fina de arcilla que se aplica horizontalmente alrededor del cuerpo de una vasija, ya sea por razones ornamentales o para sujetarla mejor.

Crátera: en la antigüedad clásica, vasija grande que se usó para almacenar vino o una mezcla de vino y agua, para ocasiones ceremoniales o festivas. En Grecia su forma más habitual era la provista de una base baja y un par de asas, pero hubo variantes, como la crátera voluta, por ejemplo, cuyas asas estaban montadas en el hombro del vaso y se alzaban por encima de la altura del borde.

Crateriforme: término general que se aplica al grupo de culturas del tercer milenio y principios del segundo a. c., distinguido por su uso de un tipo particular de vasija de cerámica en forma de vaso, con o sin pico, similar a la crátera griega; estas piezas se distribuyen desde el este de Europa central hasta la península ibérica y desde Italia a las islas británicas. Se sigue discutiendo el origen y la difusión de esta cultura, además de sus relaciones con los grupos de **cerámica de cuerdas** del oriente europeo; con razón se cuestiona si, tomando como base los elementos comunes de sus conjuntos funerarios, ambas culturas han de verse como un fenómeno unitario. En Europa occidental la introducción de la forja del cobre, al parecer, se relaciona con la expansión de los grupos de cultura crateriforme.

Cris: ver **Körös** y **Starčevo**.

Cuadrifolio, cuadrifolia o trébol de cuatro hojas: forma de cuatro hojas que tiene cuatro

unidades o pétalos en posición radial respecto a un centro común.

Cucuteni: versión rumana de la cultura eneolítica de Tripolye; su nombre deriva del sitio tipo, localizado al oeste del río Prut.

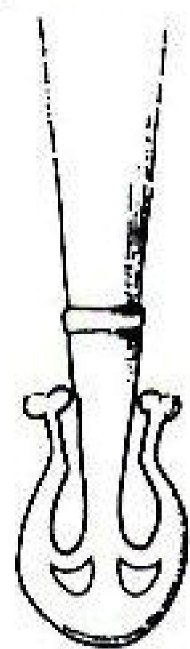
Cultura TRB: neolítica, de fines del cuarto milenio y tercero a. c., asentada en el norte de Europa, así llamada por las piezas cerámicas en forma de embudo: *Trichterbecker*, es decir, TRB. Ver **Dysse**.

Cuneiforme: forma de escritura con una grafía de cuñas grabadas sobre tabletas de arcilla, usada en sumerio, acadio y lenguas mesopotámicas emparentadas en la etapa que va del tercer al primer milenio a C.; derivaba de la antigua escritura pictográfica de los sumerios.

Cunnington, William (1754-1810): anticuario y excavador pionero; colaboró con sir Richard Colt **Hoare** para abrir numerosos túmulos de Wiltshire, incluido el que se llamó Bush Barrow en la parroquia de Wilsford.

Cuvier, Georges (1769-1832): pionero de la geología francesa plegado a la teoría **catastrofista**. Adquirió gran reputación como naturalista y se le reconoce haber fundado la paleontología de los vertebrados.

Contera o Remate: elemento terminal de una vaina o funda de espada o puñal, reforzado para evitar que la hoja haga daño con su punta y quizá como ayuda para mantener fija el arma.



Remate en forma de ancla de la fase primitiva de La Tène

Danubiana I: ver **Cerámica lineal de bandas**.

Darwin, Charles (1809-1882): naturalista británico que desarrolló la teoría de la evolución por selección natural y la expuso en sus obras *El origen de las especies* (1859) y *El origen del hombre* (1868), entre otros libros y artículos.

Déchelette, Joseph (1861-1914): uno de los mayores expertos en prehistoria de fines del siglo pasado y principios del presente, cuyo *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine* se publicó entre 1908 y 1914.

Dennis, George (1814-1898): anticuario británico aficionado, cuya carrera como empleado civil y del servicio diplomático le dio oportunidades desiguales para investigar y excavar. Su principal obra, *Cities and Cemeteries of Etruria* (Ciudades y cementerios de Etruria), se publicó en 1848.

Deverel-Rimbury: denominación que se aplicó a la cultura provincial de fines de la Edad del Bronce asentada en el sur de Inglaterra, por los cementerios epónimos de Dorset. Además de sistemas de campo y vallas, la cultura se caracterizó por enterramientos de cremación en urnas globulares, de tipo cubo y tonel. Según las asociaciones de objetos de metal, se demostró hace unos años que esta cultura se desarrolló a mediados de la Edad del Bronce, hacia los siglos XIII-XI a. C. y no más tarde. La investigación reciente sugirió fechas aún anteriores y fragmentó por completo la antes unitaria cultura Deverel-Rimbury.

Diluvialistas: término que se aplica a los estudiosos del siglo XVIII y principios del XIX que creían, según las palabras del *Bridgewater Treatises* de 1833, «que el relato de la creación que hace el Génesis era literalmente exacto y que el Arca de Noé y el Diluvio fueron hechos de la prehistoria». Negaban la antigüedad del hombre tal como la testimonia el descubrimiento de restos fósiles y creían que los depósitos sedimentarios eran producto de catástrofes sucesivas de las que el diluvio de Noé fue sólo una.

Diodoro Sículo: historiador griego cuya *Historia del mundo*, escrita en el período 60-30 a. C., incluía descripciones de los celtas de Galia y se basaba sobre todo en observaciones de escritores precedentes, incluido **Posidonio**.

Dolicocéfalo: ver **braquicéfalo**.

Dolmen: en otros tiempos este término se aplicaba a cualquier forma de tumba megalítica; hoy está algo obsoleto y sólo se conserva en el nombre «dolmen de pórtico», una clase de tumba conocida sobre todo en Irlanda: en ella, a través de dos grandes piedras que a modo de pórtico flanquean la entrada, se llega a una cámara rectangular o poligonal, cubierta con una losa.

Druidas: en los escritores clásicos, uno de los principales órdenes sociales de los celtas, que en general se asocia con otros dos, bardos y adivinos, también integrados por personas de educación especial. La función principal de los druidas fue oficiar los ritos religiosos; se decía que su formación implicaba varios años de estudio y memorización de los misterios de su orden. Según César, los druidas ejercían una autoridad jurídica y religiosa; su influencia política es discutible, aunque en la épica irlandesa, el druida mayor sirve como consejero real y hombre de estado. Aunque el sacerdocio celta sin duda era muy antiguo, no existe un testimonio directo para relacionar a los druidas con Stonehenge, una asociación curiosa generada por **Stukeley** y sostenida hasta el presente por sus seguidores.

Dugdale, William (1605-1683): prominente monárquico inglés, anticuario y experto en heráldica; es conocido en arqueología por su obra *Antiquities of Warwickshire* (Antigüedades de Warwickshire, 1656), una de las primeras historias regionales del siglo XVII. Fue nombrado Rey de Armas de la Jarretera y se le concedió el título de caballero en 1677.

Dysse: forma de cámara fúnebre construida de piedra, característica de la cultura **TRB**; la cámara casi siempre está rematada con una losa y cubierta por un túmulo de tierra bajo, rodeado por un bordillo de piedras. En fases tardías de la cultura TRB, los *dysser* generalmente se suplantaron con **tumbas de corredor**.

Edad del Bronce: en el **sistema de las tres edades** de los anticuarios nórdicos, la Edad del Bronce fue la primera época de utilización del metal, en la que los objetos de piedra se reemplazaron primero por los de cobre y después por otros hechos de una aleación de cobre y estaño. Los estudiosos de la prehistoria adoptaron este modelo tecnológico porque les ofreció la primera oportunidad de clasificar los objetos en tipos distintivos y sucesivos y, por tanto, de construir un marco cronológico. La fecha más antigua de uso del bronce se sitúa en Europa suroriental a fines del quinto milenio.

Edad del Hierro: tercero de los principales períodos del **sistema de las tres edades**. Se introdujo la forja del hierro, probablemente desde Asia Menor, en Europa suroriental hacia el año 1000 a. C. y en Europa central hacia los siglos VIII-VII. La Edad del Hierro europea se ha dividido por convención en dos fases, llamadas con los nombres de los respectivos asentamientos tipo, el de **Hallstatt** en Austria y el de **La Tène** en Suiza, respectivamente.

Eneolítico: término que se usa por lo común para definir una Edad del Cobre intermedia en Europa entre el neolítico y la Edad del Bronce.

Enterramiento de carro (también llamado **de carruaje**): forma de enterramiento aristocrático, característico de la cultura centroeuropea **Hallstatt**; el difunto era enterrado en un carretón fúnebre de cuatro ruedas y bajo un túmulo. Entre las excavadas están las tumbas de Hohmichele, en el curso superior del Danubio, y el enterramiento de Vix, sobre el Sena superior. La tradición de enterramientos de carro continúa hasta la Edad del Hierro de La Tène; el carretón de cuatro ruedas se sustituyó con un carro más ligero de dos ruedas, una especie de plataforma fúnebre. En ambas variantes el vehículo podía estar intacto o desmantelado en la tumba, mientras que los tiros de caballos a veces se enterraban al mismo tiempo, pero en la mayoría de los casos sólo indican su presencia los arneses y las bridas.

Enterramiento de cista: cámara fúnebre construida con grandes bloques de piedra tabular igualada, que puede estar cubierta o no con un túmulo.

Equites: literalmente, soldados de caballería que, según César, constituían una de las dos clases principales de la sociedad gala; la otra era la de los sacerdotes o *druides*.

Escitas: pueblo nómada de las estepas euroasiáticas que, según Herodoto, atacó a los cimerios, habitantes de las zonas norte y este del Mar Negro, y los obligó a atravesar el Volga y retirarse hacia el sur, hasta Anatolia, pasando por los puertos del Cáucaso. Se dice que los escitas extendieron su amenaza hasta el sureste, en la comarca de la Media, donde sus incursiones están registradas en escritos cuneiformes asirios de fines del siglo VIII a. C. Los escitas son conocidos por su vigoroso estilo artístico, que fue una de las influencias menores en el desarrollo del arte celta europeo, en el que hallazgos excepcionales indican la presencia de intrusos orientales.

Esqueuomorfo: en arqueología, alude un elemento conservado no funcional por su forma o decoración, lo que implica que deriva de una forma anterior o de un prototipo de otro material.

Estilo de arco: dentro del **estilo primitivo** del arte celta, subgrupo oriental de Baviera, Bohemia y Austria en el que predominan los motivos geométricos trazados con compás.

Estilo plástico: en el esquema de Jacobsthal, una de las subdivisiones tardías del arte celta prerromano europeo, caracterizado por una exuberante cualidad tridimensional, sobre todo en la ornamentación de brazaletes o representaciones de animales en trabajos decorativos de metal.

Estilo primitivo: según Jacobsthal, la primera de sus subdivisiones del arte celta prerromano europeo, en el que detectó tres elementos principales: motivos vegetales y semejantes, derivados de prototipos griegos; diseños geométricos desarrollados desde antecedentes locales halstáticos y elementos exóticos orientalizantes, recibidos directa o indirectamente a través de influencias meridionales.

Estrabón (64/63 a. C.-h. 21 d. C.): historiador y geógrafo griego cuya amplia *Geografía* incluye descripciones del mundo mediterráneo desde España hasta Egipto y Asia Menor, junto a relatos sobre la Europa bárbara, incluidas Galia y Britania.

Estratigrafía: principio tomado de la geología, por el que el arqueólogo deduce que, en general, los depósitos más antiguos son los más profundos, en tanto que los más nuevos están más cerca de la superficie. Es decir, que la excavación puede descubrir una secuencia de capas acumuladas como resultado de ocupaciones sucesivas, como en los *tells* del Oriente Próximo y del sureste de Europa, de los que se puede recuperar una relativa secuencia de objetos de cada una de las fases cronológicas sucesivas. La erosión natural o la intrusión del hombre puede interrumpir el proceso, por supuesto, y no se debe pensar que las capas sucesivas de más o menos igual profundidad corresponden necesariamente a los mismos períodos de tiempo, ya que las intensidades variables de edificación, las inundaciones y otros factores pueden hacer que los vestigios se presenten a profundidades muy distintas.

Estriado: técnica ornamental en cerámica que abarca una serie de relieves en líneas paralelas, que pueden ser verticales u horizontales, onduladas o entrecruzadas.

Faenza: sustancia artificial hecha de arcilla silícea cocida, usada para fabricar cuentas azules vidriadas que, con distintas formas, aparecen en vestigios de collares en contextos de principios de la Edad del Bronce. Durante mucho tiempo se pensó que eran importaciones del Mediterráneo oriental, pero hoy algunos expertos en prehistoria creen que se producían también en Britania y en Europa.

Fíbula: broche para sujetar o adornar prendas. Los desarrollos en los detalles técnicos del arco, el muelle, el gancho o cierre y el pie son indicadores importantes en la tipología de los broches y, por tanto, son muy útiles para datar los conjuntos en que aparecen.

Fluvialistas: se dice de los geólogos del siglo XIX que, en contra de lo que sostenían los **catastrofistas**, pensaban que los estratos geológicos eran resultado de un depósito ordenado de sedimentos a lo largo de un lapso prolongado, comparable al proceso que se observa en ríos, lagos y mares. Ver **uniformistas.**

Frere, John (1740-1807): anticuario y miembro de la Real Sociedad. Su mayor contribución arqueológica fue el descubrimiento de las hachas achelenses y vestigios asociados en Hoxne, Suffolk, registrado en su obra *Archaeologia* (1800), y a las que adjudicó una antigüedad mayor que la que les podría asignar la cronología mosaica.

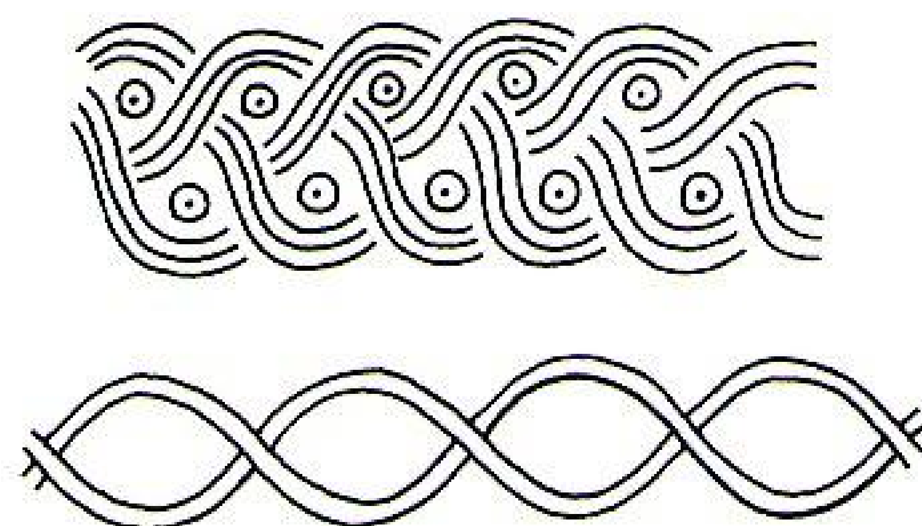
Fürstengräber: literalmente, tumbas de jefes; el término se aplica a una serie de notables túmulos de la fase temprana de La Tène en Renania, que son conocidos por la riqueza de sus bienes fúnebres, incluidos objetos importados del mediodía, además de piezas finas de artesanía celta.

Gorgona: en la mitología griega, Perseo, con ayuda de Atenea, mató a Medusa, la única mortal de tres hermanas monstruosas que moraban en Occidente. Por lo común, se las representaba con caras horrendas y serpientes por cabellera, a veces barbadas y con alas. La mirada de los ojos de Medusa convertía a los hombres en piedra y por esta causa las caras de gorgonas adquirieron un valor apotropaico en el arte.

Greenwell, William (1820-1918): anticuario, excavador de túmulos y canónigo menor de la Catedral de Durham; en colaboración con Rolleston publicó sus investigaciones en *British Barrows* (Túmulos británicos, 1877).

Grubenhaus: forma de vivienda conocida en la cultura europea de La Tène (más especialmente en Gran Bretaña y en Europa en tiempos posromanos); su suelo está cavado en tierra y el techo por lo común se apoya en dos postes principales en los extremos de la viga maestra o caballete.

Guilloche: en el arte celta arcaico, motivo entrelazado o de cuerda retorcida, hecho con dos o más filamentos a veces continuos y otras quebrados.



Guilloche

Gumelniţa: cultura eneolítica del curso inferior del Danubio y sucesora local de los grupos boiano y hamangia. Sus asentamientos, de formación *tell*, se caracterizan por casas rectangulares, a veces con una antesala en un extremo y la cerámica incluye una variedad de piezas rústicas y ásperas y otras más finas, pintadas con grafito, además de figurillas antropomórficas. Los tipos de metal son cinceles de cobre y hachamartillos ya dentro del cuarto milenio a. c.

Hallstatt: aldea de tipo «lacustre», cerca de Salzburgo, en Austria superior, donde las excavaciones hechas en el siglo XIX descubrieron un amplio cementerio y vestigios de finales de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro; de este asentamiento tomó el nombre la primera cultura de la Edad del Hierro en el centro de Europa. La riqueza de esa comunidad prehistórica de Hallstatt se basó evidentemente en las explotaciones de sal; en las excavaciones se descubrieron sacos de cuero y tela que estaban bien conservados a causa de la salinidad del medio. En el sistema alemán de clasificación, Hallstatt A y B corresponden a las culturas de campos de urnas primitiva y nueva o reciente de la Edad del Bronce tardía, y sólo Hallstatt C y D pertenecen a la Edad del Hierro propiamente dicha y datan de los siglos VII y VI a. C.

Hatvan: en la Edad del Bronce húngara, sucesora local de la **cultura Nagyrév** y predecesora, en secuencias de *tell*, por conjuntos Füzesabony. Como en la fase Nagyrév, se practicaba la cremación y los poblados estaban compuestos de casas rectangulares de madera y piedras cubiertas con mortero.

Heládico: término aplicado a la clasificación de la Edad del Bronce griega, dividida en alta, media y baja, con varias subdivisiones numeradas.

Henge: término genérico que nombra cierta clase de monumento del neolítico y de la Edad del Bronce en Britania, tomado del topónimo Stonehenge. Se aplica estrictamente a los vallados de tierra en que el talud por lo común está sobre la línea exterior del foso; a menudo en su interior hay pozos, enterramientos o círculos de agujeros para postes.

Herodoto: historiador y viajero griego del siglo V a. C., cuya obra principal refiere las luchas entre persas y griegos. Sus relatos de las campañas que en el siglo VI condujeron los reyes aqueménidas Ciro, Cambises y Darío están seguidos de una descripción de la rebelión jonia y de cómo intentó Jerjes obtener un tributo de los griegos. Los hechos acontecidos en Artemisia y las Termópilas llevaron por fin a la decisiva batalla naval de Salamina (480 a. C.), en la que triunfaron los griegos al mando de Temístocles.

Hidria: uno de los tipos de la cerámica griega; es una vasija de tres asas destinado a contener agua, tiene una base pedestal baja y un cuello cilíndrico; las asas están montadas en posición horizontal sobre el hombro o bien verticalmente entre el hombro y el borde.

Hildebrand, B. E.: discípulo de **Thomsen** en Copenhague, en 1830; introdujo el **sistema de las tres edades** en su Suecia nativa en su clasificación de colecciones de Lund y Estocolmo, antes de ser nombrado Anticuario del Rey en 1837.

Hilversum: se aplica a grupos de mediados de la Edad del Bronce, asentados en el norte belga y en el sur holandés y caracterizados por la aparición de enterramientos de cremación en cementerios de túmulos y cuyas afinidades con los tipos de túmulo y las series de urnas con conjuntos antes considerados como distintivos de la Edad del Bronce media en el sur de Inglaterra llevó a algunos expertos a decir que se había producido una migración desde Britania a los Países Bajos.

Hoare, sir Richard Colt (1758-1838): anticuario, viajero y miembro de la Real Sociedad; conocido sobre todo porque propició las excavaciones de **Cunnington** en Wiltshire, cuyos resultados publicó en su obra *Ancient History of North and South Wiltshire* (Historia antigua de Wiltshire del norte y del sur), entre 1812 y 1821.

Hobbes, Thomas (1588-1679): filósofo británico y estudioso de los temas clásicos, que en *Leviathan* (1651), su principal obra de filosofía política, postuló la necesidad de un gobierno estable, ya fuera asumido por un monarca u otro cuerpo civil, como única alternativa al orden natural, que era el de la guerra. El abuso de autoridad espiritual era responsable de la supresión de la investigación racional.

Hoplita: en la estructura militar griega, soldado de infantería, habitualmente armado con yelmo, peto, escudo y grebas, con espada y pica.

Hunsrück-Eifel: grupo cultural del centro de Renania, epónimo de las dos comarcas que flanquean al Mosela, que floreció desde fines de Hallstatt hasta mediados de La Tène. Los poblados son raros y los testimonios derivan, sobre todo, de tumbas de túmulo que, a principios de la fase de La Tène, incluían una cantidad de enterramientos principescos notables. La cerámica característica de este período incluye vasos piriformes con pedestal, cuya apariencia coincide con la de las vasijas torneadas.

Hutton, James (1726-1797): viajero y pionero geólogo británico. Planteó el punto de vista uniformista de los procesos geológicos, en especial en su obra *Theory of the Earth* (Teoría de la tierra), publicada en 1785.

Ierne ver **Avieno**

Indoeuropeo: término aplicado a una clase de lenguas emparentadas que suma la mayoría de los grupos lingüísticos europeos –itálicos, germánicos, célticos, baltos, eslavos y griegos–, el indoiranio y el sánscrito; muchos eruditos consideran que se originó en las estepas euroasiáticas de Rusia meridional.

Jogasiana: cultura provincial de la fase tardía de Hallstatt, asentada en el norte de Francia; toma su nombre del cementerio de Les Jogasses, sobre el Marne, que continuó en uso en la siguiente fase temprana de La Tène de esa cultura del Marne.

Keller, Ferdinand (1800-1881): director del museo de Zurich y primer investigador de las «viviendas lacustres» de Suiza. Junto a otros investigadores, reconoció que esos asentamientos no eran de un único período, sino que mostraban un avance desde la Edad de la Piedra hasta la del Hierro, con lo que dio un elemento de apoyo al **sistema de las tres edades** planteado por los anticuarios nórdicos.

Körös: versión húngara de la antigua **cultura Starčevo** neolítica, epónima de un afluente del río Tisza, conocida en Rumania bajo el nombre de Criş.

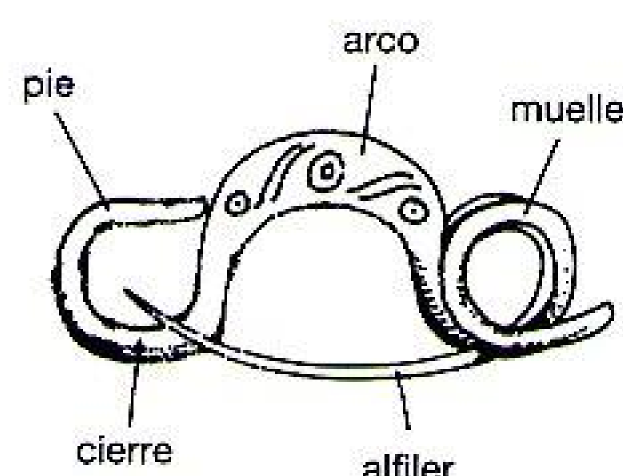
Kurgan: se aplica a la cultura eneolítica de la comarca del bajo Volga, caracterizada por sus enterramientos de inhumación reducidos, por lo común espolvoreados con ocre rojo, y cubiertos por un túmulo de tierra o *kurgan*. A veces, la difusión de esta cultura hacia el oeste, que absorbió los grupos locales de las estepas pónticas y la **cultura Tripolye** de Ucrania, se hace coincidir con la aparición en Europa oriental de cerámica de cuerdas y ánforas globulares y la irrupción de pueblos hablantes de lenguas indoeuropeas.

Kylix: vasija de cerámica griega; es una copa baja, con pedestal y dos asas diametralmente opuestas, montadas en posición horizontal

Lagozza: cultura del norte itálico, de fines del neolítico; toma su nombre de un asentamiento tipo del valle del Po y se tipifica por las características de la cerámica de series occidentales, que incluyen piezas de base redonda y

aquilladas con asas en forma de anilla del tipo «flauta de Pan».

La Tène: asentamiento de las orillas del lago suizo de Neuchâtel donde, desde mediados del siglo XIX y durante muchos años, se fue recuperando una abundante y rica colección de objetos de metal: espadas, vainas, picas y broches. La importancia de estos objetos pronto hizo que se considerara a La Tène como el centro tipo de la cultura de la segunda Edad del Hierro europea.



Broche de la fase temprana de La Tène

Lausitz: se aplica a las culturas de fines de la Edad del Bronce y principios de la del Hierro asentadas desde el Elba hasta el Oder y, por el este, hasta Polonia. En su aspecto de cultura de campos de urnas de fines de la Edad del Bronce, se distingue por su floreciente industria del bronce y su hermosa cerámica, que incluye piezas con bullas y estrías, y por haber construido algunas de las verdaderas atalayas europeas más antiguas.

Lekythos: vasija griega de cerámica de cuerpo delgado y cilíndrico, cuello estrecho con un asa entre el hombro y el cuello; se usaba para guardar aceite.

Leland, John (¿1506?-1552): anticuario y viajero inglés, fue bibliotecario de Enrique VIII antes de ser nombrado Anticuario del Rey en 1533. Entre 1534 y 1543 viajó por Inglaterra coleccionando material para escribir una historia general; en 1550 enloqueció y su obra no se publicó hasta principios del siglo XVIII.

Lhywd, Edward (1660-1709): anticuario británico, celtista, fue Curador del Museo Ashmoleano de Oxford entre 1690 y 1709 y miembro de la Real Sociedad. Viajó ampliamente por Gales a fin de coleccionar material para una nueva edición de *Britannia*, la obra de Camden, y publicó su *Archaeologia Britannica* (Arqueología británica) en 1707.

Lightfoot, Joseph (1828-1889): miembro del Trinity College de Cambridge, y profesor de teología de la cátedra Lady Margaret; en 1879 fue nombrado obispo de Durham. Sustentó la cosmogonía mosaica y especificó los cálculos del arzobispo **Ussher** estableciendo que la creación tuvo lugar a las 9 de la mañana del día 23 de octubre del año 4004 a. C.

Lindenschmidt, Ludwig: director del Museo de Maguncia y crítico del **sistema de las tres edades** defendido por los anticuarios nórdicos.

Livio (Tito Livio, 59 a. C.-17 d. C./64 a. C.-12 d. C.): historiador romano cuya obra más importante documenta la historia de Roma desde sus orígenes en 142 libros. Tienen importancia especial para los arqueólogos de la protohistoria europea sus relatos sobre el saqueo de Roma que llevaron a cabo los galos y las posteriores campañas romanas en Galia y contra los cimbrios.

Lucrecio (h. 94- h. 55 a. C.): poeta romano de cuya vida y familia poco se sabe. La única obra suya que se conserva, *De la naturaleza de las cosas*, es un poema didáctico que expone la filosofía epicúrea sobre el hombre y el universo.

Lunula: ornamento pectoral en forma de media luna, en general decorado con incisiones o repujado; se relaciona sobre todo con la Edad del Bronce temprana del norte de Europa, Escocia e Irlanda.

Lyell, sir Charles (1797-1875): geólogo, viajero y miembro de la Real Sociedad, cuyos trabajos, en especial su obra *Principles of Geology* (Principios de geología) publicada entre 1830 y 1833, significaron mucho para el descrédito de las teorías **diluvialistas** y **catastrofistas**.

Massiliote Periplus: ver **Avieno**.

Megalito: literalmente, piedra enorme; se aplicó a monumentos del neolítico y de principios de la Edad del Bronce, que tienen ese tipo de elemento en su construcción, como es el caso de tumbas de cámara, círculos y alineamientos de piedras; también se dice de piedras aisladas o menhires.

Mégaron: construcción que se asocia en especial con las ciudadelas micénicas; consta de una sala rectangular a la que se llega atravesando un patio frontal y un vestíbulo que forman la extensión de un extremo. La sala principal por lo común contenía un hogar en el centro y un estrado lateral.

Mercati, Michael (1541-1593): superintendente de los Jardines botánicos del Vaticano y consejero del papa Clemente VIII; se interesó en fósiles y utensilios de piedra primitivos; reconoció que los últimos eran herramientas hechas por el hombre y no piedras de rayo ni fenómenos sobrenaturales. Su obra más importante, *Metallotheca*, aunque no se publicó hasta 1717, tuvo gran influencia en escritores del Renacimiento y de épocas siguientes, sobre todo en Francia.

Mereweather, John (1797-1850): deán de Hereford y excavador de Silbury Hill, cerca de Avebury; su técnica de campo era la característica de los clérigos excavadores del siglo XIX. Se dice que en 1849 abrió 31 túmulos en 26 días.

Mesolítico: literalmente, período medio de la Edad de Piedra, transición del **paleolítico**, a fines de la última glaciación del pleistoceno, a la fase neolítica subsiguiente; su característica particular es la industria microlítica del sílice. En la economía, el cambio de la caza, la pesca y la recolección de frutos al cultivo de cereales y a la crianza de animales domésticos –durante mucho tiempo considerado como datos específicos de los períodos mesolítico y neolítico respectivamente– hoy se ve como un proceso menos abrupto y un desarrollo radical de la Europa templada.

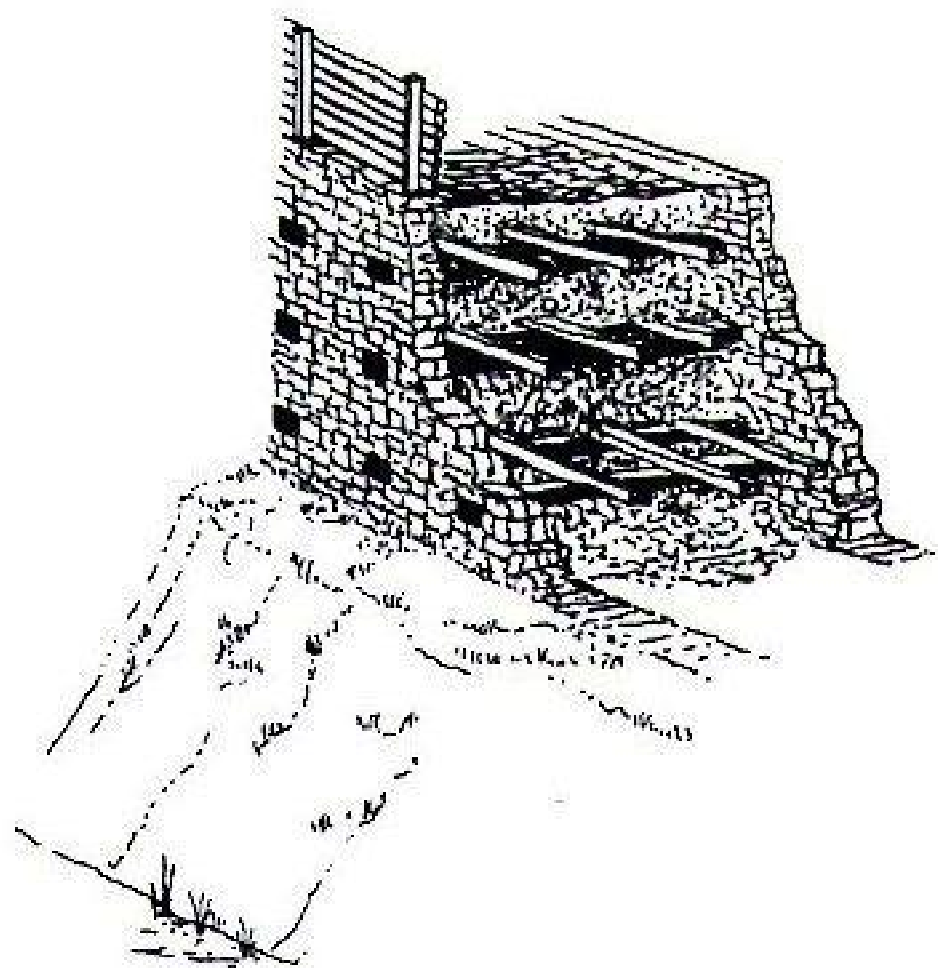
Michelsberg: cultura del neolítico medio; se extendió desde Bélgica hasta los Alpes y lleva el nombre de un campamento renano del tipo atalaya, donde sucedió a la **cultura Rössen**. Distinguen su cerámica las piezas crateriformes del tipo tulipa, jarras de base redonda con altos cuellos cónicos y vasijas con ornamentación hecha con impresiones de dedos en los bordes. La cultura tiene grandes afinidades con las de Western Chassey y Windmill Hill, como también con las culturas TRB del norte europeo.

Microlito: utensilio muy pequeño, por lo común de sílice, al que se define como una característica del período mesolítico europeo.

Montelius, Oscar (1843-1921): el mayor de los expertos suecos en prehistoria de su tiempo; dividió el neolítico de Europa septentrional en cuatro períodos y la Edad del Bronce en cinco, basándose en la tipología de los objetos. Extendió el principio de comparación de fechas, adelantado por **Petrie** para el estudio de Egipto y el Egeo, al norte y al oeste europeos, con lo que produjo un marco cronológico para su secuencia de la Edad del Bronce. Fue exponente de la teoría «la luz viene de oriente», en la que las innovaciones en la Europa de los bárbaros provienen de impulsos difundidos por las más avanzadas civilizaciones del Oriente Próximo.

Murus gallicus: literalmente, muro o muralla galos, tal como lo describe César al hablar de las defensas de Avaricum. Se distinguía por su construcción de piedras exteriores con centro

de madera y grava, donde los maderos se colocaban en capas horizontales, entrecruzados lateral y longitudinalmente, con las vigas de los lados insertas a nivel en el revestimiento exterior e interior de piedra. Por dentro, los maderos habrán quedado a la vista para poder clavarlos entre sí, aunque esta práctica no habrá sido invariable.



Murus gallicus

Nagyrév: cultura de la primera fase de la Edad del Bronce húngara, sucesora local del grupo Vučedol-Zók y precursora de las culturas **Hatvan** y Füzesabony, de lo que dan testimonio las secuencias estratigráficas de los asentamientos de *tell.*

Natufiana: cultura del período de transición mesolítico tardío-neolítico temprano en Palestina, donde floreció hacia el 9000 a. C. Se caracteriza por una economía de caza y recolección, aunque la presencia de hoces indica algún tipo de explotación de ciertos cereales. Los miembros de esta cultura habitaban en cuevas o en lugares abiertos, como en Eynan o en los niveles más antiguos del *tell* de Jericó.

Neolítico: literalmente, nueva edad de piedra, opuesta a paleolítico o antigua edad de piedra. En general, la aparición de tipos característicos de sílice y piedra pulidas, como hachas, azuelas y puntas de flecha, se asocia también con la introducción del cultivo de cereales y la domesticación de animales y, en Europa, con la fabricación más antigua de cerámica. La naturaleza radical de estas innovaciones se exageró, quizá, en el pasado al aplicarle el nombre de «revolución neolítica». La aparición de la cultura neolítica se data entre el 7000 a. c., en el Oriente Medio, y los milenios quinto y cuarto en la Europa atlántica.

Nilsson, Sven: contemporáneo de **Worsaae**, este sueco profesor de zoología en Lund, reconoció, con salvedades, la validez del modelo tecnológico danés y, basándose en estudios comparativos, propuso un modelo socio-económico de desarrollo desde el salvajismo a una civilización pastoril y labriega. En 1834 publicó su obra principal, que más tarde Lubbock traduciría al inglés con el título de *The Primitive Inhabitants of Scandinavia* (Los primitivos habitantes de Escandinavia, 1868).

Nyerup, Rasmus (1759-1829): secretario del Real Comité Danés para la Conservación y Colección de Antigüedades Nacionales. Su muy citada observación acerca de que el pasado prehistórico estaba «envuelto en una densa niebla» caracteriza el período anterior al momento en que los anticuarios nórdicos introdujeron el **sistema de las tres edades**.

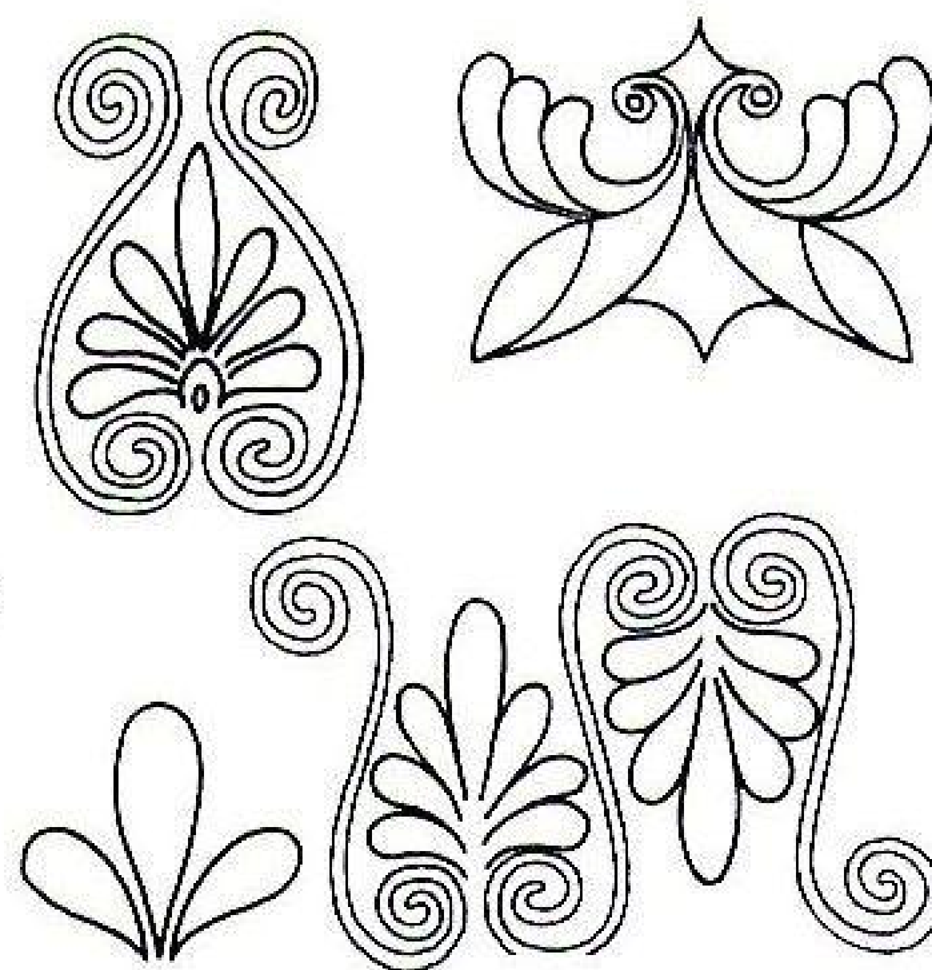
Oppidum: literalmente, ciudad pequeña; César usó este término para describir los centros tribales fortificados de Galia que no le merecían la definición de ciudades (*urbes*). En arqueología, se aplica de un modo general a asentamientos fortificados de fines de la Edad del Hierro en toda Europa y a menudo, erróneamente, a cualquier atalaya amplia o importante.

Ortostato: gran bloque de piedra erguido, por ejemplo en una tumba megalítica; los espacios entre uno y otro de estos bloques se llenaba a veces con obra de «piedra seca».

Otomani: cultura europea oriental, asentada en el noreste húngaro y en el noroeste rumano y datada a principios del período medio de la Edad del Bronce. A diferencia de los centros contemporáneos de la cultura húngara de Füzesabony, los asentamientos Otomani en general están fortificados sobre montes bajos, como el sitio tipo, sobre promontorios, en la margen de ríos o en zonas cenagosas. La cerámica de este grupo se distingue por su elaborada ornamentación de estrías y bullas, la fase clásica de la cultura se asocia con tesoros de exóticos objetos de metal, como los de Hajdusamson y Tufalau.

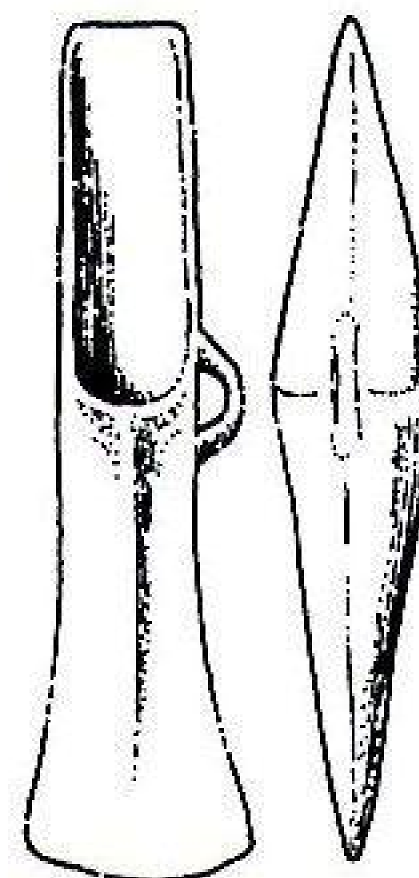
Paleolítico: literalmente, antigua edad de la piedra; abarca tres millones y medio de la evolución del hombre desde los homínidos avanzados hasta fines de la última glaciación del pleistoceno, hace unos 11.000 años.

Palmeta: en el estilo primitivo del arte celta, motivo adaptado de modelos griegos, que recuerda un trozo de una hoja de palma.



Palmetas: diseño lira, palmeta simplificada y palmeta derivada

Palstave: forma de hacha común en Europa a mediados de la Edad del Bronce; se distingue por una pestaña lateral y un saliente superior que, respectivamente, sirven para evitar que el mango tenga movimientos laterales o se parta con el uso. Esta herramienta puede tener anillas laterales para atarla o llevarla sujeta a un fardo.



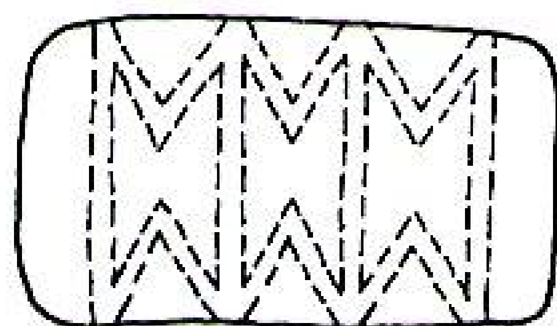
Palstave con anillas

Petrie, sir Flinders (1853-1942): director de campo de la Fundación para la Exploración de Egipto desde 1883; fue propulsor de los progresos en las técnicas de excavación y en los análisis de los objetos, en una serie de investigaciones llevadas a cabo en Egipto y Palestina, incluidos los centros de Tell-el-Hesi, Naqada y Diospolis Parva, en el último de los cuales ideó su sistema de datación de secuencias de utensilios, independiente de las etiquetas habituales de períodos. De similar importancia fue el reconocimiento de cerámica micénica y «proto-griega» en Egipto y de las importaciones egipcias en el Egeo, con lo que configuró la base para la datación relacionada de las dos comarcas.

Piedra septal: en las construcciones funerarias megalíticas, piedra puesta sobre un borde, que forma un saliente entre los compartimientos de la tumba.

Pitt Rivers, Augustus Henry Lane Fox (1827-1900): militar británico, antropólogo y arqueólogo. Fue elegido miembro de la Real Sociedad en 1876, llegó al grado de teniente general en 1882 y ese mismo año recibió el nombramiento para el recién creado cargo de Inspector de Monumentos Antiguos de Inglaterra. Desde ese momento dedicó sus energías a la investigación de los sitios romanobritanos de sus propiedades de Wiltshire y Dorset, donde excavó con una competencia técnica hasta entonces desconocida entre sus contemporáneos; publicó los resultados de sus trabajos en forma privada, en una serie de volúmenes importantes: *Excavations in Cranborne Chase* (1887-1898).

Placa separadora: en los collares de ámbar de la Edad del Bronce temprana, se usaban piezas anchas y planas para mantener separadas las filas de cuentas de un collar por medio de las perforaciones de estas placas, lo que permitía que el collar se ensanchara al caer sobre el pecho.



Placa separadora de ámbar

Plot, Robert (1640-1696): anticuario británico y primer curador del Museo Ashmoleano de Oxford; sus principales obras son *Natural History of Oxfordshire* (Historia natural de Oxfordshire, 1677) y *Natural History of Staffordshire* (1686).

Polibio (h. 200-después de 118 a. C.): historiador griego que pasó gran parte de su vida en Roma y cuya obra principal, *Historias*, documenta el ascenso de Roma desde la primera guerra púnica hasta mediados del siglo II.

Posidonio (h. 135-h. 50 a. C.): filósofo e historiador nacido en Apamea (en la actual Siria) y después afincado en Rodas. Su obra principal, *Historia*, en 52 libros no se conserva, pero algunos escritores antiguos transcriben citas de ese texto: entre ellos, César, Estrabón, Diodoro y Ateneo, cuyas observaciones sobre los celtas se basan sobre todo en los datos etnográficos de Posidonio.

Potin: aleación de bronce con alto contenido de estaño, usado en Galia y Britania hacia el siglo I a. C. para producir piezas de moneda de valores menores.

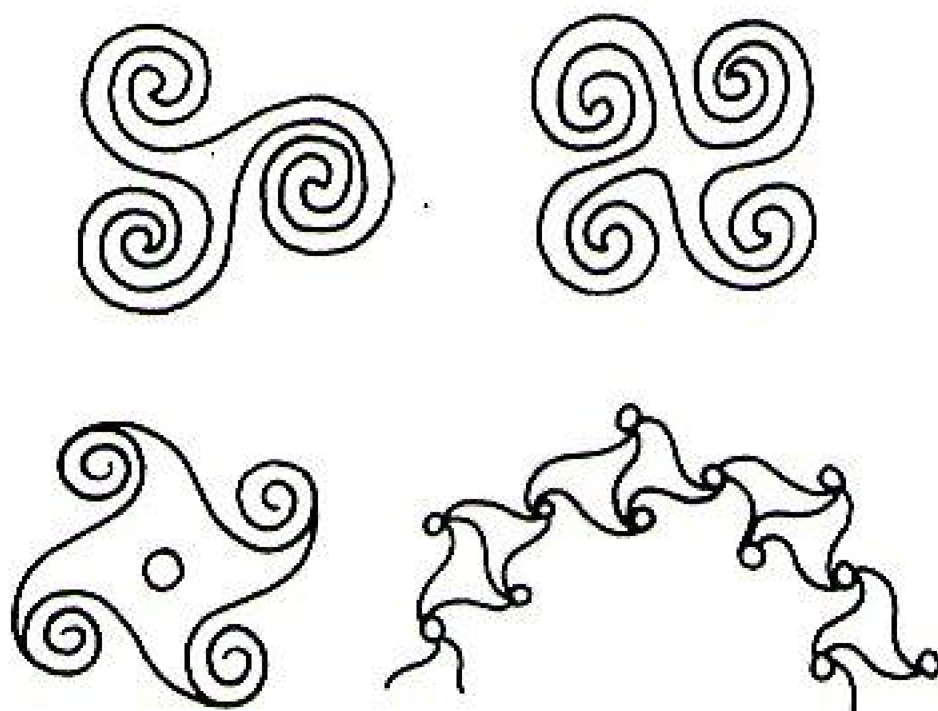
Protogeométrico: se aplica a un estilo de cerámica griega derivado de formas submicénicas hacia fines del segundo milenio, que hacia el siglo IX a. C. se desarrolla en el estilo geométrico pleno con sus característicos diseños de zigzag y líneas onduladas.

Pueblos del mar: en los registros históricos egipcios, invasores de fines del siglo XIII a. C., que fueron derrotados por el faraón Mineptah, aunque volverían con mayor ímpetu a principios del siglo XII, para que Ramsés III los rechazara briosamente. Se discute mucho sobre la identidad y subsiguiente asentamiento de los Pueblos del mar, pero sus ataques corresponden a un período de fuertes agitaciones políticas en el Mediterráneo oriental.

Reinach, Salomon: erudito de fines del siglo pasado especializado en arte paleolítico, se negó a aplicar la teoría «la luz viene de oriente» para explicar la prehistoria europea; su obra *Le Mirage oriental* (El espejismo oriental), en la que ataca la teoría difusionista, se publicó en 1893.

Reinecke, Paul (1875-1950): importante estudioso de la prehistoria; dividió en cuatro fases la Edad del Bronce y los períodos de Hallstatt y de La Tène, división que aún es la base de la clasificación moderna.

Remolinos o carrusel: en el arte celta primitivo, motivo compuesto por tres o cuatro espirales unidas, que se disponen radialmente o se revuelven en torno a un centro común; uno de los elementos de cada motivo puede ser excéntrico y más largo o más elaborado que los otros. La versión de cuatro partes puede parecerse a una representación curvilínea de la esvástica. Como ocurre con otros similares, este motivo del arte celta se puede usar en una serie o como integrante de un diseño mayor.



Remolinos o carrusel

Repujado: técnica para ornamentar láminas de oro o de bronce; desde la parte posterior de la lámina y usando moldes distintos, se marcan los diseños con un martillo, para producir el dibujo en relieve.

Rössen: cultura centroeuropea del neolítico medio, que lleva en nombre de un cementerio de inhumación de Halle; en el Danubio superior y en Renania sucedió a los grupos de cerámica lineal. Sus asentamientos podían estar fortificados y sus casas eran de planta alargada, no cuadrangulares. La cerámica de esta cultura presenta cuencos de base aplanada y con pedestal, con una característica ornamentación incisa, de técnica de «hoyo-y-surco».

Sena-Oise-Marne: cultura del neolítico tardío, asentada en la cuenca de París; se caracteriza por una variedad de tipos de tumbas, incluidas algunas de corredor similares a las de Bretaña, además de formas locales de tumbas en forma de simples trincheras de piedras alineadas y de tumbas de galería subterráneas, a las que se entraba por un «pozo» circular abierto en la piedra que servía de losa. Entre los objetos fúnebres se hallaron cuencos sencillos de base plana, puntas de flecha en forma de hoja y provistas de espinas y otras transversales, una variedad de colgantes de adorno, amuletos y botones y escasas cuentas de cobre.

Sistema de las tres edades: método de clasificación que iniciaron los anticuarios daneses a principios del siglo XIX; los utensilios de piedra, bronce y hierro se reconocen como característicos de períodos sucesivos de la prehistoria. Con posteriores subdivisiones, incluida la fragmentación de la edad de la piedra en paleolítico, mesolítico y neolítico, este esquema se ha mantenido como base de la clasificación prehistórica hasta el presente.

Sítula: literalmente, cubo; se aplica a diversas formas de cubos de bronce laminado datados a fines de la Edad del Bronce y en la Edad del Hierro europeas; se supone que se usaban para almacenar el vino empleado en ocasiones ceremoniales o festivas. También las vasijas de cerámica, erróneamente, a veces reciben el calificativo de «situladas», en alusión a su forma, cuando en el mejor de los casos su derivación de los prototipos de metal es secundaria y su relación funcional oscura. Una serie notable de cubos del norte itálico y de la cabecera del Adriático, fechados desde fines del siglo VII hasta principios del IV a. C., está ornamentada con escenas humanas y animales muy elaboradas, en un estilo que se conoce como arte sítula.

Smith, William (1769-1839): ingeniero y geólogo británico. Identificó los principios de la geología estratigráfica e intentó ordenar los fósiles hallados en los estratos según un orden cronológico.

Sopater: escritor griego de fines del siglo IV,

compuso parodias y farsas; se cree que vivió y escribió en Alejandría.

Starčevo: cultura neolítica temprana de los Balcanes, fechada en torno al sexto milenio a. C., epónima del asentamiento tipo situado sobre el Danubio, cerca de Belgrado. Vestigios de hoces y de muelas de piedra dan testimonio del cultivo de cereales y hay pruebas de crianza de ovejas, cabras, cerdos y bovinos, aunque la economía aún se complementaba con la caza y la pesca. La cerámica contaba con piezas rústicas, por lo común vasijas globulares con ornamentación burda; otros restos materiales incluyen características espátulas de hueso y pequeñas figuras de arcilla. Localmente le sucedió la **cultura Vinča**.

Stone Stephen: arqueólogo de campo británico de mediados del siglo XIX; su trabajo en los sitios de terraza de grava asentados en el Támesis superior fue notable, en especial por el registro detallado, completado con modelos tridimensionales.

Stukeley, William (1687-1765): anticuario británico, viajero y cofundador de la Sociedad de Anticuarios de Londres. Estudió medicina y se ordenó en la Iglesia Anglicana en 1729; después se obsesionó por la idealización romántica de los druidas. Entre sus obras publicadas, se cuentan: *Itinerarium Curiosum* (Itinerario curioso, 1724) y *Abury* (1743).

Tácito: historiador romano de fines del siglo I y principios del II d. C. Sus obras principales son *Historia* y *Anales*, pero de igual importancia arqueológica resultan su monografía sobre los germanos y la biografía de su suegro, el emperador Agrícola, ambas publicada en el año 98 d. C.

Táin Bó Cúailnge ver **Ciclo de Ulster**.

Tell: montículo artificial o loma que resulta de la acumulación de desechos de una ocupación; sobre todo situados en el Oriente Próximo, donde el uso de ladrillos de barro favorecía la edificación sobre hondos depósitos de las fases de ocupación sucesivas.

Tholos: en la arqueología egea, cámara fúnebre en forma de panal, por lo común construida sobre una colina natural; se llega a ella por un pasaje abierto, revestido de piedra y llamado *drómos*; su entrada tiene en los ejemplos tardíos un triángulo superior, que reduce la presión sobre el dintel. La bóveda misma se construía con el sistema de aproximación de hiladas, con la superficie interior de la piedra pulida en los monumentos más cuidados, como el Tesoro de Atreo en Micenas; en la parte superior se cubría la superficie con piedras que formaban un montículo artificial. El término se aplica, sin mucho rigor, a ciertas **tumbas de corredor** con bóveda de aproximación de hiladas, que se encontraron en la Europa atlántica.

Thomsen, Christian J. (1788-1865): hijo de un rico comerciante danés; fue sucesor de **Nyerup** en 1816 como Secretario del Real Comité Danés y se convirtió en el primer curador del Museo Nacional de Copenhague, abierto en 1819. Su contribución más importante fue la de introducir el **sistema de las tres edades**, que explicó en su *Guía*, publicada en 1836.

Tiszapolgar: cultura de la Edad del Cobre temprana; asentada en la llanura húngara, es más o menos contemporánea de la fase **Vinča-Pločnik** del sur del Danubio. Se distingue por sus enterramientos que, a diferencia de sus vecinos del sureste europeo, se sitúan en cementerios apartados de los asentamientos. La cerámica es casi exclusivamente lisa, con cuencos de pedestal alto, y sus conjuntos característicos incluyen hachamartillos de cobre, cinceles y punzones.

Tollund (hombre de): uno de los hallazgos más notables de enterramientos humanos en las turberas de Jutlandia; la ropa, la piel, el cabello e incluso el contenido del estómago estaban increíblemente conservados; data de fines de la Edad del Hierro prerromana.

Torques: ornamento de tipo collar, en forma de círculo abierto, por lo común hecho con una varilla retorcida de oro o bronce, conocido con distintas formas desde la Edad del Bronce temprana hasta fines de la Edad del Hierro en Europa; a veces se pensó, por representaciones en esculturas y objetos de metal, que se asoció con el culto o la magia.

Trepanación: operación quirúrgica que consistía en la eliminación de un disco de hueso del cráneo, practicada en comunidades neolíticas y de la Edad del Bronce europeas, quizá para el alivio de males físicos, mentales o espirituales.

Tripolye: cultura del neolítico tardío y principios del eneolítico, asentada en Ucrania; lleva el nombre del asentamiento tipo situado cerca de Kiev. Los poblados se componían de casas grandes, rectangulares, a veces dispuestas en forma radial; los conjuntos característicos incluyen pequeñas figuras antropomórficas de arcilla y cerámica pintada, junto a pequeños utensilios de cobre.

Tuáth: unidad comunitaria en la sociedad irlandesa primitiva, compuesta de un rey, la aristocracia y ciudadanos libres; también adquirió una connotación territorial. Los derechos individuales sólo existían dentro del propio *tuáth*, el que se podía ampliar por filiaciones de clientelismo entre un *tuáth* entero y un señor más poderoso.

Tumba de corredor: tumba megalítica en la que se llega a la cámara de enterramiento a través de un corredor independiente, a diferencia de lo que ocurre en las **tumbas de galería**. La propia cámara funeraria, que puede ser simple o puede tener cámaras laterales y estar techada con una losa o con un arco de aproximación de hiladas, está cubierta por un túmulo circular, en general con un bordillo de contención o *peristalito* en su perímetro. En Gran Bretaña occidental y en Irlanda, las piedras del corredor y de la cámara pueden estar ornamentadas con diseños espirales y lineales de puntos.

Tumba de fosa (cultura de) ver **Kurgan**.

Tumba de galería: tumba megalítica en la que no hay una distinción total entre corredor y cámara funeraria, ya que esta última empieza al cabo del corredor o lo integra (ver **tumba de corredor**). Las tumbas de galería pueden presentar una gran variedad de diseño de plantas y en general están contenidas en un amplio montículo rectangular, cuyos extremos pueden estar dispuestos para configurar la superficie de una especie de patio, que presumiblemente servía como centro del ritual.

Tumba de pozo: en Grecia micénica, forma de enterramiento en que el difunto se coloca en una cista, ya sea sólo o con otros, en el fondo de un pozo rectangular que podía tener hasta 4 m de profundidad. La posición de la tumba a veces está indicada por un mojón o estela. En el caso del cementerio de Micenas misma, los sepulcros de este tipo estaban dentro de dos círculos de tumbas, en una de las cuales, excavada por Schliemann en 1876, se encontraron bienes fúnebres espectaculares, como la famosa «máscara fúnebre de Agamenón». Estas tumbas datan de fines del período heládico medio y llegan hasta el heládico tardío II, es decir, de fines del siglo XVII hasta el XV a. C.

Túmulo: se aplica a un grupo de culturas de la Edad del Bronce media (en la clasificación de **Reinecke**, Bronce B y C), asentadas en Europa central y oriental, donde predomina el enterramiento bajo montículos. En tiempos considerada como manifestación material de una población intrusa, hoy la cultura de túmulo se ve como un desarrollo indígena de antecedentes **Únětice**, que se extienden hasta Hungría y Rumania por el este y hasta Alsa-

cia por el oeste. Se caracteriza por los tipos desarrollados de bronces, como *palstaves*, espadas con empuñaduras provistas de pestañas, dagas con puntas trapezoidales o redondas y una variedad de alfileres y brazaletes. Las piezas de cerámica son vasijas globulares de cuello cilíndrico, cuencos con pedestal y vasos con una sola asa, a veces con ornamentación de bullas. La cultura florece en los siglos XV y XIV a. c. y antecede a la **cultura de campos de urnas** de la Edad del Bronce tardía.

Únětice: se aplica al grupo de culturas centroeuropeas de la Edad del Bronce temprana; recibe el nombre del asentamiento tipo, situado al noroeste de Praga y correspondiente a la Fase Bronce A de **Reinecke**; data de la primera mitad del segundo milenio a. c. Los tipos de metal que se consideran característicos –puñales ojivales y triangulares con empuñaduras de metal, hachas con pestañas, alabardas, brazaletes en forma de espiral, otros de bronce macizo y una gran variedad de alfileres– son típicos de una fase de madurez de la cultura; los tipos primitivos muestran cierta continuidad respecto de antecedentes del período crateriforme. Igualmente, las tumbas principescas de Sajonia-Turingia no son del apogeo mismo de la cultura. Los asentamientos están menos documentados que los cementerios, pero se han encontrado casas de madera de planta grande y rectangular. Al este, esta cultura se encabalga a las **Nagyrév** y **Hatvan**; por el sur, a las Straubing y Adlerberg y por el norte, al Período Bronce I de Montelius.

Uniformistas: se aplica a los geólogos que en el siglo XIX argumentaron que los depósitos geológicos de gran antigüedad se habían formado como parte de un proceso continuo y uniforme y no como resultado de una serie de catástrofes.

Ussher, James (1581-1656): erudito, profesor de teología y vicecanciller del Trinity College de Dublín; se convirtió en obispo de Meath y, en 1625, en arzobispo de Armagh. Se le conoce como exponente estricto de la cosmogonía mosaica; como tal, calculó que la tierra se había creado el año 4004 a. C.

Vercingétorix: hijo del rey arverno Celtilo; por aclamación fue nombrado jefe de la rebelión gala contra César en 52 a. C. Después de varias campañas, fue derrotado por las fuerzas galas aliadas en Alesia.

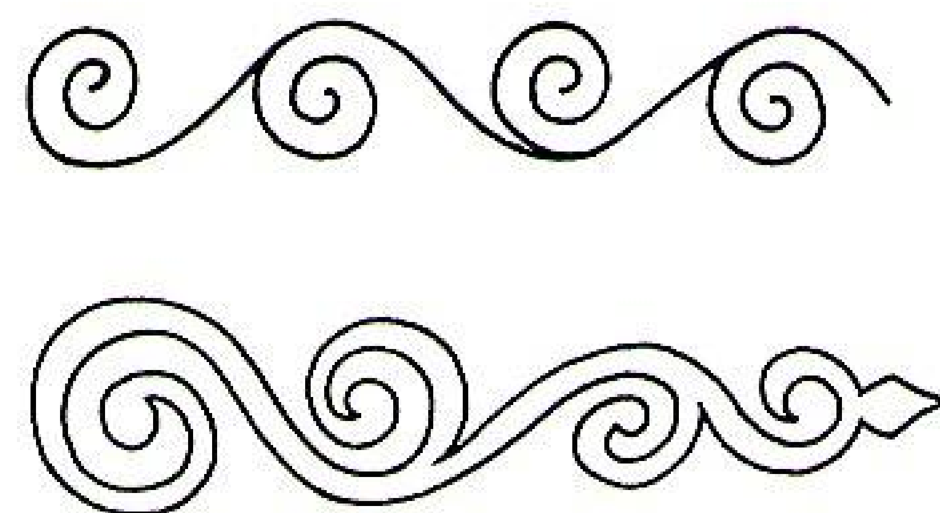
Villanovense: se aplica sin mayor exactitud a la Edad del Hierro temprana etrusca y al norte itálico; recibe el nombre del cementerio tipo cercano a Bolonia, excavado en 1853. Los orígenes de la cultura se pueden remontar a antecedentes de las terramaras de fines de la Edad del Bronce y a la **cultura apenina**, con elementos derivados de la **cultura de campos de urnas** transalpina, aunque no necesariamente como resultado de la inmigración. Los conjuntos villanovenses clásicos hallados en Bolonia se han dividido en cuatro períodos principales que se extienden más o menos entre los siglos IX y V a. C.

Vinča: cultura de mediados y fines del neolítico, asentada en Europa suroriental; toma su nombre del asentamiento tipo, cercano a Belgrado. Por lo común se divide en una fase antigua llamada Vinča-Tordos, de fines del quinto milenio a. c., y una fase Vinča-Pločnik tardía de principios del cuarto milenio a. c. Los asentamientos se caracterizan por edificios alargados de una sola habitación, como en Banjica, y la cerámica tipo incluye cuencos y jarras de material oscuro quemado. Son típicas de la cultura las estatuillas de estilo Priština y en los niveles Vinča-Pločnik tardíos aparecen utensilios de cobre.

Volutas: en el arte celta primitivo motivo característico de origen vegetal que consiste en una serie de lazos continuos o espirales.

Waldalgesheim: en el esquema de Jacobsthal, es la segunda subdivisión del arte celta prerromano europeo, así llamado por la tumba de un jefe hallada en Renania; se caracteriza por un uso libre de motivos curvilíneos fluyentes, como se ve en el torques y las sortijas hallados en el yacimiento tipo.

Wessex: se aplica a la Edad del Bronce temprana del centro de Inglaterra meridional, particularmente tal como la representan una serie de túmulos ricos de la región de Wessex. Sus conexiones aparentes con las culturas de la Edad del Bronce temprana de Bretaña y de Europa central y con civilizaciones contemporáneas del Egeo se discutieron en años recientes; en especial, se hicieron intentos de demostrar que su apogeo precedió en varios siglos al período de **tumbas de pozo** de Grecia micénica, con el que se ha conectado convencionalmente. Con criterio más pertinente, en los últimos años se discute si, más que verse como una cultura distinta, no ha de tomarse como un simple testimonio de un estrato social limitado dentro de un fenómeno cultural más amplio.



Volutas

Worsaae, J. J. A. (1821-1885): sucesor de Thomsen como Director del Museo Nacional Danés; se ha dicho de él que fue «el primer arqueólogo profesional». Fue un sostenedor entusiasta del **sistema de las tres edades**, dedujo elementos de apoyo para esta clasificación al excavar conjuntos estratificados y asociados. Desempeñó los cargos de profesor de arqueología en Copenhague, Inspector General de Antigüedades Danesas y Anticuario del Rey Federico VII. Su principal obra, *Danmarks Oldtid*, se publicó en 1843.

Zangentor: literalmente, «tijeras» o «puerta de tenaza». Forma de entrada característica de las fortificaciones europeas de la fase tardía de La Tène, en las que un largo corredor de entrada está revestido de madera o piedra y cerrado por puertas dobles que impiden un acceso directo.